



UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

**el
caso
de
la
hija
duplicada**

ERLE STANLEY GARDNER

de

Como cada día, Muriel Gilman dejaba a su padre en la mesa del desayuno mientras ella se iba a la cocina a terminar de cocinar las salchichas y los huevos. Pero un día, al regresar con la comida, se llevó una sorpresa, su padre había desaparecido misteriosamente. Era como si se hubiera volatizado en el aire.

Buscó por la casa desde el sótano hasta el ático. Luego al llegar al taller... vio que por el suelo había dispersos billetes y billetes de cien dólares, y, lo peor, en medio de todo había una mancha difusa de color carmesí. Fue entonces cuando Muriel cogió aliento y tuvo la fuerza suficiente para telefonar a Perry Mason.

Mason, Della Street y Paul Drake se enfrentan a un rompecabezas en el que su eterno antagonista de la acusación, el fiscal del distrito Hamilton Burger, parece tener la pieza acusatoria y definitiva, la prueba que falta para declarar culpable a la cliente de Perry Mason.

Una historia de identidades equivocadas, y una serie de datos o circunstancias que guardan celosamente tanto la acusación como la defensa. La clave parece estar en usar esos datos y hechos en el momento oportuno para conseguir que el juicio termine con un veredicto a su favor.

Aunque la respuesta a este rompecabezas parezca fácil, no hay que dejarse engañar. Hay que fijarse en los detalles, las maquinaciones y las bromas de Perry Mason en la sala de audiencias.



Erle Stanley Gardner

El caso de la hija duplicada

Perry Mason - 62

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Duplicate Daughter*

Erle Stanley Gardner, 1960

Traducción: Alfredo Crespo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Capítulo 1

Al pasar del comedor a la cocina, Muriel Gilman retuvo la puerta batiente para que el ruido no despertara a Nancy, su madrastra, o a Glamis, la hija de aquélla, que aún debía de dormir.

Aquella mañana su padre, Carter Gilman, le había pedido un tercer huevo con jamón. Era poco corriente esa petición, que Muriel esperó unos momentos segura de que desistiría, pero al ver que no, volvió a la cocina a prepararlos pensando que el hombre se estaba rebelando contra el régimen que seguía para adelgazar.

Vivían en un viejo caserón, de dos plantas, que había sido modernizado después de la muerte de la primera señora Gilman. La joven sentía a veces rencor contra Nancy, por ocupar la habitación que había pertenecido a su madre, pero éste no duraba mucho, porque en presencia de Nancy, tan ingeniosa y tan original, no había rencor que resistiera.

Al tener que abrir una nueva lata de jamón, la preparación del plato fue un poco más larga. Lo dispuso al fin, en forma apetitosa, y regresó con él al comedor diciendo:

—Aquí tienes, papá. Te he hecho esperar, pero...

Se interrumpió al ver la silla vacía, el diario en el suelo, la taza llena de café y el cigarrillo humeando en el cenicero.

Dejó el plato sobre la mesa, recogió el suelo y entró de nuevo en la cocina para poner más rebanadas en el tostador. Un anuncio del diario que había recogido, distrajo su atención. Cuando las tostadas fueron expulsadas, volvió al comedor, sorprendiéndose de que su padre no hubiera regresado aún. Fue al lavabo de la planta baja para avisarle, pero estaba vacío.

Pensó que no podía haber marchado de aquella manera, sin ni siquiera despedirse, después de haberle pedido otro huevo. Algo debía de haberle ocurrido y sin duda, habría subido al piso...

¿Estaría indispuesta Nancy?

Rápidamente, Muriel fue a echar una ojeada a la habitación. Su madrastra, que ya estaba despierta, volvió la cabeza al oír que la puerta se abría.

—¿Qué hay, Muriel?

—Papá...

Nancy miró maquinalmente la cama gemela, y dijo:

—Hace un momento que ha bajado...

—Sí, pero me ha pedido que le preparara otro huevo, y quería... quería advertirle que se le está enfriando.

—Pues no está aquí —dijo la señora Gilman, dejando caer la cabeza en la almohada y cerrando los ojos.

No había otro lugar en que pudiese estar, a menos que se hubiese ido al granero. Una brusca inquietud invadió a la joven. Desde hacía tiempo su padre no era el de antes. Precisamente la antevíspera le había dicho algo curioso: «Muriel, si en mi ausencia ocurriera algo, abstente de llamar a la policía. Me has entendido, ¿verdad?».

Sorprendida, Muriel intentó hacerle algunas preguntas, pero él se mostró en seguida sonriente y evasivo, limitándose a decir que no quería que la policía metiese la nariz en sus asuntos por una insignificancia.

Pensó en un posible suicidio y se imaginó ya a su padre balanceándose de una viga. Angustiada, corrió hacia la escalera del desván. Pero no había nada anormal en él. Calor y polvo, como de costumbre. Muriel se aseguró de que no escondía ningún drama y, algo aliviada, bajó la empinada escalera a cuyo pie encontró a Glamis, con una camisa de noche casi transparente, y con la cólera reflejada en sus ojos azules.

—¿Qué ideas tienes para ir al desván a media noche?

—Oh, lo siento Glamis. He procurado no hacer ruido.

—Pues parecía que un escuadrón de caballería pasaba justamente por encima de mi habitación.

—De veras, lo siento muchísimo...

Bruscamente, Glamis se echó a reír, y dijo:

—Perdóname, Muriel. Estoy siempre de un humor imposible hasta que he tomado café. ¿Lo hay preparado abajo?

—Sí; en seguida te subo una taza. Estaba preparando el

desayuno de papá.

—¿En el granero? —dijo Glamis sonriendo—. Por suerte, Hartley Elliott no se ha despertado.

—¿Está aquí?

—Sí, en la habitación rosa. Regresamos muy tarde y estuvimos charlando en el porche. Cuando fue a marcharse, se dio cuenta de que había dejado la luz encendida y que la batería de su coche estaba descargada. Por eso le dije que se quedara a dormir aquí.

—¿Lo sabe Nancy?

—¡Claro que no! No iba a despertarla para decirle que teníamos un invitado, ¿verdad?

—No, desde luego. En seguida te traigo el café, querida. Ve a meterte en la cama, estás casi desnuda.

—¿Verdad que sí? —dijo Glamis riendo mientras regresaba de prisa a su habitación.

Muriel bajó pensando que, evidentemente, su padre debía haberse marchado sin despedirse de ella. Tal vez había recordado, de repente, una cita olvidada, a la que iba a llegar tarde.

Tranquilizada, la joven preparó nuevas tostadas, que subió a Glamis al mismo tiempo que el café.

—¡Eres un encanto! —le dijo ésta—. ¡Has adivinado que me moría de hambre! No sé cómo te las arreglas, Muriel, de veras.

—¿Cómo me las arreglo?

—Sí, para no perder nunca la tranquilidad y pensar en todo. Yo, por cualquier tontería, me altero completamente.

Mordisqueó una tostada, bebió el café y, apartando la bandeja, dijo sonriente:

—Gracias, querida. Me parece que ahora podré volverme a dormir.

Al pasar de nuevo por el comedor vio el huevo con jamón, ya frío, y de nuevo la intranquilidad se apoderó de ella. No era propio de su padre marcharse de aquella manera, sin ni siquiera asomar la cabeza por la puerta para decirle adiós...

Se afirmó en esta idea al ver la cartera. Su padre no se podía haber ido dejándola allí. Unos momentos antes, releía incluso unos contratos que había sacado de ella...

Cruzó el comedor y fue a abrir la cartera de cuero. Dentro estaba la carpeta de cartón rojo. Cuando la joven la cogió, observó que su

padre había escrito algo encima de ella: *En caso de necesidad, avisar inmediatamente a Perry Mason, el abogado, pero sólo a él.* A continuación había anotado el número del teléfono.

Sin embargo, cuando ella vio un rato antes aquella carpeta sobre la mesa, no tenía nada escrito.

La joven consultó su reloj. Las nueve menos diez. Indecisa volvió a guardar la carpeta en la cartera; advirtió algo en lo que hasta entonces no había reparado: la servilleta utilizada por su padre no aparecía por ninguna parte. Adonde quiera que hubiese ido, debía habérsela llevado consigo, porque la joven la buscó inútilmente por el pasillo, por el vestíbulo y hasta en el umbral de la puerta de entrada. Bruscamente, Muriel se acordó del taller.

Detrás de la casa se extendía un largo edificio en el que de izquierda a derecha, había un garaje para tres vehículos, un cuarto oscuro, donde Nancy realizaba sus trabajos fotográficos y, por último, en el extremo de la derecha, el taller donde Carter Gilman se dedicaba a sus pasatiempos favoritos: modelar en arcilla y tallar en madera.

Dando media vuelta, Muriel cruzó rápidamente la cocina, abrió la puerta posterior y franqueó, corriendo, la pequeña distancia que separaba la casa de la puerta del taller, la cual abrió de par en par.

—¡Papá! —llamó Muriel, quedándose inmóvil en el umbral.

En el suelo había una silla, con el respaldo roto, y una mancha roja se extendía por el suelo de cemento. Este, salpicado de serrín, estaba literalmente sembrado de billetes de banco, todos ellos de cien dólares.

En el otro extremo del recinto, ante la puerta que comunicaba con la habitación utilizada por Nancy. Muriel vio la servilleta que había buscado inútilmente. Sin recogerla, penetró en el laboratorio, en el que el olor acre de los reveladores se dejaba sentir fuertemente. La claridad que penetró con ella por la puerta abierta, sólo conseguía hacer aún más oscuro el fondo de la habitación.

—¡Papá! —llamó Muriel. Pero su voz se perdió en el silencio.

Resueltamente, la joven atravesó la habitación oscura y llegó al garaje por la puerta de comunicación. El descapotable y el coupé estaban allí, pero faltaba el coche cerrado. Con el corazón oprimido, Muriel se representó a su padre saliendo bruscamente del comedor, sin ni siquiera darse cuenta de que tenía la servilleta en la mano.

Debía de haber entrado en aquel edificio por el garaje, y, después de atravesar la habitación oscura, abierto por último la puerta del taller. ¿Qué habría visto allí que le hizo soltar la servilleta? Y después, ¿qué había pasado? ¿Qué significaba aquella silla rota, todos aquellos billetes esparcidos, aquella mancha roja?

Decidida de pronto, Muriel regresó al taller, en el que había un teléfono sobre uno de los bancos. Después de oprimir el botón que lo conectaba con la línea exterior, la joven llamó al despacho de su padre. Cuando le dijeron que no había llegado, hojeó rápidamente el listín, que estaba al lado del aparato y marcó el número de Perry Mason.

Una telefonista le contestó que el señor Mason no había llegado aún, pero que estaba su secretaria.

—Entonces, póngame con su secretaria.

Un momento después, una voz sosegada y tranquilizadora, dijo:

—Aquí Della Street, secretaria particular del señor Mason.

—Va usted a creermela loca —dijo Muriel—, pero mi padre ha desaparecido y he encontrado en su cartera una nota en que me decía que, en caso de necesidad, telefonease al señor Perry Mason... Ha debido de ocurrir algo... Yo...

—¿Cómo se llama su padre, por favor?

—Carter Gilman. Mi madre ha muerto... Papá se ha vuelto a casar y vivimos con Nancy y su hija. Nosotros...

—¿Usted es...?

—Muriel Gilman.

—¿Quiere darme el número de su teléfono?

Muriel lo hizo así.

—¿Y su dirección?

—Avenida Vauxman, 6231.

—Creo que llega el señor Mason —dijo Della Street—. La llamaré dentro de cinco minutos.

—Está bien, gracias —dijo Muriel, y colgó.

Capítulo 2

Al tiempo que se sentaba a su mesa, Perry Mason sonrió a Della Street y le preguntó:

—¿A quién has dicho que volverías a llamar?

—A una tal Muriel Gilman, que es la hija de Carter Gilman. Antes quería consultar el fichero de clientes, pero no creo que tengamos ninguno con este nombre.

Mason frunció ligeramente el ceño:

—Tuve a un Gilman en un jurado, no hace mucho tiempo, pero no recuerdo su nombre. ¿De qué se trata Della?

—Su hija piensa que ha desaparecido.

—Gilman... Gilman... Carter Gilman... Es un nombre que me resulta familiar. Mira en el fichero de jurados, Della.

La secretaria obedeció y anunció al cabo de un momento.

—Sí, aquí está... Carter Gilman. Fue jurado en el asunto Jones y tú lo calificaste de *excepcional*. Desde luego, es la misma dirección: Avenida Vauxman, 6231.

—No cabe duda, es una dirección que me recuerda algo...

Cerrando el fichero, Della Street se fue a consultar la agenda donde anotaba las citas del abogado.

—Es lo que yo pensaba... Ayer, un hombre que me dijo llamarse Edward Carter, telefoneó solicitando una cita para hoy. Lo anoté para las once y media. Le pedí su dirección y me respondió que, como estaba aquí de paso, residía con unos amigos en la Avenida Vauxman, 6231.

—Edward Carter... Carter Gilman... con la misma dirección. ¿Y qué quería?

—Consultarte sobre un asunto extremadamente confidencial.

—Bueno... Llama a esa señorita, que quiero hablar con ella.

Cuando obtuvo la comunicación, el abogado dijo:

—Aquí Mason, señorita Gilman. ¿Está usted inquieta con respecto a su padre?

—Sí.

—¿Se llama Carter o Edward?

—Es Edward, desde luego, pero siempre firma Carter Gilman.

—Bueno... ¿Y qué ha ocurrido exactamente?

La joven puso a Mason al corriente, y terminó diciendo:

—Ahora estoy en el taller... Hay billetes de cien dólares por todas partes. Y una mancha de... sangre.

—Conserve la tranquilidad, señorita Gilman... ¿No ha contado lo sucedido a nadie?

—No; lo primero que he hecho ha sido telefonearle a usted.

—Muy bien. Voy inmediatamente. Me ha dicho que ese taller está en el mismo edificio que el garaje, detrás de la casa. ¿Hay sitio para mi coche en el garaje?

—Sí...

—Bien, espéreme; en seguida estaré con usted.

—¿Y la cita de las once y media? —preguntó Della Street cuando el abogado terminó de telefonar.

—Habré regresado antes, aunque dudo mucho que veamos al señor Edward Carter —repuso Mason, cogiendo el sombrero.

Necesitó veinticinco minutos para llegar a la dirección que le habían dado, entrando directamente por el camino que rodeaba la casa, sin detenerse hasta llegar al garaje. Se abrió en ese momento una puerta de comunicación y apareció una joven, de unos veinte años, cabello castaño, ojos negros y atractiva silueta.

—¿Muriel Gilman?

—Sí, señor Mason.

—¿Es ese el taller? —preguntó el abogado, indicando la puerta que había detrás de la muchacha.

—No, antes hay que atravesar el cuarto oscuro...

—¿No hay nadie levantado además de usted?

—No. Por regla general duermen hasta mediodía.

—Entonces, condúzcame al taller, por favor.

Siguiendo a la señorita Gilman, Mason atravesó el cuarto oscuro, donde la claridad procedente de la puerta abierta en el extremo opuesto, le permitió distinguir cubetas, un lavabo y una ampliadora. La joven se quedó parada en el umbral de dicha puerta,

y al llegar junto a ella el abogado hizo lo mismo, mirando por encima de su hombro. Vio un torno, muelas, sierras y demás instrumentos utilizados para trabajar la madera. Pedazos de ésta de raras formas, aparecían por todas partes, colgados de cuerdas. La habitación olía a serrín, a cedro y a sándalo. En el suelo, la mancha roja formaba como un claro entre los billetes de banco, y ante la puerta, Mason vio una servilleta.

—¿Está segura de que es la de su padre?

—Desde luego, es una de las nuestras, y no he encontrado la de papá en el comedor. Además, tiene rastros de yema de huevo. Fíjese...

—Sí, en efecto... ¿y dice usted que su padre le pidió que le preparase un tercer huevo con jamón?

—Sí, y ello fue la causa de que me entretuviera unos minutos, ya que tuve que buscar y abrir una lata de jamón. Cuando regresé al comedor, papá ya no estaba.

Mason meneó la cabeza y se dirigió hacia la siniestra mancha roja. Se inclinó para examinarla con atención, la tocó con un dedo que luego frotó contra el pulgar, y olió ambos.

—No es sangre —declaró—, sino una especie de pintura al esmalte.

—¿Está seguro? —exclamó Muriel con sorpresa.

—Por completo. Además, mire en esa estantería el bote... ¡No, no, no, no lo toque! —añadió cuando la joven alargó maquinalmente la mano para alcanzarlo. Han debido volcarlo y luego lo han puesto derecho otra vez. Es preferible que no deje en él huellas dactilares. ¿No sabe cuándo se pudo volcar?

Muriel Gilman negó con la cabeza.

—¿Ni cuando rompieron esta silla?

—No, pero parece que ha habido lucha y...

—Es probable que haya habido lucha —le interrumpió Mason—, pero ignoramos cuándo ocurrió, señorita Gilman, y debemos abstenemos de llegar a conclusiones apresuradas. Es posible que su padre, al entrar aquí viera la silla rota y el bote volcado, y que colocara éste en su sitio... Nosotros vamos a recoger estos billetes para contarlos...

Un momento más tarde, cuando Muriel se incorporó después de haber recogido el último billete, el abogado le preguntó:

—¿Cuántos tiene?

—Cuarenta y ocho.

—Entonces, hay cien justos, o sea, diez mil dólares. ¿Tiene usted idea de dónde procede este dinero?

—No.

—¿Sabe si por aquí hay gomas elásticas?

—Sí, Nancy tiene en un cajón del cuarto oscuro...

—Perfecto, pero utilice un pañuelo o el borde de su falda para abrir ese cajón, a fin de no dejar huellas dactilares...

—Oh, mis huellas dactilares deben aparecer en todas partes, porque a menudo vengo a ver como papá trabaja...

—De todas formas, es mejor que no deje otras nuevas, que podrían borrar las que existan.

Mason utilizó las gomitas que le entregó Muriel para sujetar los dos extremos del fajo de billetes.

—¿Podría enseñarme una fotografía de su padre? —preguntó a la joven.

—Tengo un retrato suyo en mi habitación. Voy...

—Por el momento es preferible que no regrese a la casa. ¿No cree que tal vez haya alguna en este cuarto oscuro...?

—¡Oh! ¡Claro está! ¡Desde luego! Tiene usted razón...

Pasaron de nuevo a la otra pieza y, sin olvidarse de interponer el borde de la falda entre sus dedos y el pomo, la joven abrió un cajón:

—Efectivamente... Hay varias.

—Entonces, cogeré ésta de encima —dijo Mason, cogiendo con cuidado la reproducción, antes de preguntar—: ¿Qué edad tiene su padre?

—Cuarenta y dos o cuarenta y tres años; exactamente no lo sé.

—¿Y su madrastra?

—¡Sólo Dios lo sabe! —dijo Muriel con una leve sonrisa—. Supongo que debe acercarse a los cuarenta, pero de esto nunca se habla.

—¿Y su hija Glamis?

—Acaba de cumplir veinte años.

—¿Y usted?

—Yo lo mismo... Señor Mason, ¿qué haremos con respecto a papá? Ha debido de coger el coche cubierto...

—Voy a reflexionar sobre todo esto y la llamaré después de las

doce. ¿Tiene su padre despacho en la ciudad?

—Sí, en el edificio Piedmont.

—¿A qué se dedica?

—A inversiones, por su cuenta y por la de clientes que le confían fondos.

—¿Lleva el negocio solo?

—Creo que él es el propietario, sí, pero tiene un socio que le ayuda.

—¿Ha telefoneado usted a su despacho?

—Sí. Y cuando me han dicho que no le habían visto, me he decidido a llamarle a usted.

—Bueno, trataré de recoger información y la llamaré sobre las doce. Entretanto, guarde estos diez mil dólares...

—¡Oh, no, señor Mason! —exclamó la joven—. No quiero ni tocarlos. Ignoro por completo de dónde procede este dinero... Señor Mason, ahora que sé que esta mancha no es de sangre, me encuentro ridícula. Me he asustado de una manera estúpida, pero... De todos modos, puede estar seguro de que cobrará. Tengo una cuenta personal y...

—Aún no hemos llegado a eso. Puesto que prefiere no hacerse cargo del dinero, voy a llevármelo, pero no diga a nadie que he estado aquí. *A nadie*, ¿me entiende?

Ella asintió en silencio, en tanto que Mason añadía:

—Por lo menos, hasta que yo le telefonee y me haya podido hacer cargo de como está la situación.

—Esté tranquilo, señor Mason.

—Perfectamente. Hasta luego, pues.

De regreso a su despacho, Mason dijo a su secretaria:

—Toma, Della, guarda este dinero en la caja, y aquí tienes una fotografía del señor Carter Gilman. Además, para tu conocimiento, has de saber que la mancha roja no era de sangre, sino de pintura al esmalte.

—¿Pintura?

—Sí, de un bote volcado que había sido colocado nuevamente en su sitio. Sin embargo, parece que, en lugar de ir a tomar el autobús, como de costumbre, Carter Gilman se debió marchar bruscamente en uno de sus coches, sin decir ni una palabra a su hija, a menos que...

—¿A menos qué? —preguntó Della.

—A menos que, al ir a echar una ojeada al taller, descubriera a algún intruso y hubieran luchado; que en el curso de la pelea, diez mil dólares en billetes de cien se hubiesen esparcido por el suelo, y después, que Carter Gilman, sin conocimiento, hubiese sido raptado en su propio coche.

—En cuyo caso, el que vaya a buscar los diez mil dólares corre el riesgo de llevarse un chasco, ¿no?

—Sí, es muy posible. Bueno, probablemente sabremos más cosas a las once y media, si el señor Edward Carter Gilman viene a explicarnos por qué nos pidió una cita disimulando su identidad. Mientras tanto olvidémosle y veamos lo que hay en el correo de la mañana.

Capítulo 3

—Sí —dijo Della Street al ver que Mason consultaba disimuladamente su reloj—. Lleva cinco minutos de retraso.

El abogado se puso a reír.

—Confieso que estoy intrigado con este asunto. Un hombre que desaparece, después de haber recomendado a su hija que en ningún caso acuda a la policía, y que me telefonee si hay necesidad...

—¿Como si meditara matar a alguien?

—Vas un poco de prisa, Della. Pero existe el detalle del huevo con jamón... Para un hombre que pretende seguir un régimen de adelgazamiento, dos huevos con jamón son ya demasiado. Pero si ese hombre pide un tercero, y luego se eclipsa antes de que se lo sirvan, sólo tiene una explicación: que lo pidió como pretexto para alejar a su hija.

—¿Por qué razón pudo querer alejarla?

—Dios sabe. Tal vez por algo que acababa de leer en el diario... o por alguien que acababa de ver por la ventana.

—¡Claro! ¡Desde luego! No se me había ocurrido que...

El timbre del teléfono interior interrumpió a la secretaria, que inmediatamente descolgó el aparato, colocado sobre su mesa.

—Dime, Gertie —dijo a la telefonista. Luego, volviéndose hacia su jefe, anunció con una sonrisa—: El señor Edward Carter acaba de llegar.

—¡Que pase!

—Yo misma voy a buscarle —decidió Della Street, levantándose de prisa.

Un momento más tarde, la joven hizo pasar a un hombre de unos cuarenta años, algo grueso, que declaró sin pérdida de tiempo:

—Señor Mason, llego tarde y le ruego que me disculpe.

Se trataba, indudablemente, del mismo hombre de la fotografía

que entregó a Mason, Muriel Gilman.

—Con los embotellamientos que se organizan a cada momento, cada vez resulta más difícil llegar puntual a una cita —observó amablemente el abogado, antes de preguntar—: ¿Desea usted hacerme una consulta profesional, señor Carter?

—Sí.

—Veamos, creo que mi secretaria ha anotado su dirección... Avenida Vauxman, 6231... ¿No es así?

—Sí, ahí vivo actualmente.

—¿Y su dirección comercial?

El hombre vaciló un momento y luego meneó la cabeza.

—Ya no la tengo. En cierto modo estoy... ejem... retirado de los negocios.

—Perfectamente —dijo Mason—. ¿Y sobre qué desea consultarme?

—No es referente a mí, sino para una amiga...

—¿Sí?

—Una amiga muy querida, cuyo marido, además, es también amigo mío.

—¿Cómo se llama ella?

—Giman... Nancy Gilman. Es en casa de ella... Bueno, de ellos, donde ahora estoy viviendo.

—Sí, comprendo —dijo Mason, imperturbable—. ¿Y qué le ha sucedido a la señora Gilman?

—Es víctima de un chantaje.

—¿Está seguro?

—Desde luego.

—¿Y, como amigo, usted desearía que yo hiciese algo?

—Entre nosotros, señor Mason, ¿qué puede hacerse respecto a un chantaje cuando no se sabe lo que lo motiva?

—¿No tiene ninguna idea sobre ello?

—No. Es lo que quisiera descubrir. Cuando conozcamos este punto, probablemente sabremos también cuál es el arma del chantajista.

—¿Conoce por casualidad la identidad de éste?

—Sí.

—¿Quién es? —preguntó Mason, cuya voz reveló un interés súbito.

El hombre vaciló, y luego dijo:

—Después de todo, he de ser leal con usted y poner las cartas boca arriba. Ese chantajista resulta ser una mujer que ejerce la profesión de detective particular, y que se llama Vera Martel... Verá M. Martel. Pero en sus impresos y en sus tarjetas comerciales, pone simplemente V. M. Martel, detective, a fin de ocultar que se trata de una mujer. Tiene un despacho aquí y otro en Las Vegas, Nevada. Parece haberse especializado en asuntos de divorcio.

El hombre sacó un sobre del bolsillo:

—Como seguramente necesitará usted recurrir a algunos especialistas que hagan investigaciones, señor Mason, le he traído un anticipo de setecientos cincuenta dólares en efectivo.

Sacó del sobre un billete de quinientos dólares, dos de cien y otro de cincuenta que dejó en la mesa, permitiendo al abogado observar la mano que los extrajo, de uñas cuidadas.

—¿Piensa permanecer algún tiempo en nuestra ciudad? —inquirió Mason sin tocar el dinero.

—Sí.

—¿Y si deseo localizarle, me basta con telefonar a casa de los Gilman?

—¡Válgame Dios, no! ¡No me llame nunca allí!

—Entonces, ¿cómo podré encontrarle, si hay necesidad?

—Yo... Seré yo quien le telefonee. No quisiera que esos amigos puedan pensar que me meto en sus asuntos.

Mason observó a su interlocutor: mirada pensativa bajo unas cejas hirsutas y cabellos, cuidadosamente dispuestos, para disimular el inicio de la calvicie.

—Necesito más detalles antes de poderle decir si estoy o no en situación de ocuparme de este asunto, señor Carter. Después de todo, lo que usted me pide es bastante delicado...

—Compréndalo, señor Mason; soy un amigo, un viejo amigo de Gilman. De su primera esposa, que murió en un accidente automovilístico, tiene una hija, Muriel, de veinte años de edad. Él se volvió a casar con Nancy, su actual esposa, que también tiene una hija del anterior matrimonio, Glamis... Glamis Barlow, de la misma edad que Muriel. Viven juntos y forman una familia deliciosa a la que quiero mucho. De las dos jóvenes, Muriel es más bien reservada, en tanto que Glamis es bastante coqueta, pero las dos son

igualmente buenas y afectuosas. Quiero mucho a esas niñas y deseo que nadie amenace su felicidad.

—Pero, ¿no es a la señora Gilman a quien someten a chantaje?

—Sí; sin embargo, podría ser que este chantaje guarde relación con alguna de las jóvenes.

—¿Qué hace el señor Gilman?

—Se dedica a inversiones. Compra inmuebles y los revende por pisos, terrenos llamados a aumentar su valor, o efectos bancarios. Lo hace, tanto por cuenta propia como ajena.

—¿Le conoce desde hace tiempo?

—Mucho tiempo.

—¿Cuál es su nombre?

—Carter.

—Oh —dijo Mason—, ¿igual que su apellido? Pero, ustedes no son parientes, ¿verdad?^[1]

—No.

—¿Puede describirme al señor Gilman?

—Pues bien, es... ejem... de mi edad. En realidad tenemos muchos puntos comunes, que es lo que nos ha unido. Ahora me doy cuenta de que es muy difícil describir a un amigo... Pero de todos modos, no debe acudir a él bajo ningún pretexto, compéndalo, no quisiera que llegara a sospechar...

—Sí, comprendo, señor Carter. Pero buscar en el pasado de la señora Gilman algo que pueda ofrecer base para un chantaje, puede resultar difícil y costoso. Tal vez sería mejor ocuparse de esa Martel y ver si podemos descubrir cuáles son los triunfos que tiene...

—No, no —interrumpió Carter enfáticamente—. Deseo que obtenga el máximo de datos posibles, relativos al pasado de la señora Gilman.

—Sea... ¿Qué puede contarme usted? ¿Qué edad tiene ella? ¿Dónde nació?

—Tiene treinta y nueve años y nació en Los Angeles. No sé gran cosa de su matrimonio con Steve Barlow. Supongo que formaban una pareja como tantas otras. Entonces era joven y...

—¿Ha muerto él? —se informó Mason.

—No, se divorciaron.

—¿Dónde se habían casado?

—En San Francisco, donde trabajaba Barlow, creo que en

seguros.

—¿Ha vuelto a casarse él también?

—No lo sé, pero me parece que sí.

—¿Sabe dónde vive?

—En Las Vegas, Nevada.

—¿Tiene su dirección?

—No. La señora Gilman no tuvo motivo para dármela.

—¿Va su hija a verle, o al contrario?

—Creo que Glamis va de vez en cuando a Las Vegas... Pero de todos modos, señor Mason, puedo asegurarle que esto no tiene nada que ver con lo que deseo que usted descubra. Hemos de saber lo que hay en el pasado de Nancy, que sea susceptible de ofrecer base para un chantaje.

—Hay muchas cosas que pueden servir de base para un chantaje...

Carter meneó la cabeza.

—Usted no conoce a Nancy. Si alguien exhumara algún episodio sabroso de su pasado, se limitaría a reír, e incluso daría detalles del asunto. Ella es así. Por eso no veo lo que puede atormentarla hasta el punto de ceder a este chantaje... como no sea un crimen.

Se produjo un silencio después que el visitante pronunció esta palabra. Luego Mason dijo:

—Bueno, veré lo que puedo hacer. Como ha sugerido usted, recurriré a un detective privado de la agencia Drake, cuyos despachos están en esta misma planta. Voy a llamar a Drake para que en seguida empiece a actuar.

Carter consultó su reloj:

—Veo que le he acaparado más tiempo del previsto, señor Mason. Le ruego que me disculpe —dijo, poniéndose en pie.

—¿No quiere que le presente a Paul Drake? Tal vez quiera hacerle alguna pregunta.

—No, gracias, señor Mason... En otra ocasión. Por lo demás, la labor del señor Drake está clara: obtener la mayor cantidad de detalles sobre el pasado de Nancy Gilman, y descubrir por qué la someten a un chantaje.

—De acuerdo. ¿Y sigue pensando en que no intente localizarlo, ocurra lo que ocurra?

—Sí, podría resultar embarazoso. Ya le telefonearé yo.

—Pensándolo bien, señor Carter, usted no necesita un abogado, sino los servicios de un detective particular. Lo más sencillo sería que se dirigiese directamente a Paul Drake...

—No, no —interrumpió vivamente Carter—. Me ha entendido mal. Deseo que sea usted mi abogado.

—Pero, ¿para qué?

—Para... para representar a la familia Gilman.

—¿A quién en particular?

—Oh, a los cuatro: Nancy Gilman, Carter Gilman, Muriel Gilman y Glamis Barlow.

—Pero, ¿y si tienen intereses contrapuestos?

—No es este el caso.

—Lo que no impide que pueda llegar a serlo.

—En tal caso, estaría usted libre de retirarse del asunto, guardando el anticipo que le he entregado.

—Voy a pedirle que me describa la casa donde viven esas personas.

—¿Es necesario? —preguntó Carter, sorprendido.

—Es para poder imaginarlas en su ambiente habitual.

Cuando su cliente se hubo explicado, sin omitir el edificio situado detrás de la casa, Mason inquirió:

—¿Y dice que en ese taller el señor Gilman se divierte tallando madera?

—Sí; construye cofrecillos para sus amigos. También modela arcilla.

—¿Hay en ese taller cosas que le pertenezcan a usted?

—No, claro que no. Sólo estoy de paso en casa de los Gilman, como un amigo.

—Y, como amigo, ¿desea usted asegurarse mi colaboración para representar a esas personas?

—Sí, en el caso de que alguna de ellas necesitara sus servicios. Pero lo que deseo, sobre todo, es que descubra lo que hay en el pasado de Nancy que permite ese chantaje.

—Decididamente, señor Carter, es esta una petición poco corriente. De modo que yo, por mi parte, también voy a pedirle algo desacostumbrado.

—¿Qué?

—Además de este anticipo de setecientos cincuenta dólares

fijado por usted, deseo que me transfiera todos los derechos que pueda usted detentar sobre lo que hay o haya podido haber hoy, en el taller del señor Gilman.

—¡Pero eso es absurdo, señor Mason! Le repito que en ese taller no hay nada en absoluto que sea de mi propiedad.

—No importa —insistió Mason—, sólo con esta condición podré aceptar su encargo.

—¿Quiere usted decirme, en nombre del cielo, lo que le incita a pedir tal precio por sus servicios?

—Si no tiene usted nada suyo en ese taller, no puede decirse que se trate de precio propiamente dicho, puesto que la transferencia no tendrá base.

—Señor Mason, ¿trata usted de engañarme o de tenderme una trampa?

—Nada de eso. Sólo trato de protegerme.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Señor Mason, no discutamos más. Como me interesa estar completamente seguro de que, ocurra lo que ocurra, defenderá los intereses de mis amigos, y no me da oportunidad para escoger, prepare un documento de transferencia, que se lo firmaré —terminó Carter con mal humor.

A un ademán de Mason, Della Street salió por un momento y regresó con la fórmula de transferencia, debidamente redactada en papel oficial. Mason lo examinó y luego presentó la hoja a su cliente, que la firmó inmediatamente con el nombre de Edward Carter.

—Firma como testigo, Della —dijo Mason.

La joven obedeció y el abogado siguió hablando:

—Bien, señor Carter. No desea usted que yo trate de ponerme en contacto con usted, sino que usted me telefoneará. Pero si ocurre algo que requiera que yo actúe como representante de uno de sus amigos ¿debo establecer contacto con dicha persona?

—No; espere a que sea ella quien se ponga en contacto con usted, lo que no dejará de hacerlo si la situación lo requiere.

—Perfecto, señor Carter. Mi secretaria le extenderá un recibo de setecientos cincuenta dólares que, junto con este documento de transferencia, constituirá su anticipo.

—¡Sigo sin poderme explicar a qué se debe esa condición! —se rebeló Carter.

Mason sonrió enigmáticamente.

—Y yo sigo sin explicarme lo que ha podido motivar su visita.

—Bueno, bueno —rezongó Carter—. Conozco su reputación, señor Mason, y confío en usted.

—Gracias.

Cuando el hombre se hubo marchado, después de aceptar el recibo preparado por Della, el abogado se volvió hacia su secretaria y la interrogó con un movimiento de cabeza.

—¡Quisiera saber lo que nos oculta! —exclamó la joven.

—Sí, con toda evidencia, debe ocultarnos muchas cosas, porque no es un hombre que debiera pedir más huevos con jamón para su desayuno.

—¿Llamo a Paul Drake? —preguntó la secretaria.

Mason asintió y Della Street descolgó el teléfono. Luego, cuando avisó al detective, la joven preguntó a su jefe:

—¿Por qué has exigido la transferencia de todo lo que pudiese haber de su propiedad en el taller?

Mason sonrió.

—Si los diez mil dólares que había en el suelo del taller, es dinero suyo para pagar el chantaje, ahora tengo derecho a guardar este dinero, sin que pueda acusárseme de ocultar una prueba.

En tanto que Della se empapaba del significado de aquella respuesta, Paul Drake llamó a la puerta con el tamborileo que le era peculiar, y Della fue a abrir.

—Tengo trabajo para ti, Paul —anunció el abogado.

—¡Al pelo! Precisamente no he tenido suerte en las carreras y tengo que rehacerme.

—¡Con calma! No seas demasiado voraz en este asunto.

—¿De qué se trata?

—De una señora Nancy Gilman, que vive en la Avenida Vauxman, 6231, cuyo pasado tienes que investigar. Nació en Los Angeles, se casó por primera vez...

Mason repitió al detective todos los informes que le había dado su cliente, y luego pasó al punto principal:

—Nancy Gilman es víctima de un chantaje efectuado por un detective privado, una mujer llamada Vera M. Martel, pero que en

sus tarjetas comerciales...

—¿Vera Martel? —exclamó Drake, interrumpiéndole.

—¿La conoces?

—¡Ya lo creo!

—¿Qué clase de mujer es?

—Tiene unos cincuenta años y vestida debe pesar otros tantos kilos. Tiene la nariz grande, ojillos muy juntos y una boca que parece llegar de oreja a oreja. Cuando habla, se diría que es una ráfaga de ametralladora. Añada a esto que es maligna como ella sola... En resumen, el diablo con faldas.

—¿Es capaz de rebajarse hasta hacer un chantaje?

—Por lo que a ella respecta, sería mejor que preguntaras si se elevaría hasta hacer un chantaje; de todos modos, la respuesta es afirmativa.

—Pero, ¿cómo consigue conservar su licencia?

—Precisamente por el chantaje.

—¿Cómo es así?

—Cuando esquilma a alguien lo hace con una habilidad tan diabólica, que la gente ni siquiera se atreve a denunciarla; tan en su poder está. Podría comparársela con una araña. Es capaz de esperar mucho tiempo la presa, pero cuando la tiene, la desangra a conciencia.

—Mi querido Paul, casi poetizas cuando hablas de esa dama. Podría ser que Nancy Gilman se contara entre sus víctimas, y me han encargado que la saque de la tela, si es que está dentro.

Drake lanzó un expresivo silbido:

—Será difícil. Esa Vera no se dejará atrapar por ninguna de tus trampas, te lo garantizo. Si hace chantaje a Nancy, puedes estar seguro de que ha atrapado también a la desdichada y que ésta no nos proporcionará ninguna ayuda. Incluso me extraña que haya tenido el valor de acudir a ti.

—No ha acudido a mí, Paul. Es toda una historia.

—¿Me la cuentas o no? —preguntó el detective mientras encendía un cigarrillo.

—No —repuso Mason—. Ve en seguida a ocuparte de Nancy Gilman. Tráeme el mayor número de datos posibles sobre su pasado, por el mínimo de dinero que puedas.

Drake se levantó a regañadientes del sillón reservado para los

clientes, en el que se había dejado caer cuando entró.

—De acuerdo, Perry. Pero ten cuidado con Vera, porque es un hueso. Si se da cuenta de que vas tras su pista, investigará en tu pasado.

—No lo tengo —replicó el abogado.

Paul Drake guiñó un ojo a Della Street y se marchó por donde había venido.

Mason se volvió entonces hacia su secretaria.

—Telefona a Muriel Gilman y explícale que, según los datos que hemos conseguido, su padre está, por ahora, sano y salvo. Dile que de momento no podemos darle más detalles y recomiéndale mucho que no le diga ni una palabra de esta llamada, si es que lo ve.

Capítulo 4

Eran las tres menos diez de la tarde cuando sonó el teléfono. Della respondió inmediatamente:

—Aquí la señorita Street, secretaria del señor Mason... ¿Quién? ¿Puede decirme sobre qué asunto? No se retire, por favor.

Tapando el micrófono con la mano, Della Street dijo excitadísima:

—¡Jefe! Vera M. Martel está al teléfono y solicita hablar contigo sobre un asunto personal.

—Pásame la comunicación, pero no dejes de escuchar.

Después, cogiendo el aparato, el abogado dijo:

—¿Dígame? Mason al aparato.

Su interlocutora invisible tenía una voz estridente y hablaba con tanta volubilidad que resultaba difícil comprenderla.

—Señor Mason, quería simplemente advertirle que la gente que se mezcla en asuntos que no le incumben, por lo general, acaban lamentándolo.

—No veo en qué puede afectarme esta advertencia.

—No sea ridículo. Le ha visitado un cliente que ha dicho llamarse Edward Carter, pero que en realidad es E. Carter Gilman, el marido de Nancy Gilman. No permita que le engañe, y no imagine tampoco que podrá arreglar su asunto con cuatro fanfarronadas. Sé muy bien de lo que hablo y mucho temo que ese pobre señor Gilman, al acudir a usted, va a provocar lo que precisamente quería evitar.

Mason miró hacia Della Street, cuyo lápiz corría rápidamente sobre la libreta, e hizo una pausa para permitirle que recuperara su retraso; luego preguntó:

—¿Cree, señorita Martel, que basta con una llamada telefónica de usted para que un abogado se desentienda de su cliente?

—Oh, no. No soy tan cándida ni pretenciosa. Pero voy a darle una pista. Telefóneee a Graystone 9-3535 y pregunte por Edward Carter. Cuando lo tenga al aparato, dígame que acaba usted de recibir una llamada de Vera Martel, que le ha pedido que le repitiera textualmente esto: «Sus huellas están encima de las de la persona que trata de proteger». No le pregunto si lo ha entendido o si necesita que le repita el número, porque estoy convencida de que su encantadora secretaria debe estar taquigrafiando esta conversación, a menos que ahora prefiera utilizar un magnetofón. ¡Adiós, señor Mason!

Después de colgar, el abogado y Della Street se miraron.

—¡Señor! —exclamó la joven—. Daba la impresión de que hablaba a quinientas palabras por minuto.

—¿Verdad que sí?

—Y parece seguir con mucha atención los hechos y actos de las personas a quienes ha elegido como víctimas.

—De todas formas, no nos ha sorprendido al aclararnos que Edward Carter, era Carter Gilman.

—Pero, ¿cómo diablos ha podido saberlo? Con toda seguridad él nos había dado este nombre para que ella no pudiese enterarse de su gestión... Y antes de las cuatro horas telefonea para que abandonemos el asunto.

—En todo caso, vamos a llamar a Graystone 9-3535.

Cuando logró la comunicación, Mason preguntó por el señor Gilman, luego dijo:

—¿Señor Gilman?

—Sí. ¿Quién está al aparato?

—Perry Mason, el abogado, señor Carter.

—¿Qué?

—¿Quiere que lo repita?

—Pero... Le había dicho que no tratara de localizarme. ¿Cómo ha obtenido este número? ¿Qué desea?

—La señorita Martel acaba de telefonarme y me ha encargado que le repita textualmente esto: «Sus huellas están encima de las de la persona que trata de proteger». ¿Tiene algún significado este mensaje para usted?

Se produjo un silencio, tan largo, que Mason preguntó:

—¿Oiga? ¿Han cortado?

—No... Sigo aquí —repuso una voz muy emocionada y apenas audible—. Trato... trato de reflexionar. ¿Qué ha hecho usted hasta ahora, señor Mason?

—He puesto a trabajar a la agencia Drake. Sus detectives están buscando informes, aquí y en San Francisco.

—Señor Mason —dijo entonces Carter Gilman, que parecía haber llegado a una conclusión—, me doy cuenta de que este asunto es más grave de lo que había supuesto cuando fui a su encuentro, y voy a modificar ciertas instrucciones que le di...

—Un momento —le interrumpió el abogado—. Para mí no es usted más que una voz en el teléfono, y no puedo aceptar nuevas instrucciones sin saber quién me las da. Si es mi cliente podrá decirme lo que ha pasado entre nosotros en mi despacho. Esto me demostrará su identidad.

Su interlocutor le resumió la entrevista de la mañana, e incluso precisó el lugar en que Della Street estaba sentada y en qué momento le había entregado un recibo por el anticipo.

—Bueno, estoy convencido —declaró Mason.

—Señor Mason, el mensaje que acaba de transmitirme me ha causado una gran conmoción, porque sugiere que personas en quienes creía poder confiar, están en realidad contra mí. Ya no tengo más que a mi hija Muriel en quien poder confiar. Trastornada por la forma en que esta mañana me he ido de casa, ahora está en mi despacho intentando averiguar mi paradero. Voy a telefonearle para tranquilizarla y después le daré ciertas instrucciones, personalmente. Ella irá inmediatamente a repetírselas a usted, y deseo que las siga como si las hubiese recibido directamente de mí. Se trata de cosas tan confidenciales que prefiero no decirlas por teléfono, ya que Vera Martel me parece enormemente hábil. Este mensaje que usted me ha transmitido, tenía por finalidad azararme e incitarme a renunciar a toda acción. Pero al contrario, puesto que ella sabe ahora que he ido a consultarle, podré llevar la lucha abiertamente, sin necesidad de hacerme pasar por Edward Carter, «un amigo de la familia»... Muriel estará en su despacho dentro de diez minutos... Haga lo que ella le diga...

—Un momento, señor Gilman. Esta mañana me ha pedido usted que indagara acerca del pasado de la señora Gilman. Ahora va a encomendarme otra misión...

—¿Qué diferencia representa para usted, desde el momento que pago?

—Representa una gran diferencia y, ante todo, lo que usted va a pedirme ahora puede costar mucho más caro que lo que me había pedido esta mañana...

—Será debidamente pagado, señor Mason. Recuerde que, además de un anticipo de setecientos cincuenta dólares, usted ha querido que le transcribiese la propiedad de todo lo que había en el taller y que me perteneciese. Pues bien, ahora, puedo decirle que si va usted a ese taller con mi hija, encontrará por el suelo una importante cantidad de dinero que le permitirá esperar a que nos volvamos a ver. Dentro de diez minutos Muriel estará en su bufete.

La comunicación fue cortada y, al mismo tiempo que Mason, Della Street colgó el auricular con un ademán interrogador dirigido a su jefe.

—Podría tratarse de una bonita trampa —dijo Mason—. Un pseudo amigo de la familia Gilman viene a verme y me pide que realice una investigación trivial. Con anterioridad, Muriel Gilman, poniéndose en contacto conmigo, me ha inducido a ir a este taller a recoger el dinero que en él había. Entonces me dan bruscamente nuevas instrucciones, totalmente distintas de las primeras... Sin embargo, suponiendo que se trate de una añagaza, no creo que Muriel sea capaz de resistir mucho rato si me empeño en hacerla confesar. Pero preferiría más tratar con Carter Gilman, a fin de tener la posibilidad de descubrir lo que trama.

—¡Y probablemente ésta es la razón de que él prefiera enviarte a su hija!

—En fin, supongo que se trata efectivamente de Gilman...

—Sin duda —aseguró Della Street—. He escuchado atentamente su voz y, desde luego, es la del hombre que ha venido aquí esta mañana.

Mason contempló pensativamente a su secretaria.

—¿Y cómo podemos saber si el hombre de esta mañana es Carter Gilman?

—Por su fotografía. La tenías antes de que él viniese.

—Sí, en efecto, tenía su fotografía, pero, ¿cómo ha llegado a mi poder?

—Te la había dado su hija.

—Exactamente. Muriel me hace ir a casa de los Gilman, me induce a recoger el dinero que se encuentra en el taller y después me da una fotografía, diciéndome que es la de su padre que tan misteriosamente ha desaparecido. Vuelvo al despacho, y el hombre cuya fotografía tengo, viene a consultarme fingiendo que es un amigo de la familia Gilman. Yo caigo en la trampa y hago el estúpido, sin sospechar que él lo ha combinado todo con su hija. Tras de lo cual le localizo, gracias a una llamada telefónica hecha por una mujer que declara ser Vera Martel... pero nada me demuestra que he hablado efectivamente con ésta y que no estoy metiéndome en una encerrona... Espera —se interrumpió el abogado—, esa Vera Martel es detective particular y tiene un despacho aquí, lo mismo que en Las Vegas. ¡Telefonéale!

—¿Qué quieres hacer?

—Preguntarle lo que significaban su llamada telefónica y su mensaje sobre las huellas dactilares.

—¿Y si niega haber telefoneado?

—Siempre habremos tenido la posibilidad de escuchar su voz. Y tú tienes el oído especialmente fino...

—Desde luego, podré decirte, sin lugar a dudas, si se trata o no de la misma mujer.

—Perfecto. Adelante. Si Vera Martel no está en su despacho, pregunta dónde podemos encontrarla y llámala donde sea.

Mason se puso a pasear por el despacho en tanto que la joven iba a la centralita telefónica para pedir la comunicación. Quince minutos más tarde, regresó anunciando:

—En su despacho de Los Angeles ignoran dónde está, y me ha parecido que les gustaría mucho saberlo. Me han dado el número del despacho de Las Vegas. He llamado, pero no contestan.

—¿Es que no tiene empleados allí?

—Por lo visto no. Por lo que me han dicho los empleados de aquí, el despacho de Las Vegas no es más que una especie de refugio donde vive la Martel cuando va allí. Parecían bastante inquietos porque Vera Martel se ocupaba de un asunto importante y parece haber desaparecido bruscamente.

—Decididamente, es el día de las desapariciones repentinas.

—¡En efecto!

En aquel momento la telefonista anunció que Muriel Gilman

estaba en el antedespacho y solicitaba ver al señor Mason. Cuando la hicieron entrar la joven exclamó apenas hubo traspuesto el umbral:

—¡Oh, señor Mason, si supiese lo aliviada que me siento! ¡He tenido noticias de papá! Esta mañana se ha visto obligado a marcharse a causa de un asunto muy delicado. Necesita mi ayuda y me ha pedido que actúe de enlace con usted.

—¿Le ha dicho que nos habíamos visto ya?

—No. Usted me había pedido que callara... Además, nuestra conversación ha sido muy breve; nos hemos visto en el despacho de papá. Yo había ido para hablar a Tillie Norman, su secretaria...

—Descríbamela —solicitó Mason—. ¿Joven, seductora, llenita, o...?

—¡Válgame Dios, no! Ciertamente no aparenta los años que tiene, pero sé que ha cumplido los cincuenta, y más bien es como una tabla. Había salido a un recado, regresando un momento antes de que papá la llamara. Al enterarse él que yo estaba allí, le dijo a Tillie que me pasara la comunicación, sin que nadie en el despacho se enterara de quien llamaba. Papá parecía trastornado a causa de un mensaje que ha recibido y del que me ha dicho que usted estaba enterado. Me ha pedido que viniese a verle y que le condujese a casa donde debo entregarle su cartera, que la había olvidado allí. En esa cartera y dentro de una carpeta roja, encontrará diversos documentos que deberá llevárselos a su asociado, Roger C. Calhoum, que se hará cargo de ellos previa entrega del oportuno recibo. Dígale usted que es el abogado de papá y que no tiene más que seguir las negociaciones a las que se refieren los documentos en cuestión.

—¿Debo enterarme del contenido de esos documentos?

—Sobre esto papá no me ha dicho nada.

—Escuche, Muriel, no me agrada ocuparme de un asunto en el que voy a ciegas. Que su padre me explique lo que le preocupa, y juntos veremos la manera de remediarlo. Pero no quiero ser utilizado como una especie de chico para recados, sin saber qué objetivo tiene lo que me pide que haga. ¿Comprende?

—Sí, desde luego —repuso la joven, que de repente pareció a punto de echarse a llorar—, pero puede estar seguro de que mi padre nunca le pediría que hiciese nada que estuviese mal...

—De todos modos, dígale que deseo conocer más detalles antes de seguir adelante.

—Sí, señor Mason, pero antes tenemos que ir a casa del señor Calhoun. Papá ha pedido a Tillie que concertase la cita, y el señor Calhoun le espera. Antes tenemos que pasar por casa, para recoger los documentos... Por el camino le explicaré todo lo que sé en relación con el señor Calhoun. Papá me ha pedido que lo haga.

Mason lanzó una ojeada a Della Street, frunció el ceño y preguntó:

—¿Dónde está el despacho de su padre?

—En el edificio Piedmont.

—Pero, ¿queda cerca de aquí?

Ella asintió.

—¿Dónde está su coche?

—Abajo, en el aparcamiento.

—Bueno —dijo bruscamente Mason—. Vamos a ir en mi coche y luego la traeré aquí para que pueda recoger el suyo. ¡Vamos! Della, quédate aquí hasta mi regreso, porque iré directamente a ver a ese señor Calhoun.

—Puedes irte tranquilo, jefe; ¡si es necesario dormiré aquí!

Capítulo 5

Mientras seguía guiando su coche entre el intenso tráfico de la calle, Mason dijo, sin volver la cabeza:

—Voy a hacerle unas preguntas, Muriel, y le advierto que tengo costumbre de interrogar a los testigos ante el Tribunal. Si en su entonación hay una falsa nota, sabré percibirla.

—¿Por qué habría de haberla, señor Mason?

—¿Actúa usted de buena fe en todo esto?

—¿Qué quiere decir?

—¿Me ha mentado esta mañana?

—¡De ningún modo! ¡Le he dicho la verdad!

—¿No había usted combinado con su padre telefonearme y, después de...?

—Desde luego que no, señor Mason. Me he sentido muy inquieta cuando no he encontrado a papá... Sabía que, desde hacía tiempo, tenía preocupaciones, puesto que me había pedido que, en cualquier cosa que ocurriese, no acudiera a la policía.

—¿Y no le dio ninguna explicación?

—No.

—¿Se sorprendió usted de que le hiciera tal recomendación?

—¡Claro! Y quise saber más.

—¿Y qué le dijo él?

—Precisamente lo que me ha pedido hace un rato que le repitiera a usted. Como sabe, papá hace inversiones por su cuenta y por la de personas que le confían fondos. Papá puede disponer libremente de esos capitales, pero lo hace en nombre de una sociedad, Gilman y Cía., a fin de que, si muriese repentinamente, esos capitales no pudieran confundirse con el activo de su sucesión. Papá es el presidente de esta sociedad y Roger Calhoun el director.

—Sí, ¿y qué?

—Pues que desde hace tiempo papá tiene la sensación de que Roger Calhoum trata de desacreditarlo ante ciertos clientes de importancia. La sociedad recibe un tanto por ciento de todos los beneficios que hace realizar a los clientes. Un porcentaje muy pequeño, pero que representa cifras considerables cuando se aplica a capitales elevados.

—¿Puede su padre perder el dominio de la sociedad?

—No, esto no es posible. Pero corre el riesgo de perder a clientes importantes... Figúrese: hay varios que le han confiado hasta medio millón de dólares... Esto le daría idea de su categoría.

—Hábleme de Calhoum.

—Tiene treinta y cinco años, según creo. Es un hombre muy capacitado y que conoce bien el negocio...

—¿Sigue su padre el régimen para adelgazar? —la interrumpió de repente Mason.

—Más o menos sí, pero...

—Ahora bien, después de haberse comido ya dos huevos con jamón, ¿la ha enviado a la cocina para que le preparase otro?

—Sí.

—¿No resultaba esto extraño?

—Por lo que respecta a su régimen, sí, en efecto... Dos huevos con jamón son ya demasiado.

—Bueno, sígame hablando de ese Calhoum.

—Pues bien, diversos contratos debían firmarse esta mañana; precisamente los que están en la cartera. El señor Calhoum estaba muy inquieto por no tenerlos ni saber tampoco el paradero de papá.

—¿Por qué ha ido usted al despacho de su padre en lugar de telefonar?

—¡Oh!, había telefoneado ya, dejando el recado de que papá me llamase tan pronto como llegara. En aquel momento, la secretaria del señor Calhoum me dijo que éste deseaba precisamente localizar con urgencia a mi padre, y que si yo sabía dónde le podía encontrar... Entonces me hice la inocente y le contesté que no tenía ni idea, como no fuese en su despacho.

—¿Es posible que hayan sospechado algo?

—¡Oh!, no lo creo, no. He tenido mucho cuidado de parecer la de costumbre.

—¿Es capaz de dominarse perfectamente?

—Me parece que sí. En la Universidad actuaba en todas las obras, y todos estaban de acuerdo en que resultaba una buena actriz. Me hubiese gustado ingresar en el Conservatorio, pero papá no quiso.

—¿Por qué decidió usted ir al despacho de su padre?

—Para hablar con Tillie, su secretaria.

—¿Y había salido?

—Sí, pero ha telefoneado mientras yo estaba allí, para decir que si papá no había llegado aún, aprovecharía la oportunidad para hacer un recado. Es la secretaria particular de papá, y cuando él no está, ella apenas tiene nada que hacer en el despacho.

—¿Y la telefonista le ha informado que estaba usted allí y que deseaba hablarle?

—Sí, y entonces Tillie me ha dicho que haría el recado más tarde y que volvía en seguida. Ha sido una suerte, porque apenas hacía dos minutos que había llegado, cuando papá la ha llamado por la línea directa. Entonces me he puesto en comunicación con él, y papá me ha dado las instrucciones relativas a usted. Esto es todo lo que puedo decirle, señor Mason. Pero, desde luego, si desea hacerme alguna otra pregunta, trataré de contestarle.

—Sí, gracias... Déjeme reflexionar un poco.

Durante diez minutos, Mason condujo en silencio y, luego, como se acercaban a la Avenida Vauxman, se detuvo ante la estación de servicio, y declaró:

—Discúlpeme un momento... He de hacer una llamada telefónica.

Desde la cabina llamó a su secretaria y le dijo:

—Della, telefona a Gilman y Cía., edificio Piedmont, y solicita hablar personalmente con el señor Gilman. Di que eres viuda y que, disponiendo de capital, quisieras informarte sobre la mejor manera de invertirlo.

—Pero, ¿Gilman no estará?

—No. Entonces di que si su secretaria puede fijarte una cita. Cuando hables con ella, pregúntale su nombre y luego le explicas un cuento sobre tu pretendido capital, haciéndole muchas preguntas...

—¿Con qué objeto?

—Para, que conozcas bien su voz.

—¿A fin de poderla reconocer si es necesario?

—Me parece que la reconocerás cuando la oigas... A menos que me equivoque, espero que sea la voz de la que dijo ser Vera Martel.

—¡Oh, oh! —exclamó Della Street—. ¡Entendido! ¿Cómo va la pequeña Muriel?

—Muy bien. ¿Qué impresión te ha causado?

—Me ha parecido muy dulce y muy reservada.

—Para que lo sepas, a menudo ha actuado en comedias, y con éxito.

—Bueno, bueno; voy a hacer esa llamada. Y si la secretaria en cuestión, es en efecto la mujer que nos ha telefoneado haciéndose pasar por Vera Martel, ¿qué hago?

—Limítate a concertar una cita y cuelga. Disimula un poco la voz, Della, porque puede ser que necesitemos tener otras conversaciones con esa Matilda Norman.

—¿Me llamarás luego?

—Si.

Al regresar al coche, Mason dijo con afabilidad a su acompañante:

—Tiene que perdonarme, Muriel, si he mostrado algún recelo. Reconozca que este asunto resulta bastante misterioso...

—O, desde luego —asintió en seguida la joven, mirando al abogado con ojos llenos de candor, pero algo preocupados.

—Si su padre regresa esta noche, le aconsejo que se porte con él como si no hubiera ocurrido nada, sin decirle que se ha inquietado por su desaparición y que me ha hecho ir a su casa.

—¿Me aconseja esto por mi bien o por el de papá?

—Estoy convencido que, actuando así, servirá los intereses de su padre.

—En tal caso, así lo haré.

—¿Cree poderse comportar con naturalidad, como si no hubiera ocurrido nada?

—Oh, sí; por esta parte puede estar tranquilo. Pero, ¿y los diez mil dólares?

—Usted y yo somos los únicos que sabemos desde cuando están en mi poder... Ahora bien, hace un rato, cuando me ha telefoneado su padre, me ha dicho que guardara el dinero que encontraría por el suelo del taller...

—Papá no me ha hablado del dinero...

—Es mejor que deje a su padre que le diga sólo lo que crea oportuno comunicarle. No le haga preguntas relativas a lo que intente ocultarle.

Mientras decía esto, Mason había virado para entrar en la propiedad de los Gilman, y condujo el automóvil hasta el interior del garaje, que estaba completamente vacío.

—¿Dónde están los otros coches? Ya sé que ha dejado el *coupé* cerca de mi despacho.

—Papá se había llevado el cubierto y Nancy se ha ido con Glamis en el descapotable, para visitar una exposición fotográfica.

—... de cuya visita, en apariencias, no han regresado aún... ¡Magnífico! —dijo Mason—. Esperaré en el taller mientras usted va a buscar la cartera. Cerciórese de si hay alguien en la casa... Preferiría que nadie supiera que he estado aquí. Y supongo que igual pensaría su padre.

—¡Oh!, sí, desde luego —asintió la joven mientras conducía a Mason hacia el taller, a través del cuarto oscuro—. Sé dónde ha dejado su cartera: en el comedor... Según usted, señor Mason, ¿qué ha podido obligarle a marchar tan precipitadamente?

—Lo ignoro, Muriel. Su padre se ocupa de numerosos negocios, y es posible que, de repente, haya recordado algo que tenía que hacer a aquella hora.

—Sí, tal vez... Bueno, en seguida regreso —dijo la joven mientras salía por la puerta que comunicaba directamente con el exterior.

Cuando la muchacha se fue, el abogado miró a su alrededor. En el banco había un voluminoso montón de arcilla, y Mason se inclinó para examinarlo mejor. Distinguió varias huellas dactilares.

Utilizando el pañuelo, giró los interruptores para encender la luz. Abrió los cajones y curioseó en el cuarto oscuro hasta que, el repiqueteo de unos tacones altos, le anunció el regreso de Muriel.

La joven le encontró parado inocentemente en medio del taller, examinando un joyero casi terminado.

—Su padre es verdaderamente hábil...

—¿Verdad que sí? Le encanta tallar madera, y creo que piensa ofrecerme lo que haga con esta arcilla para mi cumpleaños... Aquí está la cartera.

Mason la cogió, diciendo:

—Si he entendido bien, debo guardarla en mi despacho después de haber entregado a Roger Calhoun los documentos que están en la carpeta roja, ¿verdad?

—Sí.

—El señor Calhoun se sorprenderá de que vaya yo a llevarle esos documentos, y sin duda me hará preguntas. ¿Su padre no le ha dicho nada a este respecto?

—No. Probablemente habrá pensado que usted sabría arreglárselas.

—Es lo que trataré de hacer, en efecto... ¿Qué pasa? —preguntó Mason, al ver que la joven se quedaba de repente inmóvil, escuchando.

—Se acerca un coche... ¡Espere!

Muriel se acercó a la ventana y miró por la persiana metálica.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Es Glamis, que regresa en taxi!

—¡Diablos! No podremos ocultar mi visita.

—Tal vez vaya directamente a la casa, pero si descubre su coche en el garaje... ¡Ah! Olvidaba pagar al taxista... ¡Resulta gracioso! ¡Oh!, ya está. Ha visto su coche... Trataré de distraerla explicando alguna historia... En todo caso, si no lo consigo, no le diga nada en absoluto, ¿eh?

Muriel salió vivamente del taller y, por entre las persianas, Mason la vio dirigirse con aire desenvuelto hacia el taxi, junto al cual una hermosa rubia, cuyas fotos había visto ya en el cuarto oscuro, la acogió sonriente y le pasó un brazo por la cintura. Muriel maniobró para llevársela suavemente hacia la casa, pero la otra pareció acortar el paso y hacer preguntas.

Mason descolgó el teléfono, que estaba sobre el banco, se aseguró de que había línea, y llamó al número de Paul Drake. Cuando tuvo al detective a la escucha, le dijo:

—Paul, no tengo tiempo de darte explicaciones... Dentro de veinte o treinta minutos llegaré al aparcamiento contiguo al edificio. Conmigo irá una joven y quiero que la hagas seguir...

—Verdaderamente, Perry, en un plazo tan breve...

—En caso de necesidad, hazlo tú mismo, pero es imprescindible que se haga, porque tengo la impresión de que me están engañando.

Mason cortó la comunicación y miró de nuevo por entre las tiras

de la persiana. Al darse cuenta de que las dos jóvenes seguían prácticamente en el mismo sitio, llamó a su despacho y preguntó por Della Street.

—¿Qué hay, Della, has telefoneado? —preguntó así que tuvo a su secretaria al otro extremo de la línea.

—Sí, jefe, y pese a que, en la vida corriente habla con mayor lentitud y voz menos aguda, estoy convencida de que ha sido ella la que nos ha llamado, haciéndose pasar por Vera M. Martel.

Oyó un ruido de pasos que se aproximaban y Mason colgó bruscamente. Estaba examinando una de las muelas cuando Muriel penetró en el taller, y dijo:

—Señor Mason, permítame que le presente a Glamis Barlow.

El abogado vio cómo la hermosa rubia se dirigía hacia él, con la mano tendida y la desenvoltura de una actriz al entrar en escena.

—¡Encantada! Muriel me ha dicho que estaba aquí con un amigo que se interesa por las tallas de madera...

Sin hacer ningún comentario, Mason estrechó la mano de la joven.

—Encantado, señorita Barlow.

—¿Dónde está el otro coche? —preguntó Glamis volviéndose hacia Muriel—. He venido para llevármelo.

—¡Oh! ¡Válgame Dios! —exclamó Muriel—. Me lo he olvidado en la ciudad.

—¡En la ciudad!

—Sí, porque he venido en el coche del señor Mason. Pero estábamos ya a punto de marcharnos y ahora iré a buscarlo.

—¿A dónde irás luego?

—A ninguna parte. Me quedo aquí...

—Entonces, como tengo prisa, más vale que me des la contraseña del aparcamiento y me marchó yo con el señor Mason.

Como Muriel vacilara, el abogado sugirió:

—Podrían venir las dos.

—¿Para qué? —interrumpió Glamis—. Muriel prefiere quedarse en casa. Así se evitará un viaje de ida y vuelta y yo ganaré tiempo. ¿Se marcha en seguida, señor Mason?

—Sí —dijo Muriel, quien evidentemente no se sentía satisfecha por el giro que habían tomado los acontecimientos—. Tiene una cita importante...

—Perfectamente; yo ya estoy dispuesta... ¡Oh! ¿Qué han volcado aquí? ¡Y esta silla está rota!

—Glamis, si tienes prisa...

—Sí, sí, y el señor Mason también. Hasta luego, encanto... Lamento imponerle mi compañía, señor Mason, pero mamá se ha quedado con el otro coche y yo he regresado en taxi porque creí encontrar el *coupé*... De momento me ha parecido que estaba en el garaje, pero luego he visto que era otro coche; he preguntado a Muriel y...

Mason había cogido la cartera y, sin dejar de hablar, llegaron al garaje. Abrió la portezuela del coche a su compañera. Esta se sentó a la vez que le daba las gracias con una sonrisa y exhibía generosamente las piernas.

Después de rodear el coche, Mason echó la cartera en el asiento posterior y se instaló en el volante.

—Tiene usted una cartera que se parece mucho a la de mi padrastro —dijo Glamis, con la mirada fija en ella.

—¡Oh! Estas carteras se parecen todas —repuso tranquilamente Mason, mientras maniobraba para salir.

—Muriel no me había hablado nunca de usted, señor Mason. ¿Hace mucho que le conoce?

—Todo depende de lo que uno entienda por mucho... ¡El tiempo es algo muy relativo!

—Sí, es verdad... Pero ardo en deseos de saber más cosas de usted, porque Muriel no intima fácilmente... Y usted parece también muy serio... Veamos: no es médico... y tampoco tiene aspecto de ser banquero... ¿Cuál es su profesión, señor Mason? Porque supongo que la talla en madera no será más que un pasatiempo.

—Parece usted gozar tanto haciendo deducciones, que sentiría terminar el juego contestando a sus preguntas.

—Es usted deliciosamente evasivo, señor Mason... Pero nada conseguiré con ello, porque cuando baje del coche anotaré el número para saber a quién pertenece y cuál es su profesión... Pero... Mason... Mason... ¡Dios mío! ¡Usted es *Perry Mason*, el abogado!

Mason se abstuvo de hacer ningún comentario y siguió conduciendo.

—¡Y ni siquiera me felicita por haber terminado tan brillantemente mis deducciones! Es usted muy misterioso, señor Mason... ¿Qué relación puede tener con Muriel? Y, desde luego, es la cartera de mi padrastro, la reconozco. ¿Qué estaba haciendo en el taller?

—Tal vez sea verdad que me intereso por las tallas en madera.

—Y ¿para hablar de eso se entrevistaría con Muriel en lugar de hacerlo con su padre? Estoy segura de que Muriel no le conoce hace más de veinticuatro horas... pues de lo contrario no hubiera podido contenerse y habría hablado de usted... No directamente, claro, pero se las hubiese arreglado para deslizar su nombre en la conversación... Veo que le estoy exasperando, señor Mason... ¿Le han dicho alguna vez que las comisuras de los ojos se le levantan un poco cuando está irritado?

—No, lo ignoraba.

El hizo un silencio y luego Glamis se echó a reír.

—No quería irritarle, señor Mason. Ahora que le he desenmascarado, creo que deberíamos aprovecharlo para entablar relaciones de aspecto social y mundano, en lugar de parecer que quiero inmiscuirme en sus asuntos... No sé si jugará usted al golf... No, seguramente está demasiado ocupado. ¡Ah! Observo que su mirada se relaja un poco. Sin duda nos acercamos al final... ¡Ah!, sí, aquí está el aparcamiento... Es el que utiliza también mi padrastro. Tiene su despacho en el edificio Piedmont.

—Y yo tengo el mío en el edificio de la derecha, allí.

—Magnífico, señor Mason. Estoy encantada de este pequeño paseo que he dado en su compañía, y espero que tendremos ocasión para volver a vernos pronto.

Glamis abrió la portezuela de su lado, apeóse graciosamente del coche, y se dirigió seguidamente hacia el guardián del aparcamiento, alargándole la contraseña que Muriel le había entregado.

Inmóvil en su coche, Mason buscó con la mirada a Paul Drake, pero no consiguió descubrirlo. En tanto que cogía la cartera de Gilman por encima del respaldo del asiento. Sacaron el coche de Glamis Barlow, la cual, inmediatamente se instaló en él. Cuando ella salía del aparcamiento, Mason vio que el pequeño coche de la agencia Drake salía de una calle transversal y emprendía la

persecución. Quiso hacer un ademán de advertencia a Paul Drake, que lo conducía, pero no consiguió que le viera. Entonces dejó su coche, y se dirigió hacia el edificio Piedmont.

Capítulo 6

—¿El señor Mason? —preguntó una secretaria, que muy bien hubiese podido ser modelo dada la perfección de su físico—. Si me hace el favor de pasar por aquí... El señor Calhoun le aguarda.

El reloj del vestíbulo señalaba las cinco y veintiséis minutos cuando Mason franqueó la puerta del despacho en el que un hombrecillo delgado, de unos treinta años, se levantaba inmediatamente para saludarle.

—¡Ah!, señor Mason, encantado de conocerle.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Calhoun indicó al abogado una cómoda butaca, y fue a sentarse detrás de su impresionante mesa.

—Señor Calhoun —dijo el abogado—, he venido para entregarle ciertos contratos, de parte del señor Gilman, pero me interesa aclararle que, en esta ocasión me limito a hacer de recadero. No los he examinado; sólo me han encargado que se los traiga y que le ruegue que les dé curso.

—Sí, sí, señor Mason. Esperaba con impaciencia estos contratos, porque se trata de un asunto muy importante... ¿Puede decirme dónde está el señor Gilman?

—Pues no —dijo Mason con aire cortésmente sorprendido—. ¿No se ha puesto en contacto con usted?

—No —repuso Calhoun—. Y resulta muy extraño. ¿Puede darme los contratos, por favor?

Mason abrió la cartera y sacó la carpeta roja, sobre la que aparecían escritos su nombre y su número de teléfono, con la recomendación de que le llamaran en caso de necesidad.

Cuando estaba sacándolos, Calhoun, mirando con fijeza la inscripción, le dijo tranquilamente:

—No se moleste usted, señor Mason... Démelos con la carpeta.

—Tengo instrucciones de entregarle solamente los contratos —repuso con calma el abogado, alargando a su interlocutor los cuatro documentos.

Este se apresuró a examinarlos y luego dijo gravemente:

—Muchas gracias, señor Mason.

—Habida cuenta de que en esto actúo como un simple recadero, desearía un recibo precisando la hora en que se los he entregado.

Calhoun vaciló un momento y luego oprimió un botón.

—¿Tiene su libreta, señorita Colfax? —dijo a la secretaria, que acudió a su llamada—. Perfectamente... Redacte un recibo con fecha de hoy, e indique la hora, 17, 32. Este recibo lo extenderá a nombre del señor Perry Mason, abogado, y precisará que dicho señor, me ha entregado el original y tres copias del contrato que negocia la compra, por nuestra sociedad, de todos los derechos relativos al Sindicato Minero Barclay. Precisaré usted que dicho contrato me ha sido entregado por el señor Mason, por orden del señor Carter Gilman, quien lo había aprobado en su forma actual.

—Ignoro todo lo relativo a esa aprobación —interrumpió Mason.

—Pero desde el momento que Gilman me hace decir, por mediación de usted, que le dé el curso oportuno, es que está de acuerdo con los términos del mismo.

—Probablemente. Pero la verdad sigue siendo que yo no le he transmitido esta aprobación, puesto que la ignoro.

—Verdaderamente, no veo la gran importancia que esto pueda tener —dijo Calhoun, con frialdad.

—Es posible que por lo que a usted concierne, no tenga ninguna. Pero para mí es distinto.

Calhoun suspiró expresivamente.

—Sea, Señorita Colfax, suprima esta última frase y haga a máquina el recibo por triplicado, se lo ruego.

—Sí, señor Calhoun.

En tanto que la secretaria salía del despacho, Calhoun consultó su reloj y dijo:

—Mientras esperamos, señor Mason, me gustaría hablarle de ciertos hechos relacionados con su cliente.

—No estoy autorizado para discutirlos. Sólo se me ha encargado que le entregue esos documentos.

—Pero nada se opone a que me escuche, ¿no?

—No, y estoy dispuesto a hacerlo.

Calhoun, con los codos apoyados en la mesa, unió las puntas de los dedos, y dijo:

—Esta sociedad se dedica a inversiones. Esto supone, por una parte, la competencia para poder apreciar las tendencias de la bolsa, y por otra parte, una confianza completa de mis clientes.

Calhoun hizo una pausa, como si esperara un ademán de asentimiento de Mason, pero éste ni rechistó.

—Ignoro, señor Mason, si conoce usted bien al señor Gilman...

El abogado permaneció de nuevo imperturbable, de modo que su interlocutor prosiguió:

—Tiene ciertos antecedentes de los que hace muy poco que me he enterado. El señor Gilman tuvo, de su primer matrimonio, una hija, que ahora debe de tener unos veinte años. La madre de ésta murió y, hace unos cinco años, Gilman volvió a casarse con Nancy, esposa divorciada de Steven A. Barlow, quien vive actualmente en Las Vegas, Nevada. Ella tenía también una hija, Glamis, de la misma edad que Muriel, y que yo me figuraba procedía de su matrimonio con Steven A. Barlow. Pero recientemente me ha llamado la atención el hecho de que, si Glamis tiene veinte años, el matrimonio en cuestión se remonta sólo a diecinueve. Hay también ciertos detalles bastante curiosos en el pasado de Glamis, sobre los cuales me ha parecido entender que un detective había investigado recientemente. Nancy Gilman es una mujer bastante bohemia, sin ningún respeto por los convencionalismos... Ahora bien, si algún escándalo afectase a su hija, podría tener una gran repercusión en los negocios de esta sociedad.

Calhoun se interrumpió y miró a Mason con aire levemente acusador, como si le hiciese responsable de aquel estado de cosas.

—¿Puedo preguntarle cómo se ha enterado usted que Glamis ha nacido fuera del matrimonio? —preguntó de repente el abogado.

—Es una información obtenida de una fuente segura —repuso Calhoun, quien después apretó la palanca del intercomunicador—: ¿Están listos esos recibos, señorita Colfax?

—Sí, señor —repuso la voz musical de la secretaria—. Esperaba su llamada para entrar.

—Entonces, tráígalos.

La señorita Colfax entró inmediatamente en el despacho y

entregó a Calhoun los tres recibos. Este alargó uno a Mason y dijo:

—Eso es todo, señorita Colfax.

La secretaria se retiró y Mason, guardándose el recibo, se preparó para marchar, pero Calhoun le dijo:

—Desearía ver al señor Gilman.

—¿Cuánto tiempo estará aún aquí?

—Una hora por lo menos.

—¿Y la secretaria del señor Gilman? —preguntó Mason con indiferencia—. ¿Está aquí? Desearía hablarle.

Apretando la palanca del intercomunicador, Calhoun dijo:

—Señorita Colfax, ¿quiere ver si la señorita Norman está en el despacho del señor Gilman?

Permaneció a la escucha hasta que la voz de la secretaria repuso:

—La señorita Norman se ha marchado, señor Calhoun.

—Gracias, señorita Colfax... Sí —prosiguió Calhoun después de cortar la comunicación—, es muy tarde, y sólo quedan los empleados a quienes he pedido que hagan horas extraordinarias.

—No tiene importancia... Buenos tardes, señor Calhoun.

—Buenas tardes, señor Mason.

El abogado regresó a su despacho, después de detenerse un momento en el despacho de Paul Drake, en el que la telefonista le informó que el detective no había regresado aún.

Después, en compañía de Della Street, Mason hizo inventario del contenido de la cartera de Gilman, que permanecía en su poder. Aparte de la carpeta roja de horarios de compañías aéreas que tenían oficinas que guardaba con contratos, sólo había media docena en los Angeles, y una hoja de papel, en la que había escrita la siguiente dirección: *Steven A. Barlow, 5981 Virginia City Avenue, Las Vegas, Nevada.*

El abogado hizo una mueca y luego se puso a explicar, con detalle, sus actividades en las últimas horas de la tarde.

—En fin —terminó—, el señor Calhoun ha descubierto recientemente que Glamis Barlow, esa rubia seductora a la que he tenido la suerte de llevar en mi coche, había nacido un año antes de la cuenta, para poder proceder legítimamente de la unión de Barlow con la actual señora Gilman.

—¡Me figuro que ese querido señor Calhoun, estará escandalizado! —dijo Della Street, sonriendo.

—En la medida en que ello pudiera perjudicar la buena fama de Gilman y Cía. —repuso Mason—. También he querido ver a Matilda Norman, pero se había marchado ya.

—En todo caso, te aseguro que es ella la que ha telefonado fingiendo ser Vera Martel. Después de esta comprobación, he indagado sobre el número de teléfono en el que, según ella, podríamos localizar al señor Gilman. Es el de una cabina pública, que está a trescientos metros del edificio donde el señor Gilman tiene su despacho.

—Bueno, en espera de algo mejor, siempre podemos ir a cenar —sugirió Mason—. Como Paul Drake se ha dedicado a seguir a Glamis, en lugar de a Muriel, no creo que pueda explicarme nada interesante, pero diré a la encargada de su centralita que nos telefonee al *Green Mill*, o que se reúna con nosotros.

Cuando ya estaban en el restaurante y habían empezado a saborear un combinado, acompañado de patatas y aceitunas, Mason dijo a Della Street:

—Telefona a casa de los Glamis y pregunta por Muriel... Es más difícil que una voz femenina despierte la curiosidad de los demás. Cuando tengas a Muriel a la escucha, pregúntale si puedes hablarle con libertad, y me dejas el aparato.

Fueron a la cabina telefónica y, una vez cumplidas las instrucciones de su jefe, Della Street dijo:

—No se retire, señorita Gilman... El señor Mason quiere hablarle.

El abogado cogió el teléfono.

—Oiga, Muriel, aquí Mason...

—Oh, buenas noches —dijo ella, sin mencionar el nombre del abogado—. Es un placer oírle. ¿Qué hay de nuevo?

—He entregado los contratos y tengo un recibo firmado por Calhoun.

—Perfecto, perfecto...

—¿Ha regresado su padre?

—No. Ha telefonado a Nancy diciéndole que, por ciertas obligaciones, esta noche no regresaría, pero que mañana, sobre las nueve, estaría en su despacho.

—¿Ha dicho dónde iba?

—A Las Vegas.

—¿Y Glamis, está aquí?

—No; ha telefoneado que volvería tarde... Lo que en ella quiere decir que será mañana a primera hora.

—Bueno... solo quería decirle que había entregado los contratos, según lo acordado... Buenas noches, Muriel.

Después de haber colgado, Mason resumió la conversación a Della Street, y terminó diciendo con una sonrisa:

—Es probable que Glamis no regrese hasta la madrugada. Por lo tanto, no es fácil que tengamos noticias de Paul Drake. Es una buena cosa que haya seguido a Glamis en lugar de a Muriel. ¡Bien, a cenar!

Dos horas más tarde, cuando volvieron, la telefonista de Drake seguía sin noticias de su jefe, pero, mientras estaban allí, se encendió una luz en la centralita y la joven introdujo inmediatamente una clavija:

—Agencia Drake... Sí... Sí... Sí... Precisamente está aquí, señor Drake. Le pongo... Señor Mason, vaya, por favor, al despacho del señor Drake: le llama desde Las Vegas.

Mason y su secretaria se apresuraron a entrar en el lugar indicado. El abogado descolgó el aparato mientras guiñaba un ojo a Della Street.

—¿Paul...? ¿Qué diablos haces en Las Vegas?

—Pues siguiendo a la señorita en cuestión.

—¿Por qué no me has telefoneado para saber si era necesario?

—No he tenido tiempo. Ha ido directamente al aeródromo, ha dejado el coche, y ha entrado a las oficinas a pedir un billete para Las Vegas, en un avión que despegaba diez minutos más tarde. Yo también he sacado un billete, pero la mala suerte ha querido que, el único asiento vacante, estuviese al lado del suyo.

—¿Y se ha fijado en ti?

—Sí... E incluso ha debido sospechar algo... Su actitud parece indicarlo así.

—¿Qué ha sucedido?

—Al llegar a Las Vegas, ella ha cogido un taxi para ir a la ciudad, y yo he hecho otro tanto. Ha ido a uno de esos grandes establecimientos donde hay montones de máquinas tragaperras, se ha puesto a jugar como una loca, y luego, me ha dado esquinazo.

—¿Cómo lo ha logrado?

—Al cabo de veinte o treinta minutos, un taxi se ha detenido ante el establecimiento y alguien ha bajado. En el momento en que iba a marcharse sin pasajero, la señorita se ha metido dentro y ha dicho algo al taxista. El taxi más cercano estaba a cien metros de allí. Cuando lo he cogido e iniciaba la persecución del otro, un disco rojo nos ha bloqueado. Entonces he vuelto al establecimiento de juegos con la esperanza de ver regresar el otro taxi, pero todavía no lo ha hecho. He pensado que sería conveniente telefonar a la agencia dando un informe. Cuando he perdido el contacto, eran las veintiuna veinte.

—Bueno, Paul, te voy a dar una orientación. Hay cierto individuo, llamado Steve Barlow, que vive en Las Vegas, en el 5981 de Virginia City Avenue. Ignoro a lo que se dedica, pero ve a echar una ojeada a esa dirección. Podría ser que encontrases a tu rubia charlando con Barlow. En tal caso, regresa a Los Angeles en el primer avión.

—¿Y si no la encuentro?

—Regresa también, después de examinar brevemente el lugar... No vale la pena que pases la noche ahí. Mañana por la mañana nos veremos.

—Muy bien, Perry. Hasta mañana.

Capítulo 7

Eran las diez y media de la mañana cuando Paul Drake se presentó en el despacho de Mason.

—¡Hola, preciosa! —dijo a Della Street.

—Qué, ¿hemos jugado mucho en Las Vegas? —preguntó la joven —. Espero que no habrás incluido estos gastos en tu minuta.

—Créelo o no; he ganado casi quinientos dólares —replicó el detective—. ¡Qué le vamos a hacer! —añadió, dirigiéndose a Mason —. El primer avión salía después de media noche... Bien tenía que matar el tiempo y, en Las Vegas... Por cierto, Perry, que tú también diste en el blanco. La rubia estaba efectivamente de visita en casa de Steve A. Barlow. Al llegar allí la vi por una ventana de la villa. Así que, me hice el remolón durante una hora, aproximadamente, y entonces ella se fue hacia el centro de la ciudad.

—¿La seguiste?

—No, no pude. Había alquilado un cacharro, pero el único lugar donde podía aparcar para vigilar la casa, me obligaba a estar de espaldas al centro de la ciudad. Barlow, o en todo caso, el sujeto que estaba con ella en la casa, salió a acompañarla cuando llegó el taxi, que debieron de llamar por teléfono. Se quedó en el borde de la acera hasta que ella se marchó. Yo no podía, por lo tanto, dar media vuelta sin ponerme en evidencia. De modo que, como tú me habías dicho que regresase si encontraba a la joven en la dirección indicada, preferí dejarlo correr.

—Hiciste bien —aprobó Mason.

—Pero, figúrate que volví a encontrarla sobre las once. Estaba en otro club, jugando a la ruleta, e incluso parecía tener una racha de suerte. Entretanto, se había cambiado y llevaba un vestido de coctel del que no te digo nada —exclamó el detective con un ademán expresivo.

—¿Y ella te descubrió también?

—No, esta vez no. No la perdí de vista, pero me mantuve a distancia.

—¿Y, crees tú que la vez anterior, cuando ella se metió bruscamente en el taxi que iba a marcharse; fue porque te vio?

—No puedo asegurar nada, Perry, porque es una mujer muy impulsiva. Anoche, cuando empecé a seguirla, estoy convencido de que tenía en proyecto ir a otro sitio. Pero cuando al llegar a Hollywood consultó el reloj, cambió de idea. En La Brea dio media vuelta y corrió hacia el aeródromo.

—Entonces, ¿crees que fue a visitar a Barlow de una manera imprevista?

Drake asintió con la cabeza y preguntó:

—Por cierto, ¿quién es esa muchacha?

—Glamis Barlow. Es la hija de...

—¡Glamis! —exclamó el detective—. Hubiera debido sospecharlo cuando me dijiste que fuese a ver si estaba en casa de ese Barlow, sobre quien tenía que hacer indagaciones... Pero, desde luego, todavía no había leído el informe que me esperaba en mi despacho...

—¿Has descubierto cosas interesantes? —preguntó Mason con excitación.

—¡Ya lo creo! Informes de fuente fidedigna, que los diarios de la época ni siquiera sospecharon...

—¡Paul, no nos hagas sufrir! —exclamó Della Street.

—Bueno, helo aquí: Nancy Adair vivía en Greenwich Village, donde conoció a un joven novelista, John Yerman Hassel, que iba, como es lógico, a escribir el gran libro que el mundo esperaba. Era siete u ocho años mayor que Nancy y oriundo de Tejas. Allí tenía un tío, que murió legándole unas hectáreas de polvo.

»Con la vida que se hace en Greenwich Village, ya puedes imaginar lo que ocurrió; Nancy se encontró encinta. Pidió a Hassel que se casara con ella, pero éste le respondió que los dos estaban bastante emancipados, y que podían prescindir de convencionalismos; que cada uno debía vivir su vida. En fin, que se las arreglase como pudiera.

—¿Y luego?

—Pues ella siguió insistiendo durante tres meses, y luego

desapareció. Pero desapareció verdaderamente por completo. Hasta el punto de que, más tarde, cuando se descubrió petróleo en los terrenos heredados, y Hassel, convertido en millonario se dio cuenta de que Nancy era la mujer de su vida, no pudo hallar su rastro, pese a gastar miles de dólares en detectives privados y anuncios en los diarios.

—¿Por qué cambió de idea?

—Supongo que, entretanto, había aprendido a conocer mejor a las mujeres, lo que le había permitido establecer comparaciones, con ventaja para Nancy. Volviendo a nuestra historia, Nancy había cambiado de nombre y marchó a Los Angeles para dar a luz. Varias semanas después del nacimiento de la criatura conoció a Steve Barlow, que residía en San Francisco. Se enamoraron y se casaron. Barlow se dedicaba a la compra y venta de terrenos. Así vivieron en Portland, y después en Bend, Oregón. Allí, al cabo de cierto tiempo se divorciaron, y Nancy se casó más tarde con Gilman.

—¿Qué sabe Glamis de todo esto? —preguntó Mason.

—¡Nada en absoluto! Cree que Steve Barlow es su padre y éste parece quererla mucho.

—¿Y qué se ha hecho de Hassel?

—Hassel murió hace seis años, sin haberse casado. Su petróleo le había producido mucho dinero, y dejó tres millones de dólares, deducidos impuestos, a aquel o aquella que pudiese demostrar que era el fruto de sus amores con Nancy Adair, ahora domiciliada en Nueva York.

»Nancy lo había borrado de su existencia cuando él se negó a casarse, pero todos los diarios hablaron de este extraño testamento. Al enterarse del asunto Nancy fue discretamente a ver a los herederos de Hassel, para informarles que se proponía hacer valer los derechos de Glamis.

»Había dos herederos, hermano y hermana de Hassel. Pidieron a Nancy que retrasara un poco la gestión, hasta que ellos hubiesen podido comprobar sus afirmaciones. Recurrieron a detectives privados. De eso hace dos años, y por entonces, uno de mis investigadores estuvo en contacto con los que indagaban sobre este asunto. Cuando le he pedido informes sobre Nancy Gilman, he despertado sus recuerdos y así he podido obtener estos detalles.

»Parece que Nancy pudo mostrar recibos de alquiler, que

demostraban que vivía en el apartamento mencionado por Hassel en su testamento, y en la época indicada por él. Evidentemente, nada podía demostrar con la partida de nacimiento, ya que había dado a luz bajo un nombre falso. Pero parece que Glamis se parece tanto a Hassel que, cuando la vieron, los hermanos no tuvieron ya la menor duda. Nancy y ellos se pusieron de acuerdo sobre una suma de dos millones de dólares, a condición de que el asunto permaneciera secreto. En efecto, Glamis era ya mayor, y Nancy no quería que pudiese sufrir al enterarse de las condiciones en qué había nacido.

—¿Sucedió esto después del matrimonio con Gilman? —preguntó Mason.

—Sí, aproximadamente un año después.

—Pero, ¿de dónde pensará Glamis que le viene este dinero si se le oculta la verdad?

—Esto lo ignoro. Nancy ha debido de encontrar un truco, pero mi informador no está enterado.

Mason se levantó y paseó por su despacho.

—Así se explica lo del chantaje —dijo—. Al enterarse de esto Vera Martel, de una u otra manera, ha decidido apuntar sus baterías contra Nancy, con el fin de obtener su parte en el botín.

En aquel momento sonó el teléfono, y Della Street descolgó el aparato.

—Es para ti, Paul —anunció.

Drake contestó a la llamada.

—Bueno, en seguida voy al despacho. Si es que puede esperar... ¿Qué? Dame los detalles.

El detective escuchó atentamente durante cerca de tres minutos. Luego dijo:

—Muy bien... Pon varios hombres sobre la pista... Trata de descubrir todo lo posible... Haz lo que sea preciso sin fijarte en lo que gastas.

Cuando Drake colgó, Mason le dijo riendo:

—Estás metiendo a alguien en grandes gastos, Paul. No quisiera ser el cliente en cuestión.

Drake le miró con fijeza:

—Bueno, y sin embargo, eres tú. Esta mañana, a primera hora, la policía ha descubierto el cadáver de Vera Martel. Aparentemente

perdió el dominio de su coche cayendo en un barranco, por el lado de Mulholland Drive. Pero algo ha debido de parecer sospechoso a la policía, que ha pedido la autopsia. El forense ha descubierto que el hioides estaba roto, ha constatado la existencia de una petequia sintomática, y ha llegado a la conclusión de que Vera Martel estaba ya muerta cuando el auto ha caído al barranco.

»Con lo cual, la policía se ha puesto a trabajar. Han encontrado serrín de madera incrustado en la falda de Vera, así como en el interior de sus zapatos. Al analizarlo, este serrín ha resultado no ser de madera ordinaria, sino de madera noble...

—¿Cuánto tiempo llevaba muerta? —interrumpió Mason.

—Todo lo que el forense ha podido decir es que debió de morir ayer mañana, entre las siete y las doce. Si la policía de carreteras no hubiese observado señales de neumáticos que se dirigían hacia el barranco, hubiesen podido transcurrir varios días, incluso semanas, antes que se descubriera el coche, que estaba metido en un bosquecillo de robles enanos. En cuyo caso, hubiese resultado difícil precisar cuándo ocurrió el fallecimiento...

De nuevo sonó el teléfono y Della Street descolgó el aparato con ademán automático.

—Dime, Gertie —dijo a la telefonista. Luego se volvió hacia Mason—: Te llama Muriel Gilman. Gertie dice que parece al borde de una crisis nerviosa.

—Que me pase la comunicación. Y quédate a la escucha, Della.

—Pasa la comunicación al jefe, Gertie.

—¿Oiga, Muriel? —dijo Mason, descolgando el aparato—. Aquí Mason...

—¡Oh, señor Mason, acaba de ocurrir una cosa terrible!

—Bueno, en tal caso, conserve la calma y cuéntemelo con la mayor brevedad posible, porque tal vez no nos quede mucho tiempo.

—La policía ha venido con una orden de registro...

—¿Quién estaba en la casa?

—Las tres, pero Nancy y Glamis dormían aún. Solo yo estaba levantada...

—¿Así que, ha sido a usted a quien le han presentado la orden de registro?

—Sí... Me han dicho que querían echar una ojeada al taller de

papá.

—Sí, ¿y qué?

—Uno de los policías ha recogido serrín con una especie de aspirador... Han examinado la silla rota y el bote de pintura que se había volcado. En este último han buscado huellas dactilares poniéndole unos polvos, y después las han fotografiado.

—¿Cuánto tiempo hace de esto?

—Media hora... Quizá tres cuartos.

—¿Se han marchado ya?

—Sí... Se han mostrado muy corteses, pero no han querido contestar a mis preguntas cuando les he preguntado lo que pasaba.

—¿Dónde está su padre?

—Había ido a Las Vegas, y debía regresar en avión esta mañana, para encontrarse en su despacho a las nueve... Pero el señor Calhoun me ha telefoneado a las nueve y media para decirme que no había llegado, y preguntarme si sabía dónde estaba.

—¿Qué le ha respondido?

—Yo... Señor Mason, le he mentado... Le he dicho que no sabía dónde estaba papá en aquel momento... Le he dado la impresión de que papá acababa de salir...

—¿No le ha preguntado si su padre regresó ayer noche?

—No... Sólo deseaba saber si papá tenía intención de ir esta mañana al despacho, y le he contestado que era probable.

—Bien. ¿Cuánto rato hace que se ha ido la policía?

—Unos diez minutos.

—¿Por qué no me ha llamado inmediatamente?

—Estaba desmoralizada por completo... No sabía si debía avisar a Nancy, Glamis, o qué...

—¿Las ha despertado?

—No.

—Tengo que hablar con ellas. Lo mejor será que vaya a su casa, porque...

La puerta que comunicaba el despacho con la sala de espera se abrió bruscamente, dando paso al teniente Tragg, de la Brigada Criminal, seguido de otro policía de paisano.

—¡Hola, hola! —dijo alegremente—. Veo que están muy ocupados, como de costumbre...

Mason contestó con voz lo suficientemente fuerte para que

Muriel pudiese oírlo:

—¡Caramba! ¿Qué trae tan de mañana a la Brigada Criminal a mi despacho, y por qué no se ha hecho usted anunciar, teniente? No es más que una formalidad, desde luego, pero que revela un cierto respeto por las conveniencias sociales.

—Ya le he dicho y repetido que los contribuyentes no me pagan para que respete las conveniencias sociales —replicó Tragg—. No quiero hacerles perder dinero entreteniéndome en las salas de espera. Y además, Perry, eso daría tiempo a la gente para prepararse a recibir mi visita... haciendo desaparecer objetos comprometedores o reflexionando en lo que deben decir, suponiendo que no aprovechasen para largarse por otra puerta, lo que permitiría a su secretaria, afirmar, sin mentir, que han salido... Pero se lo ruego, prosiga su conversación telefónica.

—Oh, prácticamente he terminado —declaró Mason antes de hablar por el aparato—: Ya la llamaré cuando haya podido examinar de nuevo la documentación del asunto. Pero ahora tengo en el despacho a un inspector de la Brigada Criminal, y estos caballeros exigen siempre que se les dé prioridad... ¿Le han hecho preguntas sobre lo que yo le había dicho que guardase silencio?

—¿Quiere decir relativas a...?

—Relativas a cualquiera de estas cosas —le interrumpió Mason con firmeza.

—No. Apenas me han hecho preguntas. Solo se han interesado por papá, y les he dicho que había ido a Las Vegas, pero que debía regresar esta misma mañana.

—Bueno, volveré a llamarla así que haya terminado con estos caballeros. No se aleje mucho para que pueda oír mi llamada.

Después de colgar el aparato, Mason volvióse hacia el teniente Tragg:

—Bueno, teniente, ¿qué puedo hacer por usted?

—¿Tendría inconveniente en decirme con quién hablaba, Perry?

—Con un cliente —repuso Mason.

—¡No es posible! —exclamó Tragg simulando una enorme sorpresa—. Por lo que he podido oír, creí que se trataba de una persona desconocida para usted, que sólo había telefoneado para saber dónde estaba el edificio de correos más próximo.

—Esto demuestra lo fácil que es equivocarse cuando se hacen

conjeturas apresuradas. Un buen detective debe siempre abstenerse de llegar a conclusiones demasiado rápidas —replicó con serenidad el abogado.

—Mason, según me han dicho, tiene usted un cliente que se llama Gilman, Carter Gilman.

—Gilman... Gilman —repitió el abogado, arrugando la frente como si tratase de reavivar sus recuerdos—. Carter Gilman... ¿Sabe su dirección?

—Avenida Vauxman, 6231.

—Entonces, podríamos mirar en... No, Tragg, creo que no debo responder a esta pregunta.

—Fíjese en la habilidad del caballero. Finge que trata de recordar a Carter Gilman, como si no hubiese oído hablar de él desde hace mucho tiempo, tras de lo cual, me declara que no contestará a mi pregunta. Por tanto, no me ha mentado, no me ha dicho ninguna falsedad... Se ha contentado con hacerme creer cosas que no son ciertas.

Y, enfrentándose de nuevo con el abogado:

—En tal caso, Mason, voy a hacerle una pregunta directa y precisa: ¿Ha hecho desaparecer alguna prueba comprometedora del número 6231 de la Avenida Vauxman?

—Pruebas comprometedoras —repitió Mason—. Una prueba, desde luego, es algo que un tribunal considera como demostrativo, y sobre lo que basar un veredicto. Pero, ¿comprometedora? ¿Comprometedora para quién? Tendría que preguntarle. Hágase cargo Tragg, puesto que esta mañana jugamos a las adivinanzas, hay una serie de cosas que usted puede considerar como pruebas, y que un tribunal no aceptará como tales.

—Lo sé —dijo Tragg—. Por ejemplo, las afirmaciones obtenidas de otra persona... los «se dice», en términos profesionales.

—Y aún hay excepciones en esto... Por ejemplo, si le preguntan su edad, y usted responde, supongo que cincuenta y cinco años... Usted no tiene ningún medio de saber que tiene esa edad, sino porque alguien le precisó un día su fecha de nacimiento. Se trata pues, de un «se dice», y sin embargo, el tribunal estimará válido su testimonio sobre tal punto. Estas preguntas son muy peliagudas...

—Sí —dijo Tragg—, veo que nuestra entrevista tendrá que prolongarse bastante. Pero...

El teléfono sonó y Della Street descolgó el aparato.

—Sí... —dijo antes de añadir nada, mirando a Mason—: ¿No sería mejor que contestase a esta comunicación desde la biblioteca?

Advertido por la expresión de su secretaria, Mason cogió el aparato, se dio a conocer y oyó la voz de Carter Gilman.

—Señor Mason, aquí Carter Gilman... Me han detenido como sospechoso de asesinato... He sido interrogado en el despacho del fiscal del distrito, quien ha firmado la orden de detención, después de lo cual me han dicho que tenía derecho a telefonear a mi abogado... Por eso le llamo.

—En seguida iré a verle... Ignoro lo que haya podido decir hasta ahora, pero desde este momento no haga ninguna declaración más. No responda a ninguna otra pregunta, en tanto no esté yo presente. ¿Entendido? Incluso, aunque le pregunten la hora que es o el tiempo que hace, no responda más que en mi presencia. Hasta muy pronto.

Mason colgó el teléfono, y Tragg suspiró:

—Ahora, Perry, supongo que en lugar de responder a nuestras preguntas, va usted a dejarnos plantados para ir a conferenciar en la cárcel con su cliente. No podemos impedirselo, porque, *hasta ahora*, no tenemos nada contra usted... Pero seguimos buscando Perry, seguimos buscando.

—Prosiga, teniente, se lo ruego. A propósito, supongo que abajo tendrá su coche oficial y que probablemente se dirige a la cárcel. Si fuese usted amable de verdad, me llevaría; esto me haría ganar tiempo...

—... y ahorrar gasolina. De acuerdo, Perry. Para demostrarle hasta qué punto somos honrados, vamos a dejarle aprovecharse de nuestros privilegios, y le llevaremos a la cárcel en que está detenido su cliente, porque se le considera sospechoso del asesinato de Vera Martel. Y lo que es más, Perry, llevaré mi generosidad hasta decirle que, esta vez, estamos completamente seguros de lo que afirmamos y que, a menos de que sea muy, *muy* prudente, corre el riesgo de encontrarse metido en el mismo apuro que su cliente... ¡Y hasta el cuello!

Mason se inclinó.

—Gracias por la advertencia y el transporte gratuito, teniente.

Y volviéndose hacia su secretaria, añadió con tono medio en

serio, medio en broma:

—Si no tienes noticias mías dentro de una hora, prepara una petición de *habeas corpus*.

Della Street asintió con la cabeza. Paul Drake, que había asistido en silencio a la conversación, abrió la puerta del pasillo y se hizo a un lado para dejar salir a los tres hombres.

Capítulo 8

—Bueno, Gilman, ¿qué hay? —preguntó Mason cuando le trajeron al detenido al locutorio de los abogados.

—No lo sé, señor Mason. Le juro que no lo sé.

—Ya prestará juramento cuando esté ante el jurado. Por el momento, límitese a decirme lo que ha ocurrido.

—Pues bien, había ido a Las Vegas, y esta mañana a primera hora, he regresado en avión. La policía me esperaba en el aeródromo e inmediatamente me ha detenido diciéndome que tenía que hacerme unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre la muerte de Vera Martel.

—Así pues, ¿sabe que ha muerto?

—Oh, sí, ellos me lo han dicho.

—¿Y qué les ha dicho usted?

—Bueno, he... he acabado por reconocer que había ido a verle a usted por causa de Vera Martel.

—¡Ah! ¿Y qué motivo les ha dado para justificar esta gestión?

—Les he dicho que tenía la impresión de que ella trataba de hacer chantaje a un miembro de mi familia.

—Ahora habla usted de un miembro de su familia. Al principio me dijo que trataba de hacer chantaje a su esposa.

—Entretanto he reflexionado.

—Sea, prosiga. ¿Qué le han preguntado ellos?

—Me han interrogado con relación a mi taller, con las maderas que tallaba, y luego me han preguntado lo que había ido a hacer a Las Vegas.

—¿Y qué había ido a hacer allí?

—Jugar.

—¿Ganó usted?

—No.

—¿Cuánto ha perdido?

—En conjunto, la cosa ha quedado equilibrada.

—En resumen, que ha sido un viaje inútil. ¿Le han preguntado cuándo descubrió usted que Vera Martel trataba de hacer chantaje a un miembro de su familia?

—¡Oh, sí! Me lo han preguntado todo.

—¿Y qué les ha contestado a este respecto?

—Les he dicho que había visto por dos veces el coche de la señorita Martel detenido cerca de mi despacho, y una vez en las cercanías de mi casa. También he dicho que una señorita Martel había telefoneado dos veces a mi domicilio.

—¿En momentos en que usted estaba solo en casa?

—Sí.

—¿Y le preguntó usted su nombre?

—Ella me lo dio por propia iniciativa, pidiéndome que rogase a la señora Gilman que la llamara así que volviera a casa.

—¿Y cumplió usted el encargo? —preguntó Mason.

Gilman vaciló.

—Escuche —dijo entonces Mason—, cesemos de divagar. No creo que Vera Martel haya ido nunca a su casa ni siquiera que haya telefoneado preguntando por su esposa. Estoy seguro de que usted ha dado este encargo a su esposa y ella se lo dirá a la policía.

»Lo que ha ocurrido es que Roger Calhoun, recurrió a los servicios de Vera Martel, porque tenía noticias de un escándalo que afectaba a Glamis, y quería saber de qué se trataba.

»Vera Martel descubrió ciertas cosas y entonces decidió ver quién pagaba mejor: Calhoun por tener estos informes, o usted, para que ella no los diese a Calhoun.

»Además —prosiguió Mason—, ayer mañana estaba usted citado con Vera Martel. Ella debía acudir a su taller, donde usted le entregaría diez mil dólares. Llegó algo pronto, y para que su hija no pudiese verla, usted le pidió que le preparase otro huevo con jamón, pese a haber tomado ya un desayuno abundante...

—¡Cáspita! ¿Cómo sabe esto?

—Eso es asunto mío —replicó Mason—. Se levantó usted inmediatamente de la mesa y fue al taller. Vera Martel cogió los diez mil dólares y después le dijo que no bastaban. Entonces, loco

de ira, usted se lanzó sobre ella, la cogió por el cuello y la estranguló sin ni siquiera darse cuenta de lo que hacía. Luego, horrorizado, metió usted su cadáver en el portamaletas del coche y fue a esconderlo a alguna parte. Después, regresó a buscar el coche de Vera Martel, que estaba aparcado cerca de su domicilio, y...

Como Gilman meneara enfáticamente la cabeza Mason le dijo:

—Déjeme terminar... Recuperado el coche de Vera Martel metió en él su cadáver y simuló el accidente de Mulholland Drive. Tras de lo cual, decidió crearse una coartada. Estaba citado conmigo a las once y media. En consecuencia, hizo cuanto le fue posible para llegar a tiempo, pero a pesar de todo se presentó con unos minutos de retraso. Entonces me contó aquella historia referente a Vera Martel, a pesar de saber perfectamente que estaba muerta. Después de nuestra entrevista, comenzó usted a dar forma a su coartada, arreglándoselas para estar siempre en compañía de alguien. Y pensó que yo sería un testigo de peso para confirmar su coartada. Hizo que me telefonara su secretaria, desde una cabina pública, cuyo número de llamada es, Graystone 9-3535. Le indicó lo que debía decir, y le recomendó que se hiciera pasar por Vera Martel, y que hablara de prisa para disfrazar su voz. Yo llamé inmediatamente al número que ella me había dado, y que era el de la cabina. Entonces usted fingió que estaba aterrorizado y que ignoraba cómo Vera Martel había podido enterarse de su gestión. Seguidamente, cuando hubo colgado, la secretaria llamó a su despacho y preguntó si había llegado usted, en tanto que usted seguía forjando coartada, yendo tal vez a entrevistarse con el director de su banco, el cual está próximo a esa cabina telefónica.

»Más tarde se marchó a Las Vegas. Los registros de la compañía indicarán el avión que usted tomó. Ignoro lo que fue a hacer allí, pero no me sorprendería que hubiese tratado de penetrar en el despacho de Vera Martel, en busca de documentos comprometedores.

»He aquí en líneas generales lo que ha hecho usted y que amenaza con conducirle directamente a la cámara de gas. Su secretaria le es fiel y ha hecho exactamente lo que usted le pedía, pero cuando se encuentre ante la alternativa de verse acusada de complicidad en un crimen, o de decir toda la verdad a la policía, no vacilará. Probablemente estén interrogándola ya.

»Si hubiese venido a mi encuentro inmediatamente después del drama, diciéndome lo ocurrido, hubiese podido hacer algo por usted. Nos las habríamos arreglado para que tuviese el aspecto de un sencillo homicidio o, todo lo más, de un asesinato con circunstancias atenuantes. Pero ahora, con todos sus manejos, ha conseguido dar la impresión de que se trataba de un crimen premeditado, y no le reconocerán ninguna circunstancia atenuante.

Mason se calló y miró a su cliente, cuyos ojos expresaban el pánico interior que sentía. Gilman meneó la cabeza negativamente.

—Bien —dijo Mason—. Entonces, ¿cuál es la verdad?

—Voy a decírsela, pero no la contaré a nadie más Y negaré habérselo dicho, si usted me lo pregunta ante el tribunal.

—Bueno, bueno... ¡Adelante!

—Estaba... estaba... desayunando... Sabía que Vera Martel trataba de descubrir algo que afectaba a mi familia.

—¿Cómo lo sabía?

—Ya se lo explicaré.

—Bueno. De modo que estaba usted desayunando, ¿no?

—Entonces divisé a Vera Martel que entraba rápidamente en el taller. Quedé asombrado de que se atreviera a ir a mi casa de aquella manera, e inmediatamente pensé que los acontecimientos debían haberse precipitado... Pero, y esto es importante, señor Mason, para no llamar la atención de mi hija Muriel, miraba por la ventana simulando que leía el diario... Hasta el extremo que no podría contar bajo juramento lo que ocurrió exactamente, porque en ciertos momentos miraba, en efecto, al diario.

—Prosiga.

—Alejé a Muriel pidiéndole que me preparase otro huevo. En seguida dejé caer el diario y me levanté. Me disponía a ir de puntillas hacia la puerta cuando, al mirar por la ventana, vi...

—¿Sí? —le alentó Mason.

—Vi a un miembro de mi familia, cuyo rostro reflejaba el pánico, que salía corriendo del taller.

—¿Quién era?

Gilman meneó la cabeza.

—Esto no se lo diré, Mason, porque sé que si usted acepta encargarse de mi defensa, considerará que su deber es salvarme, aun a costa de la persona que usted supondrá es el culpable.

—Bueno, ya volveremos a hablar de esto más tarde —dijo Mason—. Así pues, vio usted a un miembro de su familia que salía corriendo de su taller. ¿Qué sucedió después?

—Corrí hasta la puerta, me dirigí hacia el garaje y, por el cuarto oscuro, llegué al taller. Una vez allí, al abrir la puerta, creí que iba a desmayarme.

—¿Qué vio usted?

—En el suelo había una mancha roja que de momento creí que era sangre. Al lado había una silla rota y billetes de cien dólares esparcidos por todas partes... La servilleta, que en mis prisas me había llevado, se me cayó al suelo. Después me di cuenta de que había tomado por sangre lo que no era más que pintura roja, procedente de un bote volcado. Recogí éste y lo dejé en la estantería. Entonces comprendí lo que debió ocurrir.

—¿Sí?

—Ese miembro de mi familia había ido allí con una suma en billetes de cien dólares para pagar el chantaje a que le sometía Vera Martel. Pero ésta debió de pedir más y hubo una escena violenta.

—¿No interrogó sobre esto a ese miembro de la familia?

—No. Salté a mi coche y me fui en busca de Vera Martel. Supuse que no podía estar muy lejos y di la vuelta a la manzana, pasando por diversas calles vecinas. No vi a Vera Martel, pero encontré su coche aparcado a doscientos metros de la casa.

—¿Cómo supo que era el coche de ella? —preguntó Mason.

—Llevaba matrícula de Nevada.

—¿Cómo supo usted que era el coche de ella? —volvió a preguntar.

—Ella... Bueno, voy a explicárselo todo. Roger Calhoun había obtenido los servicios de Vera Martel para descubrir algo relativo a mi familia. Mi secretaria, Matilda Norman, que me es completamente fiel, se había enterado por la secretaria de Calhoun, tras ponerse en guardia, al oír unas palabras que se le escaparon a Calhoun, cuando creía que el intercomunicador estaba cerrado. Para su información le diré que, la secretaria de Calhoun, la señorita Colfax, no puede verlo ni en pintura, pero ella disimula porque cobra el doble de lo que ganaba en otro sitio. Ella supo, pues, que Calhoun había acudido a Vera Martel para descubrir algo relacionado con mi familia, y también que esa Vera Martel procedía

de Nevada. La señorita Colfax se lo explicó a Matilda Norman, y ésta me lo contó a mí.

—¿Y usted irrumpió en el despacho de Calhoum preguntando lo que significaba aquello?

—Hubiese debido actuar así, pero me temo mucho que hice lo menos adecuado.

—Fui al lugar de aparcamiento reservado para nuestro edificio en busca de un coche con matrícula de Nevada. Encontré uno. No estaba cerrado y, en el compartimiento de los guantes, encontré un llavero y un sobre viejo, a nombre de Vera Martel, y con una dirección de Las Vegas.

—¿Sí?

—Aquel día había comprado arcilla para mi taller y la llevaba en mi coche. Fui a buscar una poca y saqué un molde de cada llave.

—¿Qué se proponía hacer? —preguntó Mason.

—No lo sabía muy bien, pero esperaba que aquellas llaves me fueran útiles. Compréndalo, estaba atemorizado ante la idea de que el escándalo amenazaba a uno de los míos. Sabía, desde hacía tiempo, desde luego, que el nacimiento de Glamis había sido un poco irregular, prematuro... pero no podía tratarse sólo de eso. Debía de haber alguna cosa más y quería saber lo que era.

—Y con la copia de esas llaves, ¿se le ocurrió aprovechar que Vera Martel estaba aquí para ir a registrar su despacho en Las Vegas?

Gilman vaciló, y luego asintió con la cabeza.

—¿Fue eso lo que trató de hacer anoche?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Descubrí que alguien se me había adelantado. El despacho estaba completamente revuelto y las fichas y los documentos cubrían el suelo...

—¿Tuvo, por lo menos, la precaución de ponerse guantes?

Una angustia elocuente se pintó en el rostro de Gilman, y Mason dijo:

—Bueno, debe de haber dejado huellas por todas partes. Verdaderamente, se las ha arreglado para facilitar el trabajo a la acusación, y si no fuese por un detalle que me incita a creerle... Volvamos a ayer por la mañana. Se marchó usted en busca de Vera

Martel y descubrió su coche aparcado a doscientos metros de su casa. ¿Qué hizo usted de su propio coche?

—Fui al lugar donde, por lo general, tomo el autobús, y lo dejé en una calle transversal.

—¿A qué distancia está de su casa?

—A unos quinientos metros.

—Bueno. Así pues, dejó allí su coche. ¿Y luego?

—No sabía qué hacer, señor Mason. Cogí el autobús hasta la parada próxima a mi despacho, pero no fui a éste. Anduve sin rumbo y después decidí regresar a casa para tener una explicación con... con la persona en cuestión. En consecuencia, cogí de nuevo el autobús en dirección contraria, pero a medio camino recordé que tenía una cita con usted. Pensé que lo mejor sería acudir a usted para descubrir la verdad.

»Ahora deseo decirle que está equivocado si cree que pedí a Matilda Norman que le telefonara para hacerle creer que Vera Martel seguía viva. Sólo temía que no tomase el asunto demasiado en serio. Supuse que, si le daba la impresión de que Vera Martel era más lista que usted, le picaría el amor propio... Por eso combiné el truco con Matilda... Pero no comprendo cómo ha podido descubrir que fue ella quien...

—No tengo tiempo de escuchar sus preguntas. Soy yo quien tiene que hacerlas y trate de responder a ellas. Aparte de usted, ayer mañana había tres personas en la casa: Muriel, su esposa y Glamis. Dado que Muriel estaba levantada y se ocupaba en preparar el desayuno, podría ser a ella a quien usted vio salir corriendo del taller...

—En realidad, en la casa estaban dentro cuatro personas, aparte de mí.

—¿Quién era la cuarta?

—Hartley Elliott, un joven que es agente de una firma industrial, y que vive en cierto lugar del norte de este Estado.

—¿Qué hacía en su casa?

—Por lo que ahora sé, había salido con Glamis y luego la acompañó hasta casa a las dos de la madrugada. Se quedaron un buen rato charlando en el porche, como le gusta hacer a la juventud, y cuando él regresó a su coche se dio cuenta de que había, dejado el contacto... En resumen, se le había descargado la

batería y no podía marcharse. Entonces Glamis le propuso que pasase la noche en una de las habitaciones para los amigos.

—¿Cuántas de estas habitaciones hay?

—Dos.

—¿Dónde están situadas?

—En el primer piso, al lado norte. La que ocupó Elliott se encuentra exactamente encima del comedor. De hecho, le había oído andar por arriba, y como ignoraba que estuviese ocupada la habitación, me pareció extraño...

—¿Cuándo supo usted que había pasado la noche en su casa?

—Cuando telefoneé a Muriel desde Las Vegas. Me lo explicó incidentalmente.

—¿Pagó usted esta conferencia?

—No. La solicité con cargo al receptor, y Muriel dio su conformidad.

—¡Así, pues, si la policía tuviese necesidad de una prueba suplementaria, tendría a su favor esta llamada telefónica!

—Señor Mason —dijo Gilman—, si es necesario me declararé culpable... Tiene que arreglárselas con el Ministerio público para que yo me reconozca culpable involuntario. De esta forma, con mi posición y mis antecedentes saldré librado con uno o dos años...

—Escúcheme bien, Gilman —le interrumpió Mason—, yo le diré lo que puede y lo que no puede hacer. Entretanto, no diga a nadie que está dispuesto a reconocerse culpable de nada. Conténtese con declarar que su abogado le ha pedido que no hable del asunto con nadie. Ahora quiero saber una cosa: ¿La mató usted?

—Señor Mason, sinceramente, yo no la maté.

—Pero, ¿está moralmente seguro que fue muerta por alguien de su familia?

—Sí.

—¿Muriel?

—No se lo diré.

—¿Glamis?

—No le diré nada.

—¿Su esposa?

—Señor Mason, en tanto que conserve el juicio, este nombre no saldrá de mis labios.

—¿Hartley Elliott?

—¡Válgame Dios, no! ¡No me dejaría condenar por protegerle!

—Una de dos: o quiere usted extraordinariamente a su familia, o es un actor muy bueno. De momento no me veo capaz de llegar a una decisión, pero tengo el propósito de enterarme. Entretanto, le repito que no hable de este asunto con nadie, con nadie en absoluto.

—¿Qué va usted a hacer?

—Me voy a su casa y hablaré con los distintos miembros de su familia para tratar de averiguar si alguno de ellos me miente. Y si saco la impresión de que me dicen la verdad, quedaré casi convencido de que asesinó usted a Vera Martel, y que después ha inventado esta historia con el único objeto de provocar mi lástima, a fin de que trate de conseguir que le acusen sólo de homicidio involuntario, si acepta usted reconocerse culpable.

Tras de estas palabras, Mason se levantó e indicó al vigilante, con un ademán, que la entrevista había terminado.

Capítulo 9

Mason aparcó su coche ante la casa de los Gilman ascendió apresuradamente las escaleras, e iba a llamar, cuando abrió la puerta Muriel Gilman.

—¡Oh, señor Mason! ¿Qué sucede? ¡Dígamelo, se lo ruego!

—Ahora se lo contaré... ¿Dónde están las otras? ¿Levantadas?

Muriel meneó la cabeza.

—No... Las he dejado dormir, como usted me ha dicho.

—Perfecto. Ahora vaya a despertarlas y dígales que bajen aquí. Tengo noticias importantes y me interesa que estén todas reunidas para comunicárselas.

—Pero, ¿y papá, señor Mason? ¿No está herido o... muerto?

—Físicamente, su padre está muy bien por ahora. Vaya a buscar a Glamis y a Nancy.

—Sí, señor Mason... Entre aquí, por favor —añadió al tiempo que abría la puerta de una salita arreglada con gusto.

—¿Puedo echar una ojeada a la cocina y al comedor durante su ausencia?

—Pues claro que sí, señor Mason... ¡Tanto más, cuanto que necesitarán tiempo para ponerse presentables!

Mason había terminado su breve inspección cuando la joven volvió a bajar:

—Nancy vendrá en seguida —anunció—. En cuanto a Glamis, no estoy demasiado segura, porque casi no he conseguido despertarla...

Mason asintió vagamente con la cabeza, y dijo:

—He observado que desde el comedor puede verse el garaje y el taller, pero no desde la cocina.

—Sí, en efecto... ¿Por qué, señor Mason?

—Por nada... Sólo trato de poner en orden mis ideas. Espero que

su madrastra podrá...

—¿Podrá qué? —preguntó una voz femenina, a espaldas de Mason.

El abogado se volvió y encontróse con la mirada, a la vez curiosa e indignada, de una mujer alta y rubia que, incluso sin maquillaje y en salto de cama, consideró muy atractiva.

—Espero que podrá usted iluminarme sobre ciertos extremos, señora —dijo.

—Yo también lo espero. Soy Nancy Gilman, y usted es, si lo he entendido bien, Perry Mason, el famoso abogado. Muriel me ha dicho que nos traía usted noticias relativas a mi marido, y pienso que deben ser muy importantes para justificar una visita tan matutina...

—Juzgue usted misma: su marido, Carter Gilman, está en la cárcel.

—¡Dios mío! ¿Qué ha hecho?

—La policía sospecha que ha cometido un asesinato.

—¡Un asesinato!

—Sí.

Nancy Gilman acercó una silla en la que se sentó sin dejar de mirar a Mason. Luego meneó la cabeza.

—Esto me parece fantástico... ¿Está seguro de lo que dice?

—Ahora vengo de la cárcel, después de verle.

—¿De qué se trata, pues? ¿Ha atropellado a alguien con su coche? ¿Conducía en estado de embriaguez?

Mirando a su interlocutor con gran atención, Mason dijo:

—Está acusado de haber matado premeditadamente a Vera M. Martel.

Nancy Gilman enarcó las cejas, volvióse hacia Muriel, y luego miró de nuevo al abogado:

—¿Y quién es Vera M. Martel?

—Una detective particular que tal vez la sometía a usted a chantaje —replicó Mason, cuya actitud expresaba la desaprobación y la impaciencia.

—¿Un chantaje a mí? Nadie me ha hecho tal cosa señor Mason —aseguró la señora Gilman.

—¿Ni siquiera lo han intentado?

La señora Gilman negó de nuevo con la cabeza.

—¿Y los diez mil dólares? —inquirió Mason.

—¿Qué diez mil dólares? Señor Mason, su proceder resulta verdaderamente curioso... Diríase que se enfrenta con un testigo recalcitrante al que quiere obligar a hablar.

—¿Y qué actitud debería adoptar?

—Verdaderamente lo ignoro, señor Mason. He bajado porque le conocía de nombre y por su reputación, pero sus modales me desconciertan...

—Entonces, permítame decirle que no tenemos tiempo para jugar al gato y al ratón. La policía vendrá de un momento a otro y le hará preguntas. Usted está acostumbrada a que su encanto le permita dominar la situación, pero le advierto que la policía se mostrará insensible. ¿Sabe algo relativo a una suma de diez mil dólares en efectivo?

—¿Qué podría saber?

—¿Retiró su marido del banco una suma así?

—Que yo sepa, no.

—¿Y usted?

—¡Válgame Dios, no!

—¿Ha tenido estos días en su poder una cantidad semejante?

—Desde luego, no.

—¿Ha tenido ocasión de hablar con Vera M. Martel?

—No sé nada de ella... ¿Dice que es detective particular? ¡Qué profesión más curiosa para una mujer...!

—¡Sí...! Y es posible que se haya dedicado también al chantaje. La policía tiene motivos para suponer que fue estrangulada en el taller que se encuentra detrás de esta casa, y que una cantidad de diez mil dólares, destinada a comprar a Vera Martel, o a pagar su chantaje, quedó en ese taller en tanto que alguien se llevaba el cadáver para deshacerse de él.

—Señor Mason, si no estuviese convencida de lo contrario, sus palabras me harían creer que está usted borracho, drogado o completamente loco...

En aquel momento, Glamis Barlow, vestida con un salto de cama traslúcido, a través del cual se apreciaba, agradablemente, la silueta de sus piernas largas y las curvas de su cuerpo, hizo una entrada estrepitosa:

—¿Puedo saber lo que sucede?

—Deseo interrogarla —repuso Mason.

—En tal caso, no se viene al amanecer... y, además el hecho de que ayer le encontrase agradable, no significa que vaya a responder a sus preguntas... ¿De qué se trata exactamente?

—Glamis —dijo la señora Gilman—. Carter ha sido detenido, por homicidio.

—¡Por homicidio!

La señora Gilman afirmó con la cabeza:

—Sí... y el señor Mason piensa que una mujer llamada... ¿Cómo, señor Mason?

—Vera M. Martel.

—... que una mujer llamada Vera M. Martel ha sido asesinada en nuestro taller.

Glamis lanzó al abogado una mirada fulminante.

—¿Es una broma, señor Mason, o una técnica de ataque para conseguir alguna información?

—Toma, querida, aquí está el café —anunció Muriel regresando de la cocina.

Glamis ni siquiera se movió y, haciendo como si Muriel no existiese, siguió mirando a Mason con hostilidad.

—Espero su respuesta, señor Mason.

—Se lo he dicho a su madre y ahora se lo confirmo a usted. No se trata de ningún juego. La policía llegará dentro de unos minutos y puede estar segura de que no se pondrá guantes para interrogarlas. De modo que, en lugar de hacer la ofendida más valdría que contestase a mis preguntas. ¿Conoce a Vera Martel?

—¡No!

—¿Entregó alguna vez dinero a Vera Martel?

—¡No!

—¿Sabe algo relacionado con diez mil dólares que se supone han sido hallados en el taller?

—¡No!

—¿Ha sacado usted estos últimos diez mil dólares de su cuenta bancaria?

—¡No!

—¿Ha hablado alguna vez con Vera Martel?

—¡No!

—¿Sabe quién es ella?

—¡No!

—¿Ninguna de ustedes tres sabe nada relativo a Vera Martel?

—¡En todo caso, yo no! —exclamó Glamis con rabia.

—¿Y usted? —preguntó Mason, volviéndose hacia Nancy Gilman.

—¡Ya le he dicho que no por lo menos media docena de veces! Y no tengo la intención de dejar que un abogado siga maltratándome de esta manera en mi misma casa.

—Pues bien, este abogado le advierte que, si contesta usted a la policía de una manera poco convincente, se encontrará metida hasta el cuello en el asunto y, lo que es peor, enviará a Carter Gilman a la cámara de gas. La policía está enterada de muchas cosas y le resulta fácil descubrir las mentiras... Así usted, Glamis, después de haber recuperado su coche, cuando me dejó, se marchó directamente al aeropuerto, desde donde se fue a Las Vegas.

—¡De modo que me hizo seguir! Sepa que voy a menudo a Las Vegas.

—¿Y qué hizo allí?

—Jugué, fui a ver a mi padre, Steve Barlow... y me ocupé de mis propios asuntos, cosa que le recomiendo muy de veras a usted, señor Mason...

Llamaron a la puerta y Muriel se dispuso a ir a abrir, por lo que Mason dijo aprisa, mirando con fijeza a Glamis Barlow:

—Un momento... Vera Martel tenía un despacho en Las Vegas. ¿Fue usted a verla o trató de hacerlo? ¿Se acercó a su domicilio?

—No sea ridículo, señor Mason. Ya le he dicho y repetido que ignoro todo lo de esa Vera Martel.

Llamaron de nuevo, luego golpearon la puerta.

—Me temo que ese es el teniente Arthur Tragg, de la Brigada criminal —dijo Mason—. Sólo me resta aconsejarles que no se pongan soberbias cuando él las interrogue, y que le contesten la verdad. De lo contrario, les aseguro que sus preocupaciones no habrán hecho más que empezar. Ahora, deseo que cada una de ustedes, por lo que a ella respecta, me delegue todos los derechos que pueda tener sobre cualquier cantidad de dinero que pudiera haberse encontrado ayer en el taller.

—¿Y por qué tendríamos que darle ese dinero? —dijo Glamis indignada.

—No el dinero: sólo los derechos que puedan ustedes tener sobre él. Si no les pertenece, nada me habrán dado.

De nuevo resonó un estrépito en la puerta de entrada. Nancy miró a su hija y a Muriel:

—Bueno —dijo—, de acuerdo, ¿verdad?

Las dos jóvenes asintieron.

—¿Alguna de ustedes se ha procurado el dinero empeñando joyas o por cualquier otro medio? Estén seguras de que la policía lo sabrá más pronto o más tarde...

Esta vez fue la puerta posterior la que recibió golpes y casi inmediatamente se abrió su hoja dejando paso a un oficial de policía que se les reunió, después de cruzar rápidamente la cocina y el comedor.

—¿Por qué no contestan cuando llaman? Prosiguiendo su camino, fue a abrir la puerta principal.

—Entre, teniente... Están aquí.

—No digan que las he interrogado respecto a ese dinero —dijo precipitadamente Mason bajando la voz—. No hablen de ello.

En aquel momento, el teniente Tragg penetró en la habitación:

—Discúlpenme, señoras, pero estoy buscando unos informes... Había observado su coche ante la casa, Perry. Estamos en un país libre, y un abogado tiene derecho a conferenciar con sus clientes o incluso con testigos eventuales... Pero no nos gusta que por eso se nos haga perder el tiempo. Dicho esto, señor Mason, puesto que ha tenido usted tiempo sobrado para conversar privadamente con estas damas, justo es que gocemos de la misma ventaja. Puede retirarse.

—¿Y si no quiero retirarme? —replicó el abogado—. ¿Me expulsará a la fuerza?

—¡Dios, no! Me contentaré con interrogar a estas señoras en una habitación, a cuya puerta un policía cuidará de que nadie nos moleste en nuestra conversación... O bien puedo llevármelas al cuartel general, lo que les valdrá una gran publicidad en los diarios, que tal vez no agrade a su cliente.

Glamis alargó el brazo hacia la taza de café que Muriel había dejado en la mesa y, sonriendo al policía de manera provocativa, dijo:

—Me gustan los hombres enérgicos, teniente.

—Muy bien —replicó Tragg, mirándola sin sonreír—. Entonces

voy a interrogarla primero... y ya se beberá más tarde el café — añadió mientras cogía la taza.

Glamis palideció:

—¡Granuja! —exclamó.

—Señor Mason —dijo el oficial de policía, cogiendo al abogado por un brazo—, el teniente Tragg no cree que su presencia aquí sea necesaria.

—Un momento —protestó Mason, soltándose—. No estoy seguro de que tengan derecho a interrogar en privado a estos testigos, y tal vez les aconseje que se nieguen a contestar sus preguntas.

—¿Por qué motivo? ¿Por qué podría acusarlas?

—No tienen que exponer ningún motivo. Nada les obliga, a contestar a sus preguntas, eso es todo.

—En efecto, nada les obliga. Pero si las cito para que comparezcan como testigo ante un jurado de acusación^[2], tendrán que contestar a las preguntas que se les hagan, o declarar que sus respuestas podrían acusarlas.

Mason se volvió entonces hacia las tres mujeres:

—Las he puesto al corriente de la situación. No me queda más que darles un consejo: no mientan al teniente Tragg. Díganle la verdad o cállense.

—Un consejo bueno, muy bueno —apreció el teniente Tragg antes de añadir con aire pensativo—: Me gustaría saber lo ocurrido antes de mi llegada. Sepa, Perry, que íbamos tras otro aspecto del asunto que estimamos de enorme importancia... Más importante que el interrogatorio de la familia del señor Gilman. Lamento no poderle decir de lo que se trata, pero seguramente se enterará usted antes del proceso. En todo caso, Perry, puedo asegurarle que es una golosina.

—Tiene que serlo para que le haya hecho retrasar su venida —replicó Mason.

—El abogado se dirigió hacia la puerta, desde cuyo umbral se volvió para decir:

—No olviden mi recomendación: díganle la verdad, o no le digan nada. Y conténtense con responder a sus preguntas... No le revelen nada por iniciativa propia.

Capítulo 10

Mason entró en la primera cabina telefónica que encontró por el camino y llamó a su secretaria:

—¿Tienes noticias de Paul Drake? —le preguntó el abogado—. ¿Ha descubierto algo?

—Ha localizado al amigo de Glamis, Hartley Elliott, y desde entonces está suplicando que vayas a reunirse con él...

—¿Cuál es la dirección?

—Residencia Rossiter, en Blendon Street. Es el número 7211 y el apartamento el 6B.

—Bueno, si Paul vuelve a llamar, dile que voy camino de allá. Dile también que Tragg y un policía uniformado acaban de presentarse en casa de Gilman, y que parece que habrá jaleo.

—Se lo diré. ¿Has podido hacer algo antes de la llegada de Tragg? —preguntó Della Street.

—He podido hacer unas cuantas preguntas, a las que me han contestado negativamente. En este asunto hay algo extraño... Bueno me voy a buscar a Paul, y ya volveré a llamarte cuando sepa algo nuevo.

Al salir de la cabina, Mason subió de nuevo a su coche, dirigiéndose a la dirección indicada por Della Street. Fue Paul Drake quien acudió a abrirle y, tan pronto vio al abogado su rostro expresó un alivio inmenso.

—¡Entra Perry, entra!

En el interior de la habitación, un hombre delgado, de elevada estatura, con los pómulos pronunciados y los ojos grises, estaba junto a la ventana.

—Aquí está el señor Mason, Elliott —dijo Paul Drake.

Elliott calibró al abogado con una mirada y luego avanzó lentamente hacia él, para estrecharle la mano.

—El señor Elliott —prosiguió Drake, guiñándole un ojo a Mason, sin que el otro se diera cuenta— es amigo de Glamis Barlow. A menudo salen juntos y Elliott pasó la noche del martes en casa de los Gilman... Era el martes, ¿verdad, Elliott?

—Lo sabe usted perfectamente —replicó el otro con frialdad—. En realidad no pasé la noche... Sólo la madrugada de ayer día 13.

Drake explicó entonces en qué circunstancias había ocurrido, lo que Mason sabría ya por Muriel Gilman, pero Elliott intervino secamente:

—No necesito que un detective privado hable en mi lugar. Como ignoro cuál es exactamente la situación, estoy dispuesto a escucharle, pero no haré ninguna declaración antes de haber visto a mi abogado.

—Está usted muy agresivo —dijo Mason—. ¿Hay algo que le va mal?

—Lo ignoro —replicó Elliott—. Sólo sé que el señor Drake ha venido a hacerme una serie de preguntas relativas a Glamis; a donde había estado ayer y a lo que había hecho... Después ha telefonado a su despacho solicitando que viniera usted aquí... Nada me obliga a tolerar su presencia por más tiempo, pero he accedido a esperar su llegada, porque ha dicho que usted me daría toda clase de explicaciones. Así pues, le escucho.

—Desearía saber algo más sobre lo que ocurrió ayer mañana y...

—¿Es que no me ha oído? —le interrumpió Elliott—. Espero sus explicaciones.

Mason miró a Paul Drake, y luego dijo bruscamente:

—Sea... De todos modos, si estaba usted ayer mañana en casa de los Gilman no nos queda mucho tiempo que perder... ¿Conoce a una persona llamada Vera M. Martel?

—No responderé a ninguna pregunta más en tanto no haya escuchado las explicaciones que espero.

—Muy bien —dijo Mason—. Vera M. Martel fue hallada muerta en su coche, en el fondo de un barranco. De momento la policía creyó que se trataba de un accidente, pero luego ciertos detalles les parecieron sospechosos, y solicitaron una autopsia. Así descubrieron que la muerte había sido por estrangulación.

»En los zapatos de Vera Martel han descubierto un poco de serrín que, examinado al microscopio, ha resultado no ser serrín

ordinario, sino procedente de una madera especial, de la que precisamente también han descubierto en el taller de Carter Gilman. De modo que, a estas horas, Carter Gilman está en la cárcel acusado de asesinato con premeditación. La policía está en casa de los Gilman, y nosotros estamos tratando de recoger informes útiles antes que los investigadores lleguen aquí... ¿Le basta con esto?

Elliott se dejó caer en una butaca como si las piernas le hubieran fallado de repente, e hizo ademán a los dos hombres para que se sentasen también. Después de hacerlo, Mason prosiguió:

—Como ya le he dicho, el tiempo apremia... ¿Conocía usted a Vera Martel? ¿Le resulta familiar su nombre?

—Martel... Martel... Sí, seguramente he oído a alguien mencionar este nombre, pero que el diablo... Tengo la sensación de que alguien me preguntó si... No, lo siento, no recuerdo.

—La policía tiene métodos para refrescar la memoria, señor Elliott.

—Yo... Señor Mason, ¿cree la policía que esa persona fue asesinada en el taller de Gilman?

—Sí.

—¿Y sabe en qué momento ocurrió?

—La policía no me ha hecho confidencias... lo mismo que usted, según parece —repuso secamente Mason.

Elliott se humedeció los labios y luego declaró:

—Bueno, voy a decírselo todo.

—Sensata decisión.

—Ayer mañana, hacia las ocho y media me levanté... Tengo costumbre de despertarme a las siete, y aunque me acueste muy tarde, no puedo dormir mucho más. Estaba decidido a quedarme en la cama sin hacer ruido hasta que se levantaran los demás, pero percibí aroma de café y no pude resistirlo. Sabía que Glamis dormía aún, pero pensé que Muriel debía estar abajo. Me levanté pues y empecé a vestirme.

—Sí, aprisa —dijo Mason—. ¿Qué sucedió?

—Estaba abrochándome el cinturón y me disponía a afeitarme... Estaba cerca de la ventana; mi habitación quedaba encima del comedor y daba hacia el pequeño edificio donde está el garaje y el taller del señor Gilman...

—Sí, ¿y vio usted algo?

—Ignoro si es o no importante, pero vi que se abría la puerta del taller y que Glamis salía corriendo. Después de recorrer tres o cuatro metros, dio media vuelta, cerró de un portazo y volvió a salir corriendo alrededor de la casa...

—¿Alrededor de la casa? —dijo Mason.

—Bueno, quiero decir que la vi desaparecer en dirección a la esquina de la casa... No se dirigió a la puerta trasera que da a la cocina.

—Sí, comprendo. ¿Y qué ocurrió después?

—Escuche, le digo todo esto en plan estrictamente confidencial... Supongo que no deseará hacer nada que resulte perjudicial para Glamis...

—Por el momento, sólo trato de descubrir la verdad —repuso Mason.

—¿Se encarga de la defensa de Carter Gilman?

—Sí.

—Pero no sacrificaré a Glamis por...

—Por el amor de Dios, pórtese como un hombre sensato —exclamó Mason con impaciencia—. Está tergiversando la verdad, cuando la policía debe de estar a punto de llegar... y la policía sabrá hacerle decir todo lo que vacila en confiarme a mí.

—¡No! Si no quiero, no podrán obligarme a hablar.

Mason le lanzó una mirada desdeñosa.

—Cuando esté ante el tribunal y le hayan hecho prestar juramento, estará obligado a decir todo lo que sepa. Si miente, irá a la cárcel por falso testimonio. Bueno, dígame aprisa todo lo que sepa.

—Pues bien, había en la actitud de Glamis, en la forma en que se movía... No sabría decirle exactamente qué, pero...

—¿Tuvo la sensación de que había ocurrido algo?

—Sí, precisamente Me pareció que tenía miedo, muchísimo miedo... Luego pensé que puesto que ella estaba levantada, muy bien podría bajar a desayunar. Me fui al cuarto de baño y empecé a afeitarme...

—¿Tiene máquina eléctrica?

—No, una maquinilla de afeitar, y utilizo un jabón sin brocha...

—Bueno, prosiga.

—Entonces oí que unas tablas crujían por encima de mi cabeza

como si alguien anduviese por el granero. Es una vieja casa y...

—Poco importa la casa. ¿Qué hizo usted?

—Pues bien, después oí voces en el pasillo. Tenía la cara llena de jabón de afeitar y no estaba muy presentable, pero como reconocí la voz de Glamis quise preguntarle si podía bajar a desayunar y entreabrí la puerta...

—¿Sí? ¿Y qué vio?

—Vi a Muriel en pie ante una puerta abierta, la que da a la escalera que sube al desván, y a Glamis... no iba adecuadamente vestida.

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir que sólo llevaba una «tentación», ya sabe, uno de esos chismes cortos y transparentes, que llegan sólo hasta las caderas... Supongo que llevaría también pantalones, pero...

—¿Estaba de cara a usted o la veía de espaldas?

—La veía medio de perfil, pero ella no me miraba. Hablaba con Muriel en tono furioso diciéndole no sé qué acerca del desván, y Muriel respondió hablando algo de su padre, pero yo me sentía tan violento, que en seguida cerré la puerta, con el deseo de que ellas no me hubiesen visto... Compréndalo, mirando por la rendija tuve la sensación de ser un fisgón...

—Esa «tentación», como usted dice, ¿era más... reveladora que un traje de baño?

—Oh, sí, mucho más.

—Bueno, ¿y qué hizo usted después?

—Pues acabé de afeitarme... No sabiendo que hacer, y como el olor a café había disminuido, decidí sentarme y esperar a que Glamis me llamase... Al cabo de una hora aproximadamente, vino a llamar a mi puerta.

—¿Se había vestido ya del todo?

—No... Pero en fin, se había puesto un salto de cama... es decir, estaba presentable.

—Sí, ¿y entonces?

—Entonces me preguntó si había dormido bien y por qué no había bajado, puesto que estaba levantado y vestido... Nos tomamos juntos una taza de café en la planta baja y me dijo que había telefoneado ya a un garaje vecino, de donde le habían prometido enviar a alguien para solucionar lo de mi batería.

—Después de esta taza de café, ¿desayunó usted?

—Sí.

—¿Quién se lo preparó?

—Glamis. ¿Por qué?

—¿Dónde estaba Muriel?

—Lo ignoro. No la vi.

—¿Y Nancy?

—Supongo que aún en la cama.

—Después ¿se quedó mucho tiempo en casa de los Gilman?

—No, no mucho. El hombre del garaje vino a anunciar que había puesto en mi coche una batería provisional, que se llevaba la mía para recargarla y que la podría recoger por la tarde. Entonces me marché.

—¿Volvió a buscar su batería?

—Sí.

—¿Cuándo fue?

—Ayer, a última hora de la tarde.

—Estando el garaje próximo a la casa de los Gimán, ¿aprovechó usted la ocasión para ver de nuevo a Glamis?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tenía otras cosas que hacer... y además, ya había salido con Glamis la víspera.

—¿Va con ella con regularidad?

—Suponiendo que esto pueda importarle, sí.

—¿Cuándo ayer mañana se separaron ustedes, la besó?

—¡Claro que la besé! —exclamó Elliott—. ¡Y no era la primera vez! Pero, verdaderamente, no entiendo con qué derecho me hace tales preguntas.

—Porque su declaración será pasada por un tamiz, y si lo que usted dice es cierto, hay grandes probabilidades de que la policía llegue a la siguiente conclusión: Vera Martel hacía chantaje a Glamis, o a su madre: Glamis tenía una cita con Vera Martel en el taller, a fin de entregarle una cantidad de dinero; se pelearon, Glamis estranguló a Vera Martel y luego regresó corriendo a la casa; Carter Gilman la vio cuando salía corriendo del taller, fue a ver lo que pasaba allí, descubrió el cadáver de Vera Martel, adivinó lo que había ocurrido, se llevó ante todo el cadáver en el portamaletas de

su coche y luego se deshizo de él, al mismo tiempo que del coche de la muerta.

»La hora del fallecimiento tendrá mucha importancia. Si se demuestra que pudo producirse hacia las ocho y media o las nueve de la mañana, puede estar seguro de que Glamis se encontrará entre los acusados, y usted será el principal testigo de la acusación.

—¿Yo? —exclamó Elliott.

—Sí. Usted les permitirá acusar a Glamis de asesinato con premeditación.

—Vamos, señor Mason. Le he dicho esto a usted, pero no lo repetiré a nadie más.

—Eso es lo que se cree usted.

—Pero, ¿qué... qué debo hacer entonces?

—No tengo porque darle consejos. No soy su abogado, sino el de Carter Gilman, y tal vez también el de Glamis, si es detenida. Para su gobierno, sepa que Glamis ha negado conocer a Vera Martel o incluso haber oído hablar de ella.

—¿Ha dicho si ayer mañana fue al taller?

—No le he hecho preguntas sobre esta cuestión, pero la policía probablemente esté haciéndolo ahora o si no, lo harán después de haberlo interrogado a usted.

—¿Pueden obligarme a hacer una declaración?

—Pueden llevarle al cuartel general de la policía, y allí, si no habla, causará muy mal efecto, pero si habla resultará mucho peor. De todos modos, pueden citarle como testigo ante el tribunal y allí estará obligado a confesar.

—Nada puede obligarme a hablar —dijo Elliott.

—Entonces, irá a la cárcel... o será acusado de falso testimonio, si es que miente.

—Pero si hablo, ¿se encontrará Glamis comprometida en un caso de asesinato?

—Por lo que respecta a estar comprometida, lo está ya. Tenía ocasión de decir la verdad y la ha dejado pasar. Ahora ignoro lo que puede suceder.

—¿Y suponiendo que la policía no pueda encontrarme? —dijo Elliott de repente.

—Es poco probable.

—No estoy tan seguro.

—Sea... Si desapareciese y la policía no consiguiera encontrarle, si, por otra parte, la policía se entera de que estaba usted ayer mañana en casa de los Gilman, a la hora en que Vera Martel fue asesinada, entonces se convertiría usted en el sospechoso número uno.

Elliott parpadeó e inquirió después:

—¿De cuánto tiempo dispongo antes de que la policía se ocupe de mí?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —repuso Mason—. Incluso es posible que estén ya de camino.

Elliott se dirigió hacia la puerta mientras decía:

—Muy bien, señores. Ahora ya les he dicho todo lo que sabía, y tengo muchas cosas que hacer.

—Le advierto —exclamó Mason—, que si tiene usted la intención de...

—Le repito que tengo muchas cosas que hacer y que, por lo que a mí respecta, la entrevista ha terminado.

Mason miró a Drake, meneó la cabeza, y ambos salieron al pasillo. Elliott cerró la puerta tras ellos.

Cuando estuvieron en la calle, Mason preguntó al detective:

—¿Tienes tu coche por aquí, Paul?

—Sí. ¿Tú también?

—Sí.

—¿Quieres que lo siga?

Mason meneó la cabeza.

—¿Por qué no? —insistió el detective—. Ya puedes suponer que no tardará en tomar las de Villadiego.

—Sin embargo, le he dicho bien claro, que actuando así, se convertirá automáticamente en el sospechoso número uno.

—Sí, pero si yo estuviese en su lugar, y enamorado de Glamis, creo que también tendría algún asunto que requeriría mi presencia lejos de aquí.

—¿Y quieres seguirle para saber a dónde va?

—Caramba, me parece que podría ser útil.

—¿Útil para qué?

Esta contestación pareció dar qué pensar al detective, que finalmente sonrió, y dijo:

—Muy bien, Perry, ¡ahora te entiendo!

El abogado le devolvió la sonrisa:

—Vas a hacer pensar que no puedes vivir sin seguir a alguien.

Capítulo 11

La audiencia preliminar del proceso entablado por el Estado de California, contra Carter Gilman, empezó de manera muy anodina, pero los habituales del Palacio de Justicia observaron que, el sustituto del fiscal del distrito Edward Marcus Deering, llevaba mucho cuidado en presentar sus acusaciones con más solidez de lo que hubiese hecho, si la defensa no corriera a carga del famoso Perry Mason. Deering había confesado a sus íntimos, que el conjunto de sus pruebas sería tan sólido, que ni el propio Mason conseguiría destruirlo.

El primer testigo fue el policía de carreteras que había descubierto el coche de Vera Martel en el fondo del barranco. Tenía gran experiencia sobre hechos semejantes, y su opinión era que el vehículo rodaba a poca velocidad y perpendicularmente al barranco, lo que demostraba que el accidente había sido simulado. Corroborando sus afirmaciones, el policía presentó varias fotografías. Mason le había escuchado con gran atención, pero cuando le llegó su turno, para interrogarlo, se contentó con sonreír y declarar:

—La defensa no tiene nada que preguntar, Señoría.

El testigo siguiente fue el médico que había practicado la autopsia. Declaró que la muerte había sido producida por estrangulamiento manual, y que las diversas fracturas que mostraba el cadáver, se habían producido, por lo menos, dos horas después del fallecimiento.

—¿Y a qué hora, aproximadamente, fija usted este último? —preguntó Deering.

—La muerte debió de producirse entre las siete y media y las once y media de la mañana, de la víspera del día en que fue descubierto el cadáver.

—La defensa tiene la palabra —dijo Deering, a Mason.

—No tengo preguntas que hacer —repuso el abogado.

A continuación declaró otro policía, para enumerar lo que habían hallado en el bolso de la víctima, el cual fue hallado entre los restos del coche. Contenía concretamente, un llavero y Deering solicitó que fuese señalado para su identificación formal. Mason no presentó ninguna objeción y tampoco hizo preguntas al testigo. Seguidamente fue llamado Jonathan Blair, quien se presentó a sí mismo como, «técnico experto en criminología, agregado a la oficina del sheriff».

—¿Examinó al microscopio la ropa de Vera Martel? —le preguntó Deering.

—Sí.

—¿Descubrió algo extraño?

—Descubrí partículas de serrín pegadas a la falda, a la costura de una de sus medias, como igualmente las había en ambos zapatos.

—¿Puede darnos detalles sobre este serrín?

—Procedía de maderas distintas: sándalo, limonero y una variedad de caoba bastante rara que, además había sido teñida de rojo oscuro, según un procedimiento que un comerciante en maderas llamado Carlos Barbará tiene patentado.

Como Mason renunciara nuevamente a interrogar al testigo, fue llamado Carlos Barbará.

Carlos Barbará habló de su patente, declaró que era el único en teñir la caoba de aquella manera, según un procedimiento químico inventado por él, y que utilizaba comercialmente desde hacía menos de tres meses.

Deering le preguntó si podía recordar los nombres de las personas a quienes había vendido caoba así tratada. Barbará repuso que todavía no había vendido a nadie, pero que lo había regalado a tres buenos clientes, a título de experiencia.

—¿Está el acusado entre esos clientes? —se informó Deering.

—Sí. Envíe al señor Gilman una muestra de esa caoba.

—He aquí un pedazo de madera —dijo entonces Deering—. ¿Es la misma que envió al señor Gilman?

—Aproximadamente, es la mitad.

—Solicitamos que este pedazo de madera sea marcado para su posterior identificación —declaró Deering.

—No hay objeción —dijo en seguida Mason—. De hecho, si la acusación se propone demostrar que este pedazo de madera fue descubierto en el taller del señor Gilman, estamos dispuestos a reconocerlo y aceptarlo como prueba de convicción.

—En efecto, tal es nuestra intención —reconoció Deering un poco desconcertado.

—Entonces, de acuerdo.

El juez Alvord miró a Mason, como si se dispusiera a hacer una observación, pero se contuvo, y dijo:

—Sea, se acepta este pedazo de madera como prueba de convicción. Prosiga, se lo ruego.

—Eso es todo por lo que a nosotros concierne, Señoría. La defensa puede interrogar.

—No tengo preguntas que hacer —declaró Mason.

El testigo siguiente, Laughton, era un experto perteneciente a la policía de Los Angeles. Confirmó las declaraciones de Jonathan Blair, pues había estado presente cuando éste descubrió las partículas de serrín en la ropa de la víctima.

—¿Ha tenido usted ocasión de examinar un automóvil matriculado a nombre de Carter Gilman? —le preguntó el fiscal sustituto.

—Sí.

—¿Hizo usted algún descubrimiento significativo en el portamaletas de ese coche?

—Sí.

—¿Cuál?

—Encontré partículas de serrín procedentes del pedazo de madera que constituye la prueba número 7 del Ministerio público —dijo el testigo señalando el pedazo de caoba teñida—. Descubrí también varias fibras que, según me parece, proceden de la falda que llevaba Vera Martel en el momento de su muerte, o en todo caso, de la falda que llevaba su cadáver, y varios cabellos idénticos a los de Vera Martel.

—¿Encontró en ese coche alguna otra cosa que pudiera parecerle interesante?

—Sí, un pedazo de pasta azul, para modelar.

—Contrainterrogatorio.

Mason se levantó y preguntó al testigo:

—¿Encontró usted serrín de la misma naturaleza en el taller del acusado?

—Sí.

—Si Vera Martel hubiese estado tendida en el suelo de este taller, ¿cree usted que un poco del serrín que hubiese en él, podría haberse pegado a sus vestidos?

—Estoy convencido.

—Y si su cuerpo hubiese sido colocado seguidamente en el portaequipajes del coche, ¿cree usted que parte del serrín pegado a sus vestidos hubiera podido desprenderse entonces?

—Sí, seguramente.

—Así pues, si el acusado hubiese trabajado en su taller llevando puesta, digamos, una americana de *tweed* ¿ese serrín hubiese podido, igualmente, pegársele a las mangas?

—Sin duda, sí.

—Y si a continuación hubiese abierto el portamaletas de su coche para meter o sacar algo, ¿partículas de serrín pegadas a sus mangas hubiesen podido desprenderse en aquel momento?

—En efecto, es posible.

—Gracias —dijo Mason—. No tengo más preguntas que hacer.

—Que se convoque a Maurice Fellows —dijo Deering, con el aire del jugador de naipes que se dispone a matar con un triunfo el as de su adversario.

Fellows, un individuo de cierta edad, declaró ser cerrajero.

—¿Conoce al acusado? —le preguntó Deering.

—Le había visto ya.

—¿Cuándo?

—La tarde del trece del corriente.

—¿Es decir, la tarde del martes pasado?

—Sí.

—¿En qué circunstancias?

—El acusado me trajo un pedazo de pasta de modelar con las huellas de cinco llaves. Quería que le fabricase otras tantas llaves, según aquellas huellas. Le dije que era un trabajo que se apartaba de lo corriente y que tendría que cobrarle más, pero me dijo que no le importaba el precio con tal de que le entregase las llaves con la máxima rapidez.

—¿Y le facilitó usted las llaves en cuestión?

—Sí.

—¿Qué tuvo que hacer?

—Ante todo saqué un molde de cada huella...

—¿Ha conservado esos moldes?

—Sí.

—¿Los tiene aquí?

—Sí.

—Solicito que sean aceptados como pruebas —dijo entonces Deering.

—No hay inconveniente —declaró Mason.

—Ahora, señor Fellows —prosiguió el sustituto—, le presento un llavero que, habiendo sido hallado en el bolso de la víctima, ha sido aceptado ya como prueba, y le pido, en su calidad de experto, que me diga si una o varias de esas llaves corresponden a los moldes que acaba de entregarme.

—Todas.

—¿Considera usted que son las cinco llaves cuyas huellas le fueron facilitadas por el acusado?

—Sí.

—¡Contrainterrogatorio! —exclamó triunfalmente Deering.

—De momento no hay preguntas que hacer —repuso Mason.

El juez Alvord consultó el reloj de pared:

—Señores, son las doce menos cinco. Será preferible que suspendamos la vista para continuarla a la una y media. Durante este tiempo, el acusado seguirá detenido en las oficinas judiciales.

El juez se retiró y Mason dijo a uno de los guardianes de su cliente:

—¿Puede traer al señor Gilman a la una y veinte? Quisiera hablar con él antes de que se reanude la vista.

—Aquí lo tendrá —repuso el guardián.

—Perfecto —dijo Mason, que añadió, dirigiéndose a su cliente —: Reflexione bien. Ahora nos interesa saber la verdad.

En tanto que salía del Palacio de Justicia, en compañía del abogado y de su secretaria, Paul Drake observó con aire lúgubre:

—Me parece que esta historia de las llaves es el golpe de gracia para tu cliente. No me sorprendería que el fiscal del distrito estuviese presente cuando se reanude la vista, para disfrutar con tu fracaso. ¡Hace tiempo que espera esta ocasión!

—Sin embargo, Gilman no me da la impresión de ser un asesino —declaró Mason pensativo.

—¡Oh! Yo ya no dudo de que matara —aseguró el detective—. Pero debió de hacerlo para proteger a alguien.

El trío se fue a almorzar a un restaurante, en el que Mason era bien conocido, y donde inmediatamente pusieron a su disposición un reservado.

A media comida, un camarero acudió para conectar un aparato telefónico, al mismo tiempo que anunciaba:

—Una llamada para el señor Drake.

El detective descolgó el receptor:

—¿Diga? Aquí, Paul Drake... ¿Quién? Bueno, póngame. ¿Diga? Sí...

Escuchó durante unos minutos, luego concluyó:

—Bueno... No podemos hacer nada, pero continúe investigando. Me alegro de que haya podido advertirnos.

Cuando colgó, Drake dijo:

—Temo que son malas noticias, Perry.

—No pensaba que pudiesen serlo peores.

—Pues sí. Hace ya seis horas que han encontrado a Hartley Elliott, pero no han dicho ni pío, y se proponen presentarlo esta tarde, para que no tengas tiempo de hacerle un contrainterrogatorio eficaz. Le obligarán a reconocer que vio a Glamis salir corriendo del taller. Tienen la teoría de que Gilman la vio también y que fue al taller para enterarse de lo que pasaba. Allí o bien estranguló a Vera Martel, o bien encontró el trabajo ya hecho por Glamis y se esforzó en salvar a la joven, convirtiendo el asesinato en accidente.

»Una vez establecido esto, harán procesar a Glamis conjuntamente con Carter Gilman...

—Glamis afirma que permaneció acostada hasta que oyó a Muriel andando por el desván.

—Eso afirma, sí —dijo Drake con aire sombrío— pero cuando tu cliente te haya dicho toda la verdad, te darás cuenta de que sujetas a un oso por la cola, Perry.

Mason empujó hacia atrás su silla y se puso en pie:

—Bueno, regresemos a la carnicería, a ver cómo Hamilton Burger se dispone a desollar la pieza.

Capítulo 12

Era exactamente la una y veinte cuando Carter Gilman fue introducido en la Sala de audiencias. Mason miró por encima del hombro los bancos reservados al público, que ya empezaban a llenarse, e, inclinándose hacia su cliente, le dijo:

—Ahora necesito saber la verdad, toda la verdad.

—No traicionaré a la persona que me estoy esforzando en proteger. No diré a nadie lo que vi.

—Pues bien —dijo Mason—, dentro de unos minutos va a llevarse una sorpresa morrocotuda.

—¿Qué quiere decir?

—La policía va a presentar como testigo a Hartley Elliott. Él ocupaba la habitación que hay encima del comedor, y vio a Glamis que salía corriendo del taller.

Si Mason hubiese golpeado a Gilman en la boca del estómago, el efecto no hubiese sido ni mayor ni más inmediato.

—El... *¿él la vio?*

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho.

Gilman lanzó un suspiro de desaliento.

—¡Qué mala suerte! Fue cosa de unos segundos, y precisamente en aquel momento él tuvo que mirar por la ventana.

—¿Reconoce pues que se trataba de Glamis?

—Sí. Primero vi llegar a Vera Martel, que entró en el taller. Entonces aproveché la primera excusa para alejar a Muriel e ir a ver lo que ocurría. A pesar de todo, necesité varios minutos y, cuando miré de nuevo por la ventana, vi que Glamis salía corriendo del taller. Muriel no cesaba de ir y venir... Tuve que esperar que estuviese ocupada preparándome lo que le había pedido...

—¡El Tribunal!

Todo el mundo se puso en pie, en tanto que el juez Alvord entraba y se instalaba en su sillón. Entonces compareció Hamilton Burger, por una puerta lateral, y fue a sentarse al lado de Edward Deering.

El juez Alvord le miró, manifestando sorpresa.

—¿Debo entender que el fiscal del distrito desea actuar personalmente en este asunto?

—Sí, Señoría —respondió Burger, quien saludó a Mason con una seca inclinación de cabeza.

—Muy bien. Puede llamar al testigo siguiente.

—El testigo siguiente será Hartley Grove Elliott —anunció Deering.

—Con la venia del Tribunal —dijo entonces Burger—, Hartley Elliott es un testigo hostil y hemos tenido que detenerlo para que venga a declarar. Para no recibir una citación de comparecencia, se había instalado con nombre falso en un hotel.

—Si el testigo muestra su hostilidad, el Tribunal le autorizará que le haga preguntas insidiosas. Mientras tanto, proceda como de costumbre.

Se abrió la puerta de comunicación con la sala de los testigos y entró Hartley Elliott, escoltado por un policía uniformado. El juez Alvord le miró con curiosidad, antes de decir:

—Levante la mano derecha y preste juramento.

Elliott obedeció, declaró su identidad, tras de lo cual, Hamilton Burger inició el ataque:

—¿Dónde estaba usted la mañana del martes, 13 del corriente?

—En el domicilio del acusado, Carter Gilman, Avenida Vauxman, 6231.

—¿Estaba en calidad de invitado?

—Sí.

—¿A qué hora llegó?

—Debían de ser las dos o las dos y media de la madrugada.

Seguidamente, a petición del fiscal, el testigo explicó las circunstancias que le habían obligado a pasar la noche en casa de Carter Gilman. Después, Hamilton Burger preguntó:

—Desde su habitación, ¿podía ver el edificio donde está el garaje, un cuarto oscuro y el taller del acusado?

—Sí.

—¿Estaba situada su habitación encima del comedor?

—Sí.

—¿Cuándo volvió a ver a Glamis Barlow, después de haberla dejado para irse a dormir, en la mañana del 13 del corriente?

—Me... me niego a responder.

—¿Por qué motivo?

—Sencillamente, me niego a responder.

Burger miró al juez Alvord, quien declaró:

—El testigo debe contestar a la pregunta hecha, a menos que esto pueda incriminarlo. En tal caso, que así lo manifieste.

—Me niego a responder, sencillamente, porque no quiero que mis palabras puedan servir para acusar a una persona inocente.

Hamilton Burger frunció el ceño y el juez dijo:

—De esta manera corre usted el riesgo de ser acusado de desacato al Tribunal, y le advierto, señor Elliott, que cuando se trata de un caso de asesinato, esto es extremadamente grave.

—Me niego a responder.

—Con la venia del Tribunal —intervino Burger— considero necesario que se ejerza presión sobre el testigo. Su declaración es de gran importancia para la resolución de este caso. No sólo puede permitirnos establecer el móvil del crimen, sino, tal vez, inducirnos también a inculpar a una segunda persona juntamente con el acusado.

—Señor Elliott —dijo el juez—, le advierto que si insiste en su actitud, será inmediatamente encarcelado por negarse a obedecer al Tribunal, y permanecerá allí hasta que haya contestado a la pregunta, o justificado su negativa a hacerlo.

—Me niego a responder.

El juez Alvord hizo un ademán al policía y éste, cogiendo con un brazo a Elliott, se lo llevó de la sala.

Entonces, con un gran ademán dramático, Hamilton Burger exclamó:

—En tales condiciones, mi testigo siguiente será Paul Drake, que está sentado entre el público. Señor Drake, acérquese, por favor, y preste juramento.

Drake se volvió angustiado hacia Mason, en tanto que el juez Alvord ordenaba:

—Acérquese y preste juramento, señor Drake.

Drake obedeció, y después de las formalidades habituales, Burger empezó a preguntarle:

—¿Conocía ya a Hartley Elliott, el testigo que acaba de retirarse?

—Sí.

—¿Es exacto que, el 14 del corriente, Perry Mason y usted tuvieron una entrevista con Hartley Elliott en el apartamento de este último? Límitese a contestar sí o no.

Drake vaciló, para acabar diciendo a regañadientes:

—Sí.

—¿Es exacto que, en el curso de esa entrevista, Hartley Elliott declaró haber visto, el 13 del corriente, hacia las ocho y media de la mañana, a Glamis Barlow salir corriendo del taller del acusado y dirigirse hacia el ángulo de la casa?

Mason se levantó rápidamente.

—Protesto, Señoría. Esta pregunta tiende a obligar al testigo a dar como un hecho, un «se dice».

El rostro de Hamilton Burger se volvió escarlata:

—Señoría, este asunto es demasiado grave para que pueda tolerarse que se pongan obstáculos a la justicia, recurriendo a argucias jurídicas. Como consecuencia de la conversación que tuvo lugar aquella mañana, entre Hartley Elliott, Perry Mason y el testigo, el primero salió precipitadamente de su casa y fue a instalarse en un hotel, bajo nombre falso, a fin de no ser hallado ni interrogado por la policía, ni citado como testigo en este caso.

»Dicho esto, Señoría, tenemos motivos para pensar que Hartley Elliott vio a Glamis Barlow salir corriendo del taller del acusado, que así lo comunicó a Perry Mason y a Paul Drake, y que su desaparición fue consecuencia de su entrevista con esos dos caballeros.

El juez Alvord miró a Perry Mason, quien dijo:

—Esto es una teoría del Ministerio público, Señoría, pero yo sigo sosteniendo que no puede probarse nada contra el acusado, basándose en el testimonio de «se dice». Si, como creo, su intención es demostrar que el acusado tenía un motivo para asesinar a Vera Martel, debe establecerlo por medio de un testimonio directo, y no basándose en lo que alguien haya podido decir.

—Mantiene pues su objeción —preguntó el juez.

—Mantenemos nuestra objeción, que está perfectamente justificada.

—Se acepta la protesta —decretó entonces el juez Alvord.

Cada vez más congestionado, Hamilton Burger gruñó:

—En tales condiciones, eso es todo, señor Drake. Puede usted retirarse y recordar que, la licencia que le permite ejercer su profesión de detective, tiene que renovarse próximamente.

—Con la venia del Tribunal —dijo a su vez Mason—, protestamos de que el Ministerio público amenace al testigo, y hacemos observar respetuosamente, que éste no ha faltado al negarse a exponer un «se dice» que el Tribunal ha juzgado inadecuado. De hecho, si el testigo hubiese contestado espontáneamente a la pregunta después que la objeción había sido reconocida como válida, hubiese sido culpable de ultraje al Tribunal.

El juez Alvord contuvo una sonrisa.

—La defensa tiene razón, señor fiscal, y no debe usted tratar de intimidar a los testigos. Puede llamar al siguiente.

Todavía congestionado de ira, Hamilton Burger declaró:

—Con la venia del Tribunal, voy a llegar al mismo resultado por otro medio. ¡Llamen a Glamis Barlow!

El juez se acarició pensativamente la barbilla.

—Señor fiscal del distrito, desea usted llamar a Glamis Barlow como testigo. Según parece evidente, antes de que hayamos terminado, es muy posible que Glamis Barlow sea citada, juntamente con el acusado, ante el Tribunal Superior. Por lo tanto, no toleraremos que la señorita Barlow sea citada como testigo para ser colocada en una situación que podría privarle de ciertos derechos, que le garantiza la Constitución. Dicho esto, puede llamar a la señorita Barlow.

Un guardia abrió la puerta de la sala de testigos e hizo entrar a la joven. Cuando ésta terminó de prestar juramento, el juez le dijo:

—Señorita Barlow, ha sido usted citada como testigo en este caso. El Tribunal considera que debe advertirle que los testimonios que hasta ahora se han oído, hacen pensar que podría verse usted comprometida en este asunto, o que se tratará de comprometerla. El Tribunal desea, pues, advertirle que no está usted obligada a

contestar aquellas preguntas cuya respuesta considere que pueden incriminarla. El Tribunal desea que entienda usted bien que, aunque actualmente no figure como acusada en este caso, puede serlo más adelante. En fin, si desease consultar con un abogado, el Tribunal se declara dispuesto a darle tal facilidad en todo momento. ¿Queda bien claro?

—Sí, Señoría —repuso la joven.

—Y todo lo que pueda decir ahora, toda respuesta que dé a las preguntas que le serán hechas, es susceptible de ser utilizado más adelante contra usted. ¿Lo ha comprendido bien?

—Sí, Señoría.

—El testigo está a su disposición, señor fiscal.

Hamilton Burger volvióse con rabia hacia la joven.

—¿Conocía usted a Vera Martel?

—Protesto, con la venia del Tribunal —intervino Mason—. Que el testigo haya o no conocido a Vera Martel no cambia en nada la situación del acusado. La pregunta, es, pues, improcedente.

—Se rechaza la protesta —decidió el juez Alvord.

—No conocía a Vera Martel —repuso Glamis Barlow.

—En la mañana del 13 del corriente, entre las ocho y las ocho y media ¿estaba usted en su domicilio en la Avenida Vauxman, 6231?

—Sí.

—En aquel momento, o en cualquier otro de la mañana, ¿tuvo usted ocasión de ir al taller del acusado, que señalo en este plano...?

—Protesto, Señoría —dijo Mason—. Con esta pregunta el Ministerio público trata de hacer el contrainterrogatorio de su propio testigo, con el objeto evidente de hacerle declarar contra sí mismo, cuando el asunto se vea ante el Tribunal Superior. Es una maniobra que imposibilitará al testigo reclamar los derechos que le garantiza la Constitución.

—El Tribunal sé inclina a compartir el punto de vista de la defensa —dijo el juez Alvord.

—Con la venia del Tribunal —contestó Burger de mal humor—, el testigo ha sido informado de sus derechos. Ahora pregunto a la señorita Barlow si fue a ese taller en tal día y a tal hora, y tengo derecho a exigir una respuesta. ¡Que yo sepa, el testigo no ha sido aún inculcado!

—¿Está dispuesto a declarar que no tiene intención de inculparlo, así que haya terminado esta audiencia preliminar? —preguntó el juez.

—No tengo nada que declarar en relación con las intenciones del Ministerio público. Interrogo a un testigo al que considero capaz de iluminar al Tribunal, a este respecto. Tengo perfecto derecho, e insisto, a que el testigo conteste mi pregunta.

—¡Yo deseo contestarla! —exclamó Glamis Barlow—. En la mañana del 13 del corriente no me acerqué para nada al taller.

Una viva satisfacción se dibujó en el rostro de Hamilton Burger.

—Que no haya ningún mal entendido, señorita Barlow. Se trata del taller del acusado, sito en la Avenida Vauxman, 6231; y que le señalo en este plano.

Para evitar todo error, escriba su nombre en el fragmento de plano que indica la situación de dicho taller.

—Protesto, Señoría —dijo Mason—. Esto es una trampa que se tiende al testigo, con el objeto de privarla de los derechos que le garantiza la Constitución.

Sin esperar la declaración del Tribunal, Glamis Barlow se había dirigido hacia el plano que estaba clavado con chinchetas en una pizarra.

—Un momento, señorita Barlow —intervino el juez Alvord—, ¿ha entendido bien la pregunta?

—Desde luego, Señoría.

—¿Y desea usted escribir su nombre en el fragmento de plano a que se refiere dicha pregunta?

—Sí, Señoría.

—¿Se da usted cuenta de que, al actuar así, declara bajo juramento en un asunto en el que puede encontrarse como acusada cuando se vea ante el Tribunal Superior?

—Poco importa, Señoría, porque en ningún momento de la mañana del 13 del corriente fui al taller, ni tan siquiera me acerqué a él. Dormí hasta las diez, después me vestí, desayuné y me marché de la casa, sin acercarme ni un solo instante al taller.

—Muy bien —dijo el juez Alvord—. Puesto que actúa con pleno conocimiento de causa, puede usted, si lo desea, escribir su nombre en este plano.

Glamis Barlow escribió su nombre, con mano firme, en el lugar

indicado por Hamilton Burger, quien anunció seguidamente:

—El testigo está a disposición de la defensa.

—No tengo ninguna pregunta que hacerle —declaró Mason.

—Pasemos al testigo siguiente —dijo el juez.

—Que se llame a la señora Lamay C. Kirk —solicitó Hamilton Burger.

De la sala vecina salió una mujer bajita y gruesa de unos cuarenta años, con expresión risueña. Subió al estrado, levantó la mano derecha, prestó juramento y se sentó en el sillón de los testigos.

—¿Dónde vive usted, señora Kirk? —le preguntó Burger.

—En la Avenida Vauxman, 6227.

—¿Dónde está situada su casa, en relación con la que habita el acusado, Carter Gilman?

—Está al sur de ella.

—¿Hay edificios o alguna calle entre su casa y la del señor Gilman?

—No, sólo un seto.

—¿Recuerda usted lo que hacía en la mañana del 13 del corriente, entre las ocho y las ocho y media?

—Sí, estaba desayunando.

—¿Junto a una ventana?

—Sí.

—¿Qué veía desde esa ventana?

—La parte posterior de la casa de Gilman, con la puerta de la cocina y el pequeño edificio donde los Gilman tienen el garaje.

—¿Es una vista que le resulta familiar?

—La veo cada mañana.

—¿Conoce a Glamis Barlow?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que vivimos allí, o sea desde hace casi dos años.

—¿Ha tenido ocasión de hablar con ella?

—¡Oh! Sí. Con frecuencia.

—¿Vio usted a Glamis Barlow el 13 del corriente, entre las ocho y las ocho y media de la mañana?

—Protesto, Señoría —intervino Mason—. No me explico qué relación puede haber entre la aparición de Glamis Barlow en este

asunto, y la culpabilidad o inocencia del acusado, Carter Gilman.

—¡Pues bien, tendré mucho gusto en explicárselo! —exclamó Hamilton Burger—. Vera Martel participaba en una transacción que afectaba directamente a Glamis Barlow. Ignoro de qué se trataba exactamente, pero podemos demostrar, al menos por conjeturas, que Glamis Barlow se encontró con Vera Martel la mañana del 13. El acusado, por la ventana del comedor, junto a la que estaba sentado, las vio juntas y usó un pretexto para alejar a su hija Muriel, con el fin de poder reunirse con ellas en el taller. Allí, en presencia de Glamis Barlow, el acusado estranguló a Vera Martel, metió el cadáver en el portamantas de su coche, y en él abandonó su domicilio inmediatamente, sin ni siquiera terminar de desayunar. Tras de lo cual, habiendo encontrado el coche de su víctima, y con la complicidad de Glamis Barlow, fue a simular un accidente automovilístico, para intentar ocultar su crimen.

—Entonces —se informó Mason—, ¿su opinión es que Carter Gilman y Glamis Barlow son culpables de la muerte de Vera Martel? ¿Que Glamis Barlow fue, cuando menos, cómplice *a posteriori*?

—Sí, tal es, en efecto, mi opinión —repuso secamente Burger.

—Aquí tiene, Señoría. La acusación acaba de demostrar claramente que trata de utilizar este Tribunal para tender una trampa a la persona que desea acusar, conjuntamente con el acusado, así que esta audiencia haya terminado. Mantenemos nuestra objeción. No es de ninguna utilidad saber si Glamis Barlow fue o no al taller la mañana de autos, en tanto que no se haya establecido fehacientemente que Vera Martel se encontraba en el taller en aquel momento, que el acusado también se encontraba en el taller en aquel momento, y que el crimen fue cometido en el taller en aquel momento.

—Nos inclinamos a compartir el punto de vista de la defensa —dijo el juez Alvord—. Al menos, por el momento; lo que pudo hacer Glamis Barlow no tiene relación con la inocencia o culpabilidad del acusado en tanto que no haya usted probado primero, que Vera Martel estaba en dicho taller en aquellos momentos.

El rostro de Hamilton Burger se congestionó de nuevo.

—Creo que el Tribunal desea castigarme porque no he estado de acuerdo con él, sobre la oportunidad de llamar a Glamis Barlow como testigo.

—Es usted libre de creer lo que le parezca —replicó el juez Alvord—. Este Tribunal considera que cumple con su deber; es decir, que defiende los intereses superiores de la Justicia.

—No tengo más remedio que inclinarme —dijo Hamilton Burger con un ademán expresivo—. ¿Puedo proseguir el interrogatorio del testigo?

—Se lo ruego.

—Señora Kirk, ¿estaba usted sola en el momento en que desayunaba la mañana del 13 del corriente?

—No. Mi hija Madeline estaba conmigo.

—¿Qué edad tiene Madeline?

—Diecinueve años.

—Así pues, ¿es aproximadamente de la misma edad que Glamis Barlow?

—Tiene un año menos que Glamis.

—¿Son amigas?

—Sostienen relaciones amistosas de vecindad, pero no salen juntas ni frecuentan las mismas amistades.

—¿Y su hija desayunaba con usted la mañana de autos?

—Sí.

—¿Estaba sentada frente a usted?

—No; a mi lado.

—Por lo tanto, ¿miraban en la misma dirección? —insistió el fiscal.

—Sí.

—¿Cambió usted algunas palabras con su hija, en relación con algo insólito que vio en aquel momento?

El juez Alvord Miró a Mason.

—¿La defensa no protesta?

—No, Señoría.

—Sin embargo, opino que el acusado no parece tener ninguna relación con la conversación que pudieran tener el testigo y su hija.

—La defensa no presenta ninguna objeción —confirmó Mason—. De hecho, nos alegramos de que el Ministerio público utilice una parte de esta conversación, porque ello nos dará derecho a utilizarla por entero en el momento del contrainterrogatorio.

El juez Alvord sonrió débilmente.

—En tal caso, el testigo puede contestar a la pregunta.

—Un momento, un momento —dijo con viveza Burger—. Yo... ejem... reflexionando bien, Señoría, retiro la pregunta.

—Muy bien —dijo el juez Alvord.

—Señoría, ¿me disculpa un momento para poder hablar con mi ayudante? —preguntó Burger, que no podía disimular su contrariedad.

Habiendo accedido el magistrado, Burger se puso a cuchichear con Edward Deering. Este debió de hacer alguna sugerencia interesante porque el fiscal del distrito asintió con la cabeza y se dirigió de nuevo al juez:

—Con la venia del Tribunal, voy a pedir al testigo que se retire hasta que hayamos podido relacionar con el asunto la pregunta que deseo hacerle.

—Sea; pero el Tribunal tiene que recordarle que el acusado de este caso es Carter Gilman. Ahora bien, sus últimos testigos parecen haber sido convocados con el único objeto de inculpar a Glamis Barlow. Si con los próximos testigos persiste en esa actitud, sería necesario que Glamis Barlow compareciese como co-acusada. De tal forma, tendría derecho al consejo de un abogado, que podría interrogar por su parte a los testigos.

—He comprendido perfectamente la posición del Tribunal —aseguró Burger—. Ahora solicito que se presente Glenn Beaumon Mc Coy.

La puerta de la sala de testigos se abrió dando paso a un cincuentón de elevada estatura, ligeramente cargado de hombros, que prestó juramento y subió al estrado.

—¿Dónde suele residir usted, señor Mc Coy? —le preguntó Deering en tanto que Burger, sentado a la mesa del Ministerio público, escribía febrilmente en una cuartilla.

—En Las Vegas, Nevada.

—¿Estaba allí el 13 del corriente?

—Sí.

—¿Cuál es su profesión?

—*Croupier*.

—¿Conoce a Glamis Barlow?

—De vista, sí.

—¿Cuántas veces la ha visto?

—No puedo decírselo exactamente, pero desde luego bastantes.

—¿Dónde la ha visto usted?

—En el establecimiento en que trabajo.

—¿La vio usted la noche del 13 del corriente?

—Sí.

—¿Dónde?

—Un momento, con la venia del Tribunal —dijo Mason—. Esto no tiene ninguna relación con el asunto que se debate.

—Pero me propongo relacionarlo —replicó Deering.

—Esto no es suficiente —insistió Mason—. Se están esforzando en inculpar a Glamis Barlow. Ahora bien, represento a Carter Gilman, pero no a Glamis Barlow. No estoy preparado para contrainterrogar a testigos que puedan hacer declaraciones que comprometan a Glamis Barlow en el asunto. Considero que ella debe de tener su propio abogado.

—Esta es también la opinión del Tribunal —dijo el juez Alvord.

—Un momento, por favor —intervino entonces Hamilton Burger, poniéndose en pie—. Antes de que el Tribunal decida sobre esta objeción de la defensa, deseo manifestar la convicción del Ministerio público de que Carter Gilman mató a Vera Martel, que sacó un molde de las llaves que había en su bolso, que con él hizo fabricar unos duplicados de dichas llaves, duplicados que entregó a Glamis Barlow, quien entonces fue a Las Vegas, durante la noche del 13 del corriente, y se introdujo en el despacho que la víctima poseía en aquella localidad, para recuperar documentos comprometedores.

—¿Comprometedores para quién? —preguntó el juez Alvord.

—Tanto para Glamis Barlow como para Carter Gilman —repuso Burger.

—Con la venia del Tribunal —declaró Mason—. Esto no es más que una hipótesis del Ministerio público. Si Glamis Barlow penetró en el despacho para recuperar documentos susceptibles de perjudicarla, el asunto es completamente distinto.

—No, si la llave que le permitió entrar en ese despacho le fue entregada por Carter Gilman —contestó Burger—. Lo que es más para demostrar claramente que el acusado está relacionado con esto, estamos en situación de presentar huellas dactilares que dejó en ese despacho de Las Vegas, saqueado durante la noche del 13 al 14 del corriente.

Esta declaración causó un efecto evidente en el juez Alvord.

—¿Puede establecer el Ministerio público *cuándo* fueron dejadas tales huellas? —preguntó Mason—. ¿Puede demostrarme que no son anteriores a la muerte de Vera Martel?

—¡Poco importa cuándo fueron dejadas! —gritó Burger.

El juez Alvord hizo un gesto de duda.

—En un despacho abierto al público, las huellas dactilares no constituyen exactamente una prueba abrumadora, a menos que se pueda demostrar que quedaron marcadas en un momento en que el público no tenía, normalmente, acceso al despacho.

—Sí, cuando esas huellas son las del hombre que ha transportado en su coche el cadáver de la víctima —protestó Burger.

—De todos modos —dijo el juez Alvord—, desearía ante todo saber lo que se propone demostrar el Ministerio fiscal con ayuda de este testigo.

—Nos proponemos demostrar que este testigo, que conoce a Glamis Barlow, por haberla visto varias veces, la identifica formalmente, como a la joven que vio salir subrepticamente del despacho de Vera Martel, situado frente al apartamento que él ocupa. Ahora bien, al día siguiente por la mañana, se comprobó que el despacho de Vera Martel había sido forzado, y que todos los documentos estaban revueltos.

—¿Puedo preguntar en qué momento cree el testigo haber visto aquella noche a Glamis Barlow? —preguntó Mason.

—Exactamente a las nueve y cuarto —repuso Hamilton Burger—. Este testigo está en situación de precisar esto porque estaba escuchando la radio, por la que un locutor acababa de anunciar la hora. En fin también nos proponemos aportar huellas dactilares del acusado, que han sido halladas en el despacho saqueado.

—Mantengo mi protesta —dijo Mason—, porque todo esto no es más que una conjetura. El Ministerio público debe empezar por demostrar que el acusado entregó una llave de ese despacho a Glamis Barlow. Además, un testigo no puede afirmar que ha visto a una persona salir subrepticamente de un apartamento. Esta es una opinión puramente personal.

—¡En este caso, no! —replicó Burger—. Hay una docena de detalles que indican el sentimiento de culpabilidad: el hecho de

salir de puntillas del apartamento, de cerrar sin ruido la puerta, después de haber mirado a derecha e izquierda del pasillo...

—Pues bien, que el testigo manifieste todos estos detalles, y procederé a su contrainterrogatorio en relación con cada una de ellas —dijo Mason—. Pero no tiene derecho a manifestarnos su opinión personal.

El juez Alvord permaneció pensativo un momento, y luego adoptó una decisión:

—El Tribunal desea informarse sobre este punto, y no dictaminar sobre el mismo hasta mañana por la mañana. ¿Tiene que objetar algo la defensa a que la audiencia sea aplazada hasta mañana por la mañana, a las diez?

—No, Señoría, la defensa no pone ninguna objeción —contestó Mason.

—Muy bien. Así pues, se suspende la audiencia, que será proseguida mañana a las diez. Todos los testigos citados deberán estar presentes entonces. Entretanto, el acusado permanecerá bajo la custodia del sheriff.

Capítulo 13

Así que se aplazó la vista, Mason volvióse hacia Drake.

—Paul, quisiera someter a ciertas personas al detector de mentiras... ¿Cuál es el mejor especialista para esta clase de pruebas?

—En mi opinión es Cartman Jasper —repuso el detective—. Pero, ¿a quién quieres someter a prueba? Carter Gilman está detenido... y no puedes hacerle este ensayo sin el consentimiento de la policía y del Ministerio público. Lo mismo sucede con Glamis Barlow, que está incomunicada como testigo de cargo...

—Pienso en Nancy Gilman —le interrumpió Mason—. Esa mujer es un enigma para mí quisiera encontrar un sistema para saber lo que piensa.

—Entonces ¿qué quieres que haga?

—Lleva a tu despacho a ese Cartman Jasper, con todos sus aparatos.

—¿Y le enviarás a Nancy Gilman?

—Sí —repuso Mason, que agregó, dirigiéndose a su secretaria—: Della, ¿quieres ir a buscar a Nancy Gilman? Dile que necesito hablarle. Llévala directamente al despacho y, no te separes de ella hasta que yo llegue.

Della Street asintió y marchó apresuradamente de la sala de audiencias. El abogado dijo entonces a Paul Drake:

—Y tú ocúpate aprisa de Cartman Jasper. Tal vez también te haga pasar a ti la prueba del detector de mentiras.

—¿Yo? —exclames sorprendido el detective.

—Sí, porque puedes convertirte en un importante testigo de este asunto.

—¿Cómo es eso?

—Mc Coy jurará que vio a Glamis salir del despacho de Vera

Martel a las nueve y cuarto de la noche del 13. Ahora bien, según tus notas, Glamis Barlow jugó en las máquinas tragaperras hasta las nueve y once. Por lo tanto no tuvo tiempo de ir después a casa de Vera Martel, removerlo todo, y salir a las nueve y cuarto.

—Recuerda que, cuando ella subió al taxi, no pude seguirla e ignoro a donde fue.

—Sí, pero me telefoneaste y yo te envié a casa de Steve Barlow, donde encontraste de nuevo a Glamis.

—De acuerdo. Sólo que era más tarde...

—¿Cuánto tiempo pudo transcurrir entre el momento en que la perdiste de vista y aquel en que la encontraste en casa de Steve Barlow?

—Unos tres cuartos de hora.

—Pero, hasta las nueve y once minutos, ¿estuvo con las máquinas tragaperras?

—Sí.

—¿Estás seguro de esa hora?

—Por completo... De lo contrario, es que ya no conozco el reloj.

—En cuyo caso serías una calamidad de detective. ¿Durante cuánto tiempo estuvo metiendo dinero en las máquinas tragaperras?

—Desde las nueve menos veinte hasta las nueve y once, y eran, por lo menos, las nueve y doce cuando su taxi despistó al mío.

—Perfecto. Mantente firme en esto, si estás seguro de ello. Ahora, ocúpate de Cartman Jasper. Yo voy a arreglármelas para hacer esperar a Della y a Nancy Gilman, hasta que este sujeto esté dispuesto en tu despacho. Después llegaré, interrogaré a Nancy Gilman, y la someteremos al detector de mentiras.

—¿Cuál te parece que es la verdad?

—La verdad es que ella debía de conocer a Vera Martel.

—Y Vera Martel le hacía chantaje por algo que había descubierto en el pasado de Nancy.

—Sí, pero tengo la impresión de que debía de ser un chantaje que se apartaba de lo corriente. Nos quedan pocas horas para descubrir lo que ocurrió en realidad y demostrar la inocencia de Carter Gilman.

—Esto no lo conseguirás. Hay demasiadas pruebas contra él. El asunto del serrín era ya feo, pero ha quedado definitivamente confirmado, cuando ese cerrajero ha contado que Gilman acudió a

él con el molde de las llaves. No conseguirás sacarlo con bien.

—Sí, lo sé; pero hay alguien que sí puede sacarlo.

—¿Quién?

—Hamilton Burger.

—¿Estás loco?

Mason meneó la cabeza:

—Hamilton Burger desea tanto conseguir que dos clientes míos se vean envueltos en mentira, que no se da cuenta que pierde de vista un hecho importante.

—¿Cuál?

—Que el juez Alvord echará por el suelo todos sus argumentos, si no consigue demostrar que Glamis Barlow penetró aquella noche en el despacho de Vera Martel.

—¡Oh! Vamos, Perry. Se trata sólo de un error de tiempo. O Mc Coy o yo nos debimos equivocar de hora, eso es todo.

—Hace un rato tú parecías muy seguro.

—Y sigo estándole. Pero si insistes demasiado en este asunto de la hora, Mc Coy acabará por declarar: «Bueno, he pensado que eran las veintiuna y quince, pero tal vez lo entendí mal. El locutor debió anunciar las veintidós quince».

—No te preocupes de Mc Coy. Lo esencial es que estés bien seguro de lo que dices, porque creo que estamos en la pista de algo.

—¿La pista de qué?

—¡Esto es lo que quisiera saber! Vamos, ocúpate en seguida de Cartman Jasper. Si no está libre, encuéntrame a otro, pero que sea bueno.

—Prefieren trabajar en su consultorio habitual. Ellos...

—Lo sé, lo sé —interrumpió Mason con impaciencia—. Pero no se trata de sus preferencias, sino de las mías. Tienen aparatos transportables que pueden instalar en tu despacho. Si Nancy reacciona bien, nos enteraremos de muchas cosas en un cuarto de hora.

—Muy bien —dijo el detective—. ¡Allá voy!

Capítulo 14

Cuando Mason entró en su despacho, abriendo con su llave la puerta que comunicaba directamente con el pasillo, se encontró con Nancy Gilman a punto de acabar la paciencia y a una Della Street tratando desesperadamente de retenerla.

—Le aseguro que llegará de un momento a otro, y es muy importante, señora Gilman. El...

—Buenos días a todos —dijo Mason—. Siéntese, señora Gilman, se lo ruego. Necesito hacerle algunas preguntas.

—A mí me ocurre lo mismo, señor Mason.

—¿Cuáles son? —inquirió el abogado, señalando disimuladamente el reloj a Della Street, para hacerle comprender que trataba de ganar tiempo.

—Es intolerable que se secuestre a Glamis de esta forma, sólo porque la necesitan como testigo. Debe haber algún medio de ponerla en libertad, ¿no?

—Ciertamente.

—Entonces, ¿por qué no interviene usted?

—Porque, de momento, no quiero tener que defender a la vez a su esposo y a su hija.

—Bueno, pues basta con buscarle otro abogado a Glamis.

—Exactamente, y esta es una de las cosas de que quiero hablarle.

—De todos modos, me parece que hubiese podido usted encargarse de que soltaran a mi hija, mientras que alguno de sus colegas se hacía cargo del caso.

—Si no lo he hecho, señora, es porque, en el mismo momento en que Glamis consiga que se le devuelva la libertad, será detenida como co-acusada. La inculparán de complicidad en la ejecución del crimen, o por lo menos *a posteriori*. Y desde ese momento dejará de

gozar de la simpatía del público y del Tribunal. Mientras que, cuando una muchacha bonita como Glamis, queda a disposición de la justicia, sólo porque tiene que testimoniar a petición del Ministerio público, se considera que el fiscal exagera y ella goza de las generales simpatías. Esto es lo que me ha inducido a obrar así.

Nancy Gilman permaneció pensativa un momento y cuando habló de nuevo, lo hizo con tono más sosegado:

—Sin embargo, sigo pensando que todo esto es absurdo. Carter es incapaz de dañar a una mosca y Glamis tiene tan poca idea de lo que ha ocurrido como... ¡Ignora todo lo de este asunto, absolutamente todo!

—¿Y cómo entonces, hay personas que la vieron salir corriendo del taller?

—¡Eso carece de sentido!

—¿Sabe usted dónde estaba Glamis aquella mañana?

—Por mí misma no puedo afirmar nada puesto que dormía. Pero Muriel me ha dicho que Glamis no podía de ninguna manera volver a la casa, desnudarse y salir al rellano con tiempo de interpellarla, cuando ella bajó del granero. ¡Es absurdo!

—Lo importante de este asunto es saber si usted conocía, o no, a Vera Martel.

—Nunca había oído hablar de ella.

—¿No le había entregado dinero porque la sometía a chantaje?

—Ni a ella ni a nadie, señor Mason. Si alguien tratara de hacerme chantaje no tardaría cinco minutos en quitarle las esperanzas de sacarme un dólar. Tiene que creermelo, señor Mason. Nunca me han preocupado los convencionalismos. Fui madre soltera, como usted sabe, y hubiera podido casarme con el padre de Glamis para que ella llevara su nombre. Pero cuando él trató de escabullirse, al descubrir mi estado, perdí el interés que sentía por él y decidí que mi hijo fuera sólo mío. Cumplí la palabra y mi «seductor» trató inútilmente de localizarme. Prescindí de los convencionalismos, sí, pero tengo la sensación de que siempre he actuado como me ha dictado la conciencia. De manera que, en tanto tenga esta sensación, pueden hurgar en mi pasado y exhumar lo que quieran para tratar de hacerme un chantaje; a mí no me da ni frío ni calor.

—Señora Gilman —dijo Mason—, míreme a los ojos. ¿Me está

mintiendo?

Ella le miró con fijeza y repuso:

—No, no le miento. No tengo por qué ocultar la verdad y aborrezco la hipocresía.

—En tal caso —dijo Mason—, voy a exponerle una idea que tengo. Deseo que se someta usted a la prueba del detector de mentiras... Hoy mismo, ahora... Inmediatamente informaré a la prensa de los resultados. Quiero convencer a la opinión pública que no conocía usted a Vera Martel, y que ella no le hacía chantaje.

Por un instante, la mirada de Nancy Gilman pareció vacilar mientras Mason proseguía:

—Si me dice usted la verdad, si detesta la mentira y la hipocresía, no tiene nada que temer y puede someterse a esta prueba con la cabeza bien alta.

—Pero supongamos que me impresione. Si la persona encargada de la prueba no es capaz de diferenciar un sencillo nerviosismo de una reacción de culpabilidad, ¿qué?

—El hombre al cual pienso recurrir es un experto. No hay peligro de que cometa este error. Conversará con usted hasta que esté completamente tranquila, hasta que sus reacciones sean perfectamente normales y, sólo entonces le hará las preguntas. Si me ha mentado usted, no se someta a esta prueba. Límitese a marcharse, que yo haré cuanto pueda por lo que se refiere a su marido... Aunque, si me ha mentado, no podré hacer gran cosa.

—Le he dicho la verdad.

—Entonces, si pudiésemos demostrar que no ha mentado usted, sería de gran utilidad para su marido... y su hija.

—Bien. ¿Dónde puedo someterme a esta prueba?

Mason hizo una señal a su secretaria:

—Della, conduce a la señora Gilman al despacho de Paul Drake. Cartman Jasper está allí... Es el experto de que le he hablado, señora Gilman. La prueba tendrá lugar en una habitación donde nada la molestará, donde no sufrirá distracciones, donde sus reacciones serán medidas por una máquina extremadamente sensible, que registrará su tensión, su respiración y la resistencia eléctrica de su piel.

»Porque, si reacciona usted bien, no podrá decir una mentira sin que su tensión se modifique o que se produzcan alteraciones tanto

en su ritmo respiratorio como en la resistencia eléctrica de su piel. Si, como acaba de decirme, aborrece la mentira, será usted un sujeto excepcional y Jasper podrá garantizar su sinceridad. Informaré a los periodistas, que inmediatamente irán a entrevistarla. De esta forma se enterarán que usted no conocía, en absoluto, a Vera Martel, y que no sufría ningún chantaje por parte de ella. Desde luego, la prueba del detector de mentiras carece de todo valor ante un tribunal de justicia, pero ya puede imaginar el efecto que causará en el público y la ventaja que ello representará para la defensa, en detrimento del Ministerio público.

Nancy Gilman se volvió hacia Della Street, y como hubiese podido hacerlo una reina, le dijo:

—Por favor, condúzcame a donde he de ir, señorita Street. Estoy dispuesta.

—Por aquí, señora Gilman...

Cinco minutos más tarde, Della Street estaba de regreso.

—¿Va bien? —preguntó el abogado.

—Sí, Paul Drake les ha instalado en la habitación donde hay un espejo sin azogue, que permite ver sin ser visto, y ha hecho conectar un micrófono de manera que también se oye todo lo que dicen. ¡Ven!

Della Street condujo a Mason a una habitación oscura en la que estaba Drake ante el espejo sin azogue, al otro lado del cual se veía a Nancy Gilman, instalada junto a la máquina de detectar mentiras a la que estaba unida mediante hilos, electrodos y cintas.

—Ya ha conseguido ganarse su confianza —cuchicheó el detective—. Le ha dicho que pensara en un número entre uno y diez, y después de haber contado él en voz alta hasta diez le ha adivinado el número que ella había, escogido. Entonces le ha enseñado la hoja sobre la que la aguja entintada había indicado un aumento de la tensión cuando él mencionó el número escogido por ella.

En aquel momento oyeron que la voz de Cartman Jasper decía:

—Ahora, señora Gilman, voy a hacerle unas preguntas a las que le ruego conteste únicamente sí o no. Si desea usted darme una explicación o una aclaración, espere a que haya terminado. De momento contésteme sólo «sí» o «no». ¿Lo ha entendido bien?

Nancy Gilman asintió.

—Perfecto... Relájese bien... Procure no moverse... Esfuércese en pensar sólo en la pregunta que le hago y en la respuesta que usted me da. ¿Lista?

—Sí.

—¿Se siente tranquila?

—Sí.

—¿Se llama usted Nancy?

—Sí.

Hubo un intervalo de diez segundos; después Jasper preguntó:

—¿Es usted la madre de una muchacha llamada Glamis?

—Sí.

—¿Fuma usted?

—Sí.

—¿Está casada con Carter Gilman?

—Sí.

—¿Conoce usted a una tal Vera M. Martel?

—No.

—¿Ha desayunado esta mañana?

—Sí.

—¿Ha tratado alguien de hacerle chantaje durante estos últimos tres meses?

—No.

—¿Sabe quién mató a Vera M. Martel?

—No.

—¿Se interesa por la fotografía?

—Sí.

—¿Conoce a un tal Steven A. Barlow?

—Sí.

—¿Le molestaría que le hiciese una pregunta embarazosa y muy indiscreta, mientras el aparato me muestra si dice usted la verdad?

Se produjo un momento de silencio y después la señora Gilman, dijo:

—Sí.

—Muy bien. Ahora vamos a descansar un instante y luego volveré a hacerle las mismas preguntas y exactamente por el mismo orden.

Mason, que distinguía las señales de las tres agujas en las bandas de papel milimetrado, murmuró:

—Está diciendo la verdad.

—A menos que no tenga reacciones —objetó Della Street.

—De ningún modo... Fíjate cómo ha reaccionado a la última pregunta de Jasper. Lo que me desconcierta es que también ha reaccionado claramente con la pregunta relativa a Glamis... A ver lo que ocurre cuando se la repita.

Jasper inició otra vez la serie de preguntas y, exactamente, como la primera vez, hubo una reacción muy viva de las tres agujas cuando le hizo la relativa a Glamis.

Mason se volvió entonces hacia su secretaria:

—Lo hará una tercera vez, pero más vale que regresemos al despacho, porque es seguro que ella solicitará vernos así que haya terminado.

—¿Sabes, Perry? —dijo Drake, mientras les acompañaba hasta el pasillo—. Si tratas de cogerla en falso, creo que pierdes el tiempo. Me da la sensación de que dice la verdad.

—Hay algo que la preocupa con relación a Glamis.

—¿Qué tiene de sorprendente? —replicó el detective—. Glamis es hija ilegítima, y Nancy Gilman está disgustada al pensar que ahora ya no podrá ocultárselo.

—Sí —dijo Mason, meneando la cabeza—. Probablemente es esto, pero ya veremos cuáles son las conclusiones de Cartman Jasper. Dile que venga a mi despacho así que haya terminado. Y a menos que solicite verme, puedes dejar que la señora Gilman se marche.

Veinte minutos más tarde, Cartman Jasper entraba en el despacho del abogado con sus gráficos en la mano.

—Bueno, ¿qué opina usted? —le preguntó en seguida Mason.

—Por lo que respecta al caso propiamente dicho, estoy seguro de que ella dice la verdad. No conocía a Vera Martel y no era víctima de ningún chantaje. Pero miente en relación con Glamis Barlow.

—¿Quiere decir que Glamis no debe ser hija suya?

—Esto lo ignoro. Para saberlo tendría que preparar una serie de preguntas relacionadas con Glamis. Pero, indudablemente, hay algo que se refiere a Glamis que emociona fuertemente a la señora Gilman.

—¿Sabe que Glamis es hija ilegítima?

—Sí, Paul Drake me lo ha dicho, pero no creo que sea esta la causa de la reacción emotiva. Según mi opinión, debe de haber otro motivo.

—Si Glamis no es hija de ella... —dijo Mason con aire pensativo—. ¡Dios mío! ¡Vaya bicoca para un chantajista!

Capítulo 15

—¡Maldita sea! Paul, en este asunto hay algo anormal —exclamó Mason mientras paseaba de un lado para otro de su despacho—. Estos diez mil dólares en billetes de cien tuvieron que sacarlos de algún banco... ¡Deberías haber encontrado su rastro!

—Pues bien, no. Creo haber previsto todas las posibilidades y, sin embargo, no he encontrado nada.

—Estoy sentado en un volcán, Paul. Estos diez mil dólares están en mi caja fuerte y, probablemente, constituyen una prueba acusatoria. No quiero traicionar la confianza de un cliente, pero tampoco puedo ocultar pruebas. Tendré que informar a la policía de que he encontrado este dinero, porque si se enterasen antes de que yo les avise que los tengo en mi poder, me vería en un apuro. Pero antes de ponerme en contacto con la policía, quisiera saber de dónde procede el dinero. ¿Se han encargado tus hombres de investigar lo que hizo Vera Martel durante la semana que precedió a su muerte?

Drake asintió.

—Sí, sin gran resultado. Se ocupaba de varios asuntos. Se había ausentado durante cuarenta y ocho horas, pero fue diez días antes de su muerte.

—¿A dónde fue?

—Lo ignoro —repuso Drake—. No hemos conseguido descubrirlo.

—¡Tengo que saberlo, Paul! Llevaba en su bolso una tarjeta de abono de transporte aéreo. Mira a ver si esto puede ayudarte... En este asunto queda algo por descubrir, y es preciso que lo descubra antes que la policía, o de lo contrario...

Mason se interrumpió al oír el teléfono. Della Street descolgó inmediatamente:

—¿Diga?

Luego comunicó.

—Es Muriel, jefe... ¡Está llorando!

—Pásame la comunicación y coge el auricular... ¿Oiga, Muriel? ¿Qué le ocurre?

La voz de la joven le llegó entrecortada por los sollozos, y difícilmente comprensible.

—Señor Mason... ¡Le... le he traicionado! ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

—Cuéntemelo todo, Muriel, pero trate de ser lo más breve posible porque el tiempo apremia...

—La policía me ha llevado al despacho del fiscal del distrito y allí me ha amenazado, me ha mareado a preguntas... ¡Se lo he contado todo, señor Mason!

—¿Relativo al dinero?

—Sí.

—¿Y a la desaparición de su padre?

—Sí.

—¿Les ha dicho que me había telefoneado?

—¡Sí, señor Mason, todo, todo! ¡Oh! ¡No sé cómo he podido hacer una cosa así...! Pero estaban todos contra mí...

—¿Cuándo ha sido esto?

—Inmediatamente después del aplazamiento de la audiencia. Me han detenido al salir de la sala, para conducirme al despacho del fiscal.

—¿Está detenida ahora?

—No, no. Me han dejado marchar después de haberme entregado una citación de comparecencia. Mañana tendré que prestar testimonio, señor Mason. ¡Deberé declarar contra papá! ¡Oh, señor Mason, es demasiado horrible...! ¡No sé qué hacer!

—Cálmese, Muriel. Sobre todo, no se le ocurran ideas raras; ni piense tirarse al agua, ni tomar una fuerte dosis de soporífero... contétese con dos comprimidos de aspirina y confíe en mí.

—¡Oh, señor Mason! ¡Le he traicionado tan cobardemente...!

—¡Déjese de palabras altisonantes, Muriel! Mientras hay vida hay esperanza... Repítase esto, y vaya a tomarse la aspirina.

Al colgar el aparato, Mason dijo a su secretaria:

—Esto es el colmo. Ahora he de esperar que...

Se interrumpió, porque el teniente Tragg entraba seguido de uno de sus subordinados:

—¡Buenos días, buenos días! ¿Todavía de conferencia?

—Me gustaría de veras que se tomase la molestia de hacerse anunciar, Tragg —dijo Mason.

El policía sonrió y meneó la cabeza.

—Ya le he repetido no sé cuántas veces, que los contribuyentes no me pagan para que desperdicie tiempo en formalidades inútiles.

—¿Y por qué necesita verme con tanta urgencia?

Tragg sonrió.

—Es el fiscal del distrito quien reclama el honor de su presencia, en calidad de testigo.

—¿De testigo? ¿Yo...?

—Sí, señor Mason: Aquí tiene una citación que le ordena comparecer ante el Tribunal mañana, a las diez, llevando consigo diez mil dólares en efectivo, o cualquier otra suma u objeto que haya podido coger en el taller de Carter Gilman, en la Avenida Vauxman, 6231, el 13 de este mes o cualquier otra fecha.

El policía miró gravemente a Mason:

—Ya le había advertido, Perry, que corría usted peligro al proceder como tiene por costumbre. Si hubiese acudido a la policía para explicarle lo de los diez mil dólares esparcidos por el suelo del taller, las cosas hubiesen podido resultar más sencillas. Pero usted prefiere prescindir de todo. El resultado helo aquí: citado como testigo del Ministerio público y ya puede imaginar el partido que sacará Hamilton Burger de que haya usted disimulado una prueba.

Mason cogió la citación de comparecencia que le alargaba el policía, quien añadió con malicia:

—Y no se maltrate demasiado cuando llegue el momento de hacer su propio interrogatorio.

Sonriente, el teniente Tragg llegó a la puerta, la abrió y dejó salir a sus subordinados. Entonces se volvió hacia el interior del despacho y dejó de sonreír:

—Si le dijera que lo siento, Perry, en cierto modo sería testimoniar simpatía por el enemigo, y provocaría el enojo de mis superiores. De modo que no le digo que lo siento ni que de corazón estoy a su lado.

—Gracias, teniente.

—No hay de qué: no le he dicho nada.

La puerta de comunicación se cerró detrás del policía y Drake observó con aire lúgubre:

—A fuerza de jugar con fuego, uno acaba por quemarse... Ahora te van a procesar por haber ocultado una prueba acusadora.

—No es seguro —repuso Mason—. ¿Cómo podía yo saber que se trataba de una prueba de convicción? Nadie me lo había advertido. Lo único que necesito demostrar es que ese dinero estaba en poder de Carter Gilman, porque posesión equivale a título. Ahora bien, tengo un documento firmado por Gilman en el que me cede todos sus derechos sobre el contenido del taller, tal como estaba el 13 del corriente, a cuenta de mis honorarios.

Empezó a sonar el teléfono y Della Street contestó, antes de anunciar, alargando el aparato al detective:

—Es para ti, Paul.

—¿Diga? —preguntó Drake—. Si... ¿Qué? ¡Válgame Dios!

El detective se sentó en el borde de la mesa como si le fallaran las piernas:

—¿Estás seguro? ¿No puede haber...? ¡Vaya, vaya! En fin, es así... Escucha, en el bolso de Vera Martel había una tarjeta de transporte aéreo... Arréglatelas para saber cuál fue la última vez que la utilizó. Sí, aprisa... Y vuelve a llamarme tan pronto como lo sepas.

Cuando hubo dejado el aparato en su horquilla, el detective dijo:

—Perry, hubiese preferido que fuese otro quien te anunciase la noticia...

—¿De qué se trata, Paul?

—De ese dinero, precisamente. Como tú me habías pedido, tengo hombres en Las Vegas que se ocupan de investigar todo lo que Vera Martel pudo hacer durante los últimos diez días de su existencia... Pues bien, han descubierto que el tres del corriente ella fue a su banco y sacó diez mil dólares en metálico.

Mason se quedó inmóvil, con el rostro helado, como petrificado.

—Bueno —dijo por fin—. Pero no pueden demostrar que se trata del mismo dinero.

—¡Por desdicha, sí! Como ella pidió esta suma en billetes de cien dólares, el cajero pensó que podía tratarse de dinero destinado a pagar un rescate y, al azar, anotó los números de seis de los billetes

que entregaba.

—¿Lo sabe la policía? —preguntó Mason.

—Todavía no, pero no tardará. Cuando los diarios se alboroten, ante el hecho de que se te cite como testigo de cargo y empiecen a hablar de los diez mil dólares en billetes de cien, el fulano hará sus conjeturas, comunicará los números a la policía, y estarás listo.

Mason, con el ceño fruncido, se puso a pasear por su despacho; después sonó de nuevo el teléfono, y Della Street, después de haber descolgado, alargó el aparato a Drake.

—¡Gracias, Dios mío! —dijo el detective—. Ahora que hemos tenido ya todas las malas noticias, *sólo* pueden llegarnos las buenas... ¿Diga? Sí, soy Paul... Bueno, gracias.

Mientras colgaba, declaró con aire sombrío:

—Me equivocaba, Perry.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó el abogado.

—Es Hartley Elliott... Le han tratado sin ningún miramiento y le han metido en chirona junto con un grupo de borrachos, que casi han vomitado contra él y no sé cuántas cosas más... En resumen, nuestro hombre no ha podido resistir y ha comunicado al fiscal que estaba dispuesto a declarar mañana por la mañana.

Como si no hubiese oído al detective, Mason había reanudado sus paseos febriles, mientras Della le seguía con la mirada, con ansiosa solicitud. Drake, incómodo, acabó diciendo:

—Puesto que no soy de ninguna utilidad aquí, me marchó antes de que lleguen más noticias malas... ¡Hasta luego!

Se marchó sin que Mason pareciese darse cuenta de ello. Della Street, acostumbrada a los cambios de humor de su jefe, respetó su silencio hasta que, veinte minutos más tarde, el abogado interrumpió su vaivén y se sentó a su mesa. Sólo entonces ella hizo la pregunta que le atormentaba:

—¿Puede ser grave para ti el hecho de no haber comunicado a la policía la existencia de esos diez mil dólares?

—Lo ignoro, porque no conozco precedentes de la misma clase. Pensé que el dinero pertenecía a mi cliente o a su esposa, que era una suma preparada por ellos para pagar un chantaje y que, por lo tanto, podrían entregármela.

—Pero, ¿por qué Vera Martel llevó el dinero al taller?

—Es precisamente lo que trato de imaginar, porque resulta muy

original el que un chantajista lleve dinero a la víctima de su chantaje. ¡No sería, desde luego, para devolvérselo!

De nuevo sonó el timbre del teléfono. Era Paul Drake, y Mason se puso inmediatamente al aparato.

—Dime, Paul... ¿Qué más ha ocurrido?

—Lo ignoro... Lo único que puedo decirte es que, según su tarjeta, Vera Martel fue en avión a Redding, California, el 4 del corriente.

—¿Tienes en Redding algún corresponsal en quien puedas confiar plenamente?

—Sí, un antiguo policía que...

—Bueno, entonces telefonéale. En un sitio tan pequeño como Redding, Vera Martel no debió de pasar inadvertida. Llegó en avión y no disponía de coche A menos que se dirigiera a un hotel, alguien debió esperarla. Que tu hombre se informe. Dile que dispone de dos horas, pero no más. Dentro de dos horas necesito este informe. Entretanto, Della y yo nos vamos a cenar.

Cuando colgó, el abogado miró pensativamente a su secretaria.

—¿Qué pudo hacer Vera Martel, en Redding, el cuatro del corriente?

Della Street hizo un ademán expresivo, luego dijo:

—Tal vez no tenga nada que ver con su muerte y con el asunto que nos ocupa.

—Quizá... Pero como es la única pista que me queda, y estoy en un apuro, me aferré a ella con la energía del desesperado.

Della Street miró a Mason sin decir palabra; luego le cogió la mano y se la apretó.

* * *

Cuando hubieron terminado de cenar, Della Street se levantó de la mesa y fue a la cabina telefónica, en busca de noticias. Cuando tuvo a Paul Drake al aparato, éste le dijo:

—Della, creo haber descubierto algo, pero que me maten si sé lo que puede ser... ¿Está Perry ahí?

—Sí. Ahora le llamo.

Unos momentos más tarde Mason estaba al aparato.

—Dime, Paul... ¿Novedades?

—Sí. Mi hombre de Redding acaba de telefonarme un informe completo.

—Te escucho.

—Vera Martel llegó a Redding en un aparato de la Pacífico Airlines. Al bajar del avión fue recibida por Maureen Monroe, que había ido a esperarla con un coche suntuoso, para conducirla a la residencia de los Monroe.

—¿Y quién es esa Maureen Monroe?

—Aparentemente una de las personas más importantes de Redding. Su padre posee varios millares de hectáreas de bosque, dos serrerías y otras bicocas. En cuanto a Maureen, según parece, es una muchacha encantadora.

—Bueno, ¿y qué hizo Vera después?

—Permaneció las dos horas en casa de la Monroe y luego Maureen la condujo al hotel. La Martel descansó allí y después volvió a coger el avión para los Angeles, y al día siguiente, su tarjeta indica que fue a Las Vegas.

—¿Puede tu hombre saber detalles de esta entrevista con los Monroe?

—No. Maureen Monroe está en San Francisco o en los Angeles, y su padre en algún lugar de Oregón.

Mason reflexionó un momento, y después dijo:

—Dame el teléfono de tu hombre.

—No, voy a pedirle que te llame, porque desde el restaurante podría resultarte difícil obtener una comunicación interurbana...

—Perfecto. Espero su llamada.

Unos minutos más tarde, un camarero se acercó a la mesa donde Mason y Della Street habían vuelto a sentarse.

—Un tal señor Hancock le telefona desde Redding, señor Mason. ¿Desea contestar a la llamada?

—Sí... Pásemela a la cabina, por favor.

—¿Oiga, señor Mason? —preguntó un momento después el invisible interlocutor del abogado.

—Sí.

—Aquí Alan Hancock, el corresponsal del señor Drake, en Redding. ¿Deseaba usted hablarme?

—En efecto... ¿Qué puede decirme de esa familia Monroe?

—El señor Monroe, es, sin duda, el ciudadano más destacado de Redding, si es que me entiende usted.

—¿Qué edad tiene?

—¡Oh! Calculo que cincuenta y dos o cincuenta y tres años. Ha hecho fortuna con el comercio de maderas.

—¿Su esposa?

—Murió hace dos años.

—Pasemos ahora a Vera Martel. Cuando ella fue a Redding sostuvo una entrevista con el señor Monroe, que había enviado a su hija a recogerla en el aeródromo. ¿Sabe el motivo de esa entrevista?

—No, señor. Sólo sé que el señor Monroe debía de esperar la visita de la señorita Martel, porque vino expresamente de Dunsmuir, a donde volvió la mañana siguiente.

—¿Cuáles son las iniciales del señor Monroe?

—G. W., por George Washington.

—Y su hija, ¿qué edad tiene?

—Unos veinte años.

—¿Bonita?

—Encantadora.

—¿Se ha encontrado en dificultades...? ¿Me entiende?

—¡Oh! Sí. Pero no he oído decir nada semejante. Es una muchacha muy buena y está prometida.

—¿Ah? ¿Y cuándo es la boda?

—El mes próximo.

—¿Cómo se llama el novio?

—Harvey C. Kimberly.

—¿Qué sabe de él?

—Nada. Creo que vive en Nueva York, pero es oriundo de Phoenix, Arizona. Es una familia muy pudiente, con yate y todos los lujos... Él es un poco mayor que ella, según he oído decir: veinticinco años.

—Los diarios han debido de hablar de esta boda, ¿verdad?

—¡Oh! Ya lo creo.

—¿Han aparecido fotografías de los novios y de sus familias?

—Sí.

—¿Podría obtener fotos de G. W. Monroe?

—Muy fácilmente.

—¿Cuándo podría traérmelas por avión?

—Veamos... Hay un vuelo mañana por la mañana...

—No; sería demasiado tarde... Recoja todos los recortes de diario y las fotografías que pueda encontrar de los Monroe. Después alquile un avión y trasládese a Sacramento, donde tendrá tiempo para coger uno de los transportes regulares que hacen el vuelo desde Sacramento hasta aquí. Venga a buscarme al Palacio de Justicia, mañana a las diez. Drake le dará todos los detalles necesarios.

El abogado colgó, miró a Della Street con aire pensativo, y después llamó a Paul Drake. Este había salido un momento y Mason dejó instrucciones a la telefonista:

—Dígale a Paul que necesito el mayor número de datos posibles, sobre un individuo llamado C. Kimberly, procedente de una familia muy rica de Phoenix, Arizona. Los necesito mañana a las diez. Gracias, preciosa.

Después de colgar, Mason permaneció con la mano sobre el aparato y la mirada perdida en el espacio. Al cabo de un momento, Della Street preguntó con timidez:

—¿Se te ha ocurrido alguna idea, jefe?

—Sí... Una idea completamente insensata, pero que explicaría lo de los diez mil dólares.

Capítulo 16

Había corrido el rumor de que Mason debería testimoniar y la sala de audiencias estaba llena a rebosar, cuando el juez Alvord entró en ella.

—Vamos a proseguir la audiencia del caso del Estado de California, contra Gilman —dijo—. He sido advertido que Hartley Elliott ha cambiado de idea y está dispuesto a testificar ante nosotros. Por lo tanto, empezaremos por él.

Mientras Elliott salía de la sala de testigos, Mason se volvió hacia Paul Drake.

—¿Dónde diablos está Hancock?

—El avión de línea ha sufrido un retraso a causa de la niebla. Pero ha llegado a las ocho y media y Hancock debe de estar ya en camino hacia aquí.

Hartley Elliott, después de haber prestado otra vez juramento, fue paternalmente amonestado por el juez Alvord, quien a continuación cedió la palabra al fiscal del distrito.

—Señor Elliott —dijo Hamilton Burger, que irradiaba satisfacción—, voy a preguntarle cuándo vio usted a Glamis Barlow, por primera vez. ¿Me entiende bien? Por primera vez, después de despertarse usted la mañana del 13 del corriente.

—Eran las ocho y veinticinco.

—¿Está seguro de la hora?

—Sí.

—¿Dónde estaba usted en aquel momento?

—Junto a la ventana de la habitación que ocupaba en casa de los Gilman.

—¿Y qué hacía la señorita Barlow cuando la vio usted?

—Salía del taller.

—Para que no haya error posible, sírvase indicarme en el plano

aquí expuesto, el lugar a que llama taller.

El testigo obedeció e indicó el pedazo de plano en el que Glamis Barlow había escrito ya su nombre.

—Así, pues —continuó Burger—, la señorita Barlow salía del taller. ¿Que hizo después?

Elliott vaciló perceptiblemente. Luego dijo:

—Miró a derecha e izquierda, y después cerró la puerta. Tras de lo cual, contorneó, corriendo, la casa.

—¿Contorneó la casa? ¿Qué quiere decir con esto?

—Que corrió en dirección sur, por lo que la perdí de vista cuando dobló la esquina de la casa.

—¿Cuándo volvió a verla?

—Unos diez minutos más tarde.

—¿Dónde?

—Oí su voz en el pasillo. Entreabrí pues la puerta de la habitación y la vi vestida con un camisón de noche extremadamente breve y transparente, hablando con Muriel. Muy violento, me apresuré a cerrar la puerta, deseando que ninguna de las dos jóvenes se hubiese dado cuenta de que yo las había visto.

—¿Oyó lo que ellas decían?

—Oí que Muriel declaraba que estaba buscando a su padre, a lo que Glamis contestó con bastante ironía: «¿En el desván?» o algo por el estilo.

—Contrainterrogatorio —dijo entonces Burger, quien añadió inmediatamente, dirigiéndose al juez—: Señoría, mi próximo testigo será el señor Mason, quien ha recibido en propia mano un *subpoena duces tecum*, en el que se le ordena que traiga aquí ciertas pruebas que había sustraído indebidamente del 62-31 de la Avenida Vauxman. Sé que resulta poco corriente citar al abogado de la defensa como testigo, pero esto es debido a que el señor Mason tiene conocimiento de hechos susceptibles de iluminar al criminal. Asimismo, para que no se produzcan retrasos ni mal entendidos, deseo saber, antes de que proceda al contrainterrogatorio de este testigo, si el señor Mason ha traído efectivamente con él los artículos mencionados en el documento que le fue entregado ayer.

El juez Alvord arrugó la frente con gesto preocupado:

—¿Tiene intención de hacer testificar contra el acusado al abogado de la defensa?

—Sí, Señoría.

—¿Tiene algo qué decir, señor Mason?

—Sí, Señoría. Tengo que decir que esta audiencia debe celebrarse normalmente y que, por lo tanto, desde este momento tengo derecho a proceder al contrainterrogatorio del testigo. Cuando el Ministerio público me llame, si desea hacerlo, contestaré a sus preguntas. Siempre he obedecido las órdenes del Tribunal, y el fiscal del distrito no tenía motivo para hacer esta declaración previa, como no fuese, probablemente, para poner en guardia a los representantes de la prensa.

—¡Nada de eso! —se indignó Hamilton Burger—. He querido saber simplemente si...

—Con esto basta, señores —intervino el juez Alvord—. Es antes de la reanudación de la audiencia cuando el Ministerio público hubiese podido solicitar al Tribunal que se asegurase de si el señor Mason había acatado las órdenes del *subpoena duces tecum* que le fue entregado. Pero ahora, el Tribunal estima que esto puede esperar hasta que el señor Mason haya procedido al contrainterrogatorio de este testigo.

—Gracias, Señoría —dijo Mason, volviéndose hacia Drake, quien meneó la cabeza.

Mason se acercó al testigo:

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a Glamis Barlow, señor Elliott?

—Unos dos meses.

—¿Cuál es su profesión?

—Soy representante.

—¿Representa varios fabricantes?

—Sí.

—¿En qué sector trabaja?

—En el Estado de California.

—Los diversos fabricantes a quienes representa, ¿le han dado todo el Estado de California como ámbito de acción?

—Bueno, casi todo. Hay uno para el que sólo tengo California del Sur, en tanto que otros dos me han dado, además del Estado de California, los de Washington, Oregón y Nevada.

—¿Alguno le ha dado también el Estado de Arizona?

—No.

—¿Nunca?

—Sí, pero renuncié a esos contratos porque no me resultaba ventajoso extender mi zona únicamente para ellos.

—¿Viaja usted mucho por California?

—Sí.

—¿Y también por Oregón?

—Sí.

—Con la venia del Tribunal —intervino Hamilton Burger—, no veo a qué viene este contrainterrogatorio. Tengo la sensación de que la defensa trata únicamente de ganar tiempo para...

—El Tribunal ruega al Ministerio público que se abstenga de esta clase de observaciones. Si se trata de una objeción, se la declara improcedente. Prosiga, señor Mason.

—¿Dónde vive usted, señor Elliott? Mejor dicho: ¿Dónde vota usted?

—En Redding.

—¡En Redding! —dijo Mason.

—Sí; allí tengo un despacho, porque fue allí donde empecé los negocios, pero proyecto abrir un despacho en los Angeles y...

—Poco importan aquí sus proyectos —interrumpió Hamilton Burger—. Conténtese con contestar a las preguntas que se le hacen. ¡Oh! Pido perdón al Tribunal y le ruego que manifieste al testigo que se limite a contestar a las preguntas.

—Supongo que el testigo lo habrá comprendido ya —dijo el juez Alvord—. Prosiga su contrainterrogatorio, señor Mason.

Mason consultó su reloj y volvióse para mirar a su mesa. Entonces vio que Della Street le hacía signos.

—¿Me concede el Tribunal un momento? —preguntó.

—Sí, señor Mason, pero sea breve.

El abogado se acercó a su secretaria, que le dijo:

—Paul Drake me ha dado todo esto para ti. Hancock ha llegado. Está en la sala.

Mientras entregaba a Mason un voluminoso paquete de recortes de diario y de fotografía, le cuchicheó con excitación:

—Echa una ojeada a la fotografía de Maureen Monroe.

Mason miró la fotografía, que se encontraba en la parte superior del paquete, y luego la cogió y la apoyó contra su pecho antes de acercarse otra vez al testigo, al que contempló por un momento con

aire pensativo.

—Prosiga usted, señor Mason —le dijo el juez Alvord.

—Sí. Señoría... Así pues, ¿vive usted en Redding, señor Elliott?

—Sí.

—Y si tiene allí un despacho, ¿es porque estaba allí cuando empezó a trabajar?

—Sí.

—¿Cómo se convirtió en representante, señor Elliott?

—¡Oh, con la venia del Tribunal! —se indignó Burger—. ¡Todo esto no se parece en nada a un contrainterrogatorio!

—El Tribunal no tolerará más de una o dos preguntas de este género, pero considera que la defensa tiene derecho a informarse de los antecedentes del testigo. Responda a la pregunta.

—Cuando terminé el servicio militar estaba sin empleo. Vivía en Redding y... y en un diario leí un anuncio en el que un industrial solicitaba un representante. Escribí a dicho anunciante y también a otros del mismo estilo, y de esta manera, poco a poco, he conseguido labrarme una posición.

—Sí, comprendo. ¿Vivía usted en Redding antes de hacer el servicio militar y por esto regresó allí?

—Sí.

—¿Ha conocido en Redding a la familia Monroe?

Se produjo un silencio prolongado.

—¿No puede contestar a mi pregunta?

—¿Se refiere a G. W. Monroe, el propietario de las aserrerías?

—Sí.

—Le conozco, sí... Sí, le conozco.

—Y a su hija, Maureen Monroe, ¿la conoce?

—Sí.

—Señor Elliott, ha declarado que la mañana del 13 del corriente vio a Glamis Barlow salir corriendo del taller... Ahora voy a enseñarle esta fotografía y le pregunto si no es la de la persona a quien vio usted huir corriendo del taller.

—¡Un momento, un momento! —intervino Hamilton Burger—. Deseo ver esta fotografía antes de que sea enseñada al testigo.

—Bueno, mírela —dijo Mason presentándosela.

Burger le lanzó una ojeada y en seguida se tranquilizó.

—No hay objeción, Señoría, absolutamente ninguna.

Entonces Mason enseñó la foto al testigo.

—Conteste a mi pregunta... ¿No es ésta una fotografía de la persona a la que vio alejarse corriendo del taller? ¿No era Maureen Monroe, en lugar de Glamis Barlow?

Si Mason hubiese abofeteado al testigo con la foto, el rostro de Elliott no hubiese experimentado una consternación tan completa.

Al ver esto, Hamilton Burger se levantó de un salto, agitando la mano, como para atraer la atención, pero en realidad para tratar de tranquilizar al testigo:

—¡Señoría! ¡Señoría! Esta pregunta es ridícula. Se trata de una foto de Glamis Barlow y...

—Sugiero que el fiscal del distrito preste juramento —dijo Mason—, o tal vez que examine con más cuidado esta foto. El pie que lleva afirma que se trata de Maureen Monroe, hija de G. W. Monroe, cuyo compromiso con un joven industrial de Arizona acaba de ser anunciado.

—Enséñeme esta fotografía, por favor —solicitó el Juez Alvord.

Hamilton Burger avanzó hacia el Tribunal:

—Pienso, Señoría, que debe tratarse de una de las estratagemas en las que es tan práctico el señor Mason...

El juez miró la foto, leyó el pie mecanográfico y después, sin decir palabra, la devolvió a Mason, y le hizo ademán de que prosiguiera.

—Conteste a mi pregunta —dijo entonces Mason—, y recuerde que está declarando bajo juramento. ¿Era Glamis Barlow o Maureen Monroe a quien vio usted aquella mañana salir corriendo del taller?

—Yo... yo... yo no lo sé. Miraba por la ventana y... pensándolo bien, la semejanza es tan grande...

—Sí, ya veo —dijo Mason—. ¿De modo que ahora ya no está dispuesto a jurar que era Glamis Barlow?

—No.

—¿Desea usted modificar su declaración y afirmar que no está seguro de que se tratase de Glamis Barlow?

—Sí.

—Ahora, dígame el tiempo que hace que conocía usted a Vera M. Martel.

El testigo se agitó inquieto en su sillón.

—Recuerde que declara bajo juramento... ¿Desde cuándo

conocía a Vera M. Martel?

—Protesto, Señoría. Esta pregunta no queda dentro de los límites del contrainterrogatorio.

—Se rechaza la protesta —exclamó el juez Alvord.

—La... la vi por primera vez hace ahora un mes.

—¿Dónde?

—En Las Vegas.

—¿En qué circunstancias?

—Le fui presentado por un amigo, quien me dijo que era una mujer muy emprendedora, que se ocupaba de toda clase de investigaciones.

—¿Entabló usted, o no, relaciones de negocios con Vera Martel?

El testigo se irguió:

—Me niego a responder.

—¿Por qué motivo? —preguntó el juez Alvord, con aire amenazador.

—Porque mi respuesta podría incriminarme.

Entonces Mason regresó lentamente a su mesa y declaró:

—No tengo más preguntas que hacer, Señoría.

—¡Señoría! —exclamó Burger—. No me sorprendería que hubiese habido una sustitución de fotos, una maniobra...

—Señor Mason —intervino el juez Alvord—. Por lo que usted sabe, ¿se ha producido alguna sustitución de fotografías o de los pies de las mismas?

—No, Señoría. Acabo de recibir esta fotografía de manos de un detective que ha llegado a esta sala hace unos instantes, y a quien anoche pedí por teléfono que me trajese fotografías de Maureen Monroe.

En el silencio que se produjo, se oyó que una mujer lloraba. Era Nancy Gilman.

El juez Alvord la miró y dijo:

—La audiencia proseguirá mañana a las diez. Entretanto, sugiero al señor fiscal que la policía actúe con eficiencia para aclarar esta situación.

—Sí, Señoría —repuso Hamilton Burger, de repente muy dócil.

—Se aplaza la audiencia —anunció entonces el juez Alvord, quien, al levantarse, lanzó a Mason una mirada en la que se leía una admirada sorpresa.

Capítulo 17

La tarde llegaba a su fin cuando Paul Drake entró en el despacho de Mason.

—Ya está —anunció—. Hartley Elliott ha confesado. Pero ya sabían a qué atenerse después de la declaración de Nancy Gilman.

Y el detective explicó:

—Dio a luz dos gemelas, pero se dio cuenta de que no estaba en situación de criar a dos hijas. Ahora bien, se enteró de que la señora G. W. Monroe, de Redding, que estaba en la misma clínica, había traído al mundo a un niño mongólico que nació muerto, por lo que estaba desconsolada. Nancy, mujer inteligente y llena de recursos, se las arregló para que los Monroe se marchasen con una de sus hijas.

»Las dos gemelas eran completamente idénticas, e incluso ahora resulta casi imposible diferenciarlas. Cuando Hartley Elliott conoció a Glamis, quedó tan sorprendido por este parecido que, inmediatamente, inició una discreta investigación por medio de Vera Martel. Esta no necesitó mucho tiempo para descubrir lo ocurrido y fue entonces cuando trató de dar el golpe que debía provocar su muerte.

»Hartley Elliott pensaba que iban a someter a chantaje a Nancy, o bien a vender la información a Roger Calhoun. Pero Vera había tenido noticia del importante legado que John Yerman Hassel había previsto en su testamento, a favor de cualquier hijo que Nancy hubiese podido tener en el curso de los seis meses siguientes a la rotura de sus relaciones con él. Vera descubrió que Nancy se había entendido discretamente con los herederos de Hassel y que había tenido lugar una transacción en favor de Glamis. Y este era el punto discutible: Glamis no había recibido una herencia, sino una cantidad resultante de una transacción realizada entre su madre y

los Hassel.

»Por lo demás, no olvidéis que Maureen no había sido legalmente adoptada. Los Monroe se habían contentado con llevársela como si hubiese sido su verdadera hija.

»Vera Martel reflexionó e hizo creer a su cómplice que trataba únicamente de hacer chantaje a Nancy Gilman. Pero al mismo tiempo fue a decir a Maureen que pensaba poder hacerle cobrar una herencia de la que ella no estaba informada. Vera le propuso diez mil dólares contra la mitad de aquella herencia problemática. Maureen aceptó. G. W. Monroe no sabía nada de esto porque aquella noche había regresado a Redding por un motivo distinto. Transcurrieron varios días antes de que se enterara de ello, y entonces contó a Maureen toda la verdad. Esta se encontró entonces en una situación imposible. Había sido adoptada oficiosamente y criada por una familia rica, pero era hija de una madre soltera. Sabiendo que los Kimberly nunca consentirían en la unión de su único hijo con una hija ilegítima, Maureen se fue inmediatamente en busca de Vera Martel. Cuando halló su rastro, quiso saber lo que la otra se proponía y la siguió hasta casa de los Gilman, a donde Vera iba para sostener una entrevista decisiva, gracias a la mediación de su cómplice. Pero por su parte, Carter Gilman que se había enterado de que Vera investigaba sobre los antecedentes de su esposa, había decidido consultarle a este respecto a Perry, y le solicitó una entrevista.

»Al llegar a casa de los Gilman, Vera fue inmediatamente al taller, a donde Elliott debía conducir a Glamis y Nancy. Maureen se presentó. La acusó de estafadora, le tiró a la cara los diez mil dólares y salió corriendo del taller, subió a su coche y se marchó. Pero más tarde, consiguió una ganzúa, se metió en el despacho de Las Vegas y lo removió en busca de los documento relativos a ella, que Vera podía tener. Cuando los encontró, se fue a jugar un momento al casino, antes de coger el avión y regresar a Redding.

»La batería descargada formaba parte del plan combinado por Vera y Elliott, y éste se disponía a reunirse con su cómplice, vía el cuarto oscuro, cuando oyó la llegada de Maureen. Así que esta última se marchó, Hartley sabía, sin lugar a dudas, que Vera le engañaba. En efecto, incluso después de que Maureen le restituyó los diez mil dólares, Vera seguía poseyendo un acuerdo de reparto,

firmado por la joven. Furioso, Hartley cogió a Vera por la garganta y empezó a sacudirla. En su confesión ha declarado que no había tenido intención de matarla. Sin duda sólo quiso asustarla para inducirla a rectificar su conducta, y probablemente sea la verdad. Pero el caso es que la estranguló; y, al verla muerta, la metió en el portamaletas del coche de Gilman. La aproximación de éste le obligó a huir por el lado opuesto y regresar a su habitación, sin tiempo para recoger los billetes de banco esparcidos por el taller.

»Ya sabéis como Gilman había visto llegar a Vera Martel, y también cómo vio la salida de Maureen, a la que, lógicamente, confundió con Glamis. Después de desembarazarse de Muriel, pidiéndole otro huevo con jamón, fue a su vez al taller, donde vio el dinero esparcido por el suelo y diversos detalles que indicaban que había habido lucha. Cogió su coche y marchóse en busca de Vera, pero sólo encontró el auto de ésta. Sin sospechar ni un momento que Vera yacía muerta en el portaequipajes del coche que él conducía. Dejó éste en el aparcamiento próximo a la parada, donde, como de costumbre, cogió el autobús para dirigirse a su despacho.

»Hartley Elliott tenía en su poder el bolso de Vera y las llaves de su coche. Su primera idea fue llevarse el coche de Vera, pero apenas pudo creer en su suerte cuando, un poco más lejos, distinguió el de Gilman. No teniendo la llave, reunió los dos hilos de contacto para poderlo poner en marcha y fue a ocultar el cadáver de Vera a la montaña. Después de devolver el auto de Gilman al lugar de donde lo había cogido, subió en el de Vera con el fin de disimular el accidente, e hizo *autostop* para regresar a la ciudad y dedicarse a sus ocupaciones. Pensó que si cuando se descubriese el cadáver, la policía no aceptaba que fuese un accidente e investigaba un posible asesinato, sería Carter Gilman el sospechoso. Y por lo demás, tenía ya informes que le permitirían someter a chantaje a varias personas. Pero, antes de arriesgarse a ello, quería esperar a que la muerte de Vera fuese olvidada.

—¿Cómo han conseguido hacerle confesar todo esto? —preguntó Mason.

—En cuanto a esto, puedes dar las gracias al teniente Tragg, que ha sido el primero en vislumbrar la verdad y en bombardear a preguntas a nuestro hombre, ya muy afectado por su estancia en la cárcel.

—¿Y Maureen? —preguntó Della Street con lástima.

—Según las últimas noticias, parece que los Kimberly son muy buena gente. Harvey ama a Maureen y no le importa si ella es o no hija ilegítima. Sus padres aprueban esta actitud y la boda se celebrará como estaba previsto.

—Bueno —dijo Mason, lanzando un profundo suspiro—, esto demuestra una vez más que un abogado nunca debe desesperar en una causa.

Della Street le miró con una admiración que bordeaba la adoración.

—¿Sospechabas todo esto?

—Empecé a vislumbrar esta posibilidad al ver la forma extraña con que Nancy Gilman reaccionaba cuando Cartman Jasper la interrogaba con respecto a su hija. No podía haber duda de que Glamis era hija de ella y, sin embargo, Nancy aparecía muy alterada cuando se la interrogaba sobre este punto.

»Sin embargo, lo confieso, fue sólo después de mi conversación telefónica con Alan Hancock, cuando entreví verdaderamente lo que había debido de suceder.

—Una vez más te has librado de una y buena —concluyó Drake—. ¡Pero tampoco será esta vez cuando Hamilton Burger pueda vanagloriarse de haber «pescado» a Perry Mason!

Notas

[1] En los Estados Unidos es frecuente poner como nombre el apellido de un amigo o de una persona a la que se admira. < <

[2] Aquel que decide si hay base o no para entablar proceso contra el detenido. < <